

**El Psicoanalítico
N° 27
Quedarse afuera
(Precarizados, excluidos y desempleados)
Octubre de 2016**

INDICE

CLÍNICA

Población sobrante
Por Yago Franco..... 4

El pan te pertenece
Por María Cristina Oleaga.....10

Producción de valores e ideales en la adolescencia
Por Marcelo Luis Cao.....18

Lo que Lacan y Klein sabían del otro
Por Diego Velázquez.....25

La ilusión (*)
Por Alfredo Tagle.....28

SUBJETIVIDAD

Masculinidades en tiempos precarios
Por Irene Meler.....35

<u>El trabajo del testigo. Testimonio y experiencia traumática. Introducción</u> <u>(Fragmento)</u> <u>Por Mariana Wikinski</u>	41
---	----

SOCIEDAD

<u>La política está en otra parte (*)</u> <u>(Fragmento)</u> <u>Por Hernán López Echagüe</u>	45
--	----

<u>Neoliberalismo: del medioevo feudal a la postmodernidad con apenas un poco de maquillaje</u> <u>Por Esteban Benetto</u>	55
---	----

ARTE

<u>Lavorare stanca</u> <u>Por Héctor J. Freire</u>	64
---	----

<u>El arte como resistencia ante el desempleo y la exclusión</u> <u>Por Leonel Sicardi</u>	70
---	----

AUTORES

<u>Maurice Blanchot</u> <u>Datos biográficos y bibliografía</u> <u>Por Héctor J. Freire</u>	78
---	----

<u>Hacia una racionalidad sustractiva o los límites ontológicos del pensar en las sombras</u> <u>Por Julián Fava y Luciana Tixi</u>	81
--	----

La ausencia del libro (*) (Fragmentos del libro de Maurice Blanchot) Selección Héctor J. Freire	88
---	----

HUMOR

Monty Python

Entrevista de trabajo	91
Asesor de orientación vocacional	92
Psiquiatra	92

Darío Fo

Mistero Buffo	92
-------------------------------------	----

EROTISMO

Curiosidades eróticas (*) Selección Héctor J. Freire	92
---	----

LIBROS

El trabajo del testigo Testimonio y experiencia traumática De Mariana Wikinski Por Eduardo Müller	95
---	----

Luz en la selva La novela familiar de Enrique Pichon Rivière De Vicente Zito Lema Por Mario Hernández	99
---	----

Horizontes neoliberales en la subjetividad De Jorge Alemán	
---	--

[Por María Cristina Oleaga](#).....102

[Lo que Lacan y Klein sabían del otro](#)
[Simbolización y articulaciones clínicas](#)
[De Diego Velázquez](#).....103

[Del juego a Winnicott](#)
[Una revolución silenciosa \(*\)](#)
[De Alfredo Tagle](#)
[Por Carlos Guzetti](#).....104

MULTIMEDIA

[Videos en YouTube](#).....111

Bob Dylan - A hard rain's a gonna fall

Simon & Garfunkel - Los sonidos del silencio

Nina Simone - Ain't Got No, I Got Life

Chico Buarque de Hollanda - Construcción

Godfrey Reggio - Powaqqatsi - Sierra pelada

[Dorothea Lange](#)
Dorothea Lange.....111

TEMA DEL PRÓXIMO NÚMERO:

CLÍNICA

Población sobrante

Por Yago Franco

yagofranco@elpsicoanalitico.com.ar

¿A quién le interesan las noticias de ayer?

¿Quién quiere leer los diarios de ayer? “Who wants yesterday’s papers?” Cantaban/gritaban los Rolling Stones hace 50 años. En enero del año pasado leo una noticia en <http://www.laizquierdadiario.com/Rolando-Nunez-En-el-Chaco-hay-un-genocidio-etnico-sobre-las-poblaciones-indigenas>, y meses después, ante la proximidad de las elecciones presidenciales que terminarían con el gobierno kirchnerista y dejarían el gobierno de Argentina en manos del macrismo, escribí lo que sería la primera versión de este texto, que por alguna razón extraña nunca fue publicado y cayó en mi olvido. Me encontré con él casualmente, lo cual coincidió con la difusión del índice de pobreza de Argentina, que sobrepasa al 30% de la población, con una indigencia del 6%. Por otra parte la noticia y el encuentro con ese texto coincidieron con la elaboración del presente número de *El Psicoanalítico*, que trata sobre la exclusión, el desempleo, la precarización laboral... Demasiadas coincidencias. Esas noticias de ayer cobraban una presencia central en el presente.

De modo que retomé lo escrito en ese momento, desarrollé algunos puntos y agregué otros. Reproduzco en bastardillas lo escrito entonces, para diferenciarlo de lo agregado y desarrollado ahora.

Lo(s) que sobra(n)

Rolando Nuñez (quien dirige el Centro Mandela de Derechos Humanos con sede en la capital chaqueña), al referirse a la muerte de Oscar, niño de la comunidad Qom fallecido de desnutrición a los 14 años y pesando 10 kgr, ha sostenido que el niño pertenecía a una población sobrante.

Decidí agenciarme del término población sobrante, por las resonancias que tiene con el concepto de sobre-represión utilizado por Herbert Marcuse, retomado como represión sobrante por Silvia Bleichmar. Estos conceptos apuntan a la pérdida de libertad de los sujetos debido a ser privados de los elementos simbólicos y materiales esenciales para la vida tanto física como psíquica. Psiquesomas mortificados como el de Oscar. El contrato narcisista entre el sujeto y la sociedad se ha quebrado: no es posible suscribirlo para buena parte de la población, el Poder le niega el acceso a una vida vivible, vivible inclusive para poder alzar la voz y así luchar contra un régimen absolutamente inequitativo. Lo que está más allá del malestar en la cultura tiene en su extremo a estos sujetos, privados de lo mínimo para su subsistencia, reducidos a la supervivencia.

Ciertamente hay una población que sobra, que está de más, que es un estorbo. Eso que sobra es "lo otro", no llega a ser un otro, no se reconoce su alteridad. Y a "lo otro" se lo deja a un lado, o se lo extermina, el Poder (quienes se han apropiado del mismo) arroja toda la crueldad sobre él. Los Qom están en la avenida 9 de julio desde hace 7 meses –esa era la noticia en enero de 2015- esperando ser recibidos por alguien del poder político (recordemos que en ese entonces gobernaba el régimen kirchnerista). Ignoran que son transparentes para dicho poder, ese poder que encarna a un Otro para quien no tienen ningún lugar. También –

lamentablemente- lo son para el común de las personas, ante quienes están o invisibilizados, o son también lo otro, fuente de peligro y por lo tanto de rechazo. Astucias del Poder (tanto del Estado como de a quienes representa) que consigue que buena parte de la población castigada por él adhiera al mismo, utilizando artilugios mediáticos y disposiciones del psiquismo humano: por algo serán pobres, por algo se quedan afuera, por vagos, por su raza, por no saber hacer las cosas, etc.

La Qom es una comunidad diezmada por la tuberculosis y el mal de Chagas (el 40% de la población está enferma del mismo) entre otras enfermedades, sin agua potable, leche, alimentos... Un genocidio silencioso sostiene Nuñez: más de 2000 muertos en los últimos cuatro años (2010/2014), acerca de los cuales seguramente tanto el gobierno provincial como el nacional intentarán justificar -como lo están haciendo ahora-, que esto sucede por otra causa que la de la desnutrición, la tuberculosis, etc.

La población sobrante es la que ha sufrido el gesto de exclusión (Foucault) del Estado -de los que han estado a cargo del mismo desde el retorno de la democracia burguesa, lo que los inculpa y responsabiliza a todos por igual- un gesto que al mismo tiempo de realizarse crea esa categoría. Están en un extremo de los excluidos, de los cuales también forman parte los cartoneros, los sin techo que viven en las calles de Buenos Aires y otras ciudades, aquellos que habitan las villas miseria, los jóvenes pobres desocupados, etc. La "racionalidad" del capitalismo ha creado esta nueva categoría, que incorpora en su interior a clases existentes previamente, pero ahora está claro que es para que no vuelvan, o, como en el caso de los cartoneros, para que permanezcan en ese status y no molesten. Y para el extremo de los excluidos, los radicalmente sobrantes, que vayan desapareciendo como efecto de enfermedades supuestamente erradicadas y, sobre todo, del hambre. Sí, que mueran de hambre. Son los Desaparecidos 2.0.

Desnutriciones: consecuencias clínicas

Desnutrición: es física, también lo es psíquica. Los estragos de la desnutrición – arraigada durante los últimos 14 años- son también neurológicos y psíquicos. De la desnutrición los niños suelen pasar a la adicción al paco –niños y jóvenes sin estudios, sin trabajo más que el menudeo de la venta de esa misma sustancia en muchos casos... para poder adquirirla- , terminando ahorcados en un número de entre 20 y 25 por mes en Tucumán. Veamos: en Tucumán hay chicos de 7 u 8 años que comienzan a drogarse y hasta hay familias completas que lo hacen. El barrio Antena es donde más fuerte se ve este problema. Ahí casi todos los fines de semana se mata un chico por sobredosis o se suicida ahorcándose. Esto se lee en <http://lv12.com.ar/nota/14793/el-paco-mato-a-su-hermano>. Donde también dice que hay chicas de 13, 14 años que se prostituyen por drogas o por dinero para comprarlas.

La desnutrición –que no está presente solamente en esa provincia- llegó para quedarse una vez que la población que la padece es considerada como sobrante.

Una población que puede no comer o comer poco, puede no estudiar ni trabajar... María Cristina Oleaga en *El pan te pertenece*, recuerda lo sostenido por Freud en relación al trabajo: sobre él se desplazan –y sobre los lazos sociales que lo acompañan - “una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos”. Esto es, el trabajo forma parte de las actividades (como el arte, la educación) que permiten un trabajo psíquico complejo, de ligazón pulsional –que si no corre el riesgo de quedar mortíferamente libre, como en el caso citado de estos niños-: son alimento simbólico. Y hacen a la posibilidad de poner en juego a la sublimación: sin la cual no hay sociedad, sin la cual no hay lazos sociales, cultura... Estos sujetos han sido privados también de ese alimento.

Y así terminaba ese texto:

Asistimos también a la utilización lacrimosa y vacía que la llamada oposición al kirchnerismo hace de esta circunstancia. Debe quedar en claro que si el Pro o el Frente Renovador (Massa) tuvieran el poder político harían lo mismo, nada diferente, ya que también forman parte de este sistema y su alianza es con el mismo. Es bueno considerar esto ya que se aproximan las elecciones presidenciales.

Renegaciones

Por cierto que se cumplió lo sostenido en el último párrafo. No era necesario ser muy sagaz para saber lo que iba a ocurrir. Tampoco para saber que las cifras de pobreza e indigencia - ¡un 6%!- que difundía el régimen kirchnerista eran falsas. Muy falsas, muy alejadas de una realidad que, para quien quisiera verla, era palpable en cualquier lugar del país, incluyendo a su Capital. Pero lo cierto es que sus adherentes creyeron (¿creen?) a pies juntillas en dichas cifras (¡Ah!, ¡la idealización del Líder, la ceguera que ese enamoramiento –como todos- produce! ¡la renegación que promueve!). La recuperación que hubo durante dicho gobierno – un 30% menos de pobres en relación a la catástrofe económica de 2001/2002 - debe ser entendida como la recuperación producida luego de una catástrofe económica. Es decir, luego de una situación por entero atípica. Por lo cual su valor se relativiza a la luz de eso que suele decirse: una vez que se toca fondo todo lo que queda es ir subiendo. Eso es lo que ocurrió, acompañado de una agresiva política de subsidios que maquilla en algo la pobreza pero no la elimina. Se crean así pobres que penden de un hilo para no caer en la indigencia.

El actual gobierno macrista –tal como se esperaba, aunque tantos hayan también renegado de lo evidente: ¡una renegación anticipada!, renegar de lo que se sabía que iba a producirse- se encargó de empeorar las cosas, mientras cínicamente echa la culpa a la administración anterior. 200 mil nuevos desocupados en menos de seis meses.

Es fundamental hacer un poco de historia: el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) consigna que en 1968 la pobreza alcanzaba al 3% (¡!) de la población. Esto salta al 8% durante la dictadura militar (año 1980) y al 10% una vez recuperada la democracia (burguesa, siempre es necesario aclarar este punto).

Luego va ascendiendo hasta el doble: 16% en 1986; y en 1988/1989 (momento de la hiperinflación) casi llegará al 40%, sobrepasado en el 90, para prácticamente no bajar del 30 durante toda la década del 90 llegando a un pico del 55 % en 2002. Luego irá retrocediendo durante los últimos 14 años, aunque este organismo del Estado deja de medirla en 2007. Otras mediciones acusaron alrededor del 30 % hasta ahora, que es de poco más del 32%. Estos números son ilustrativos de cómo las políticas neoliberales lograron, a partir de la dictadura de 1976, modificar la distribución de la riqueza, la conformación de clase de este país. Del 3% se pasó a diez (¡10!) veces más de pobres. Un tercio de la población está bajo el nivel de pobreza. Lo cual quiere decir que el movimiento de ascenso social que caracterizó a este país fue suplido por un movimiento descendente. Una espada de Damocles sobre la población.

Estar excluidos del Otro

Ha habido así una suerte de genocidio económico y simbólico. Sus perpetradores siguen libres, impunes, y continúan llevándolo a cabo. Y nadie los ha detenido.

El arrasamiento económico ha sido también cultural y simbólico. Una de las formas del avance de la insignificancia, de la depredación de sentido colectivo que permite labrar el individual. Sin que quienes habitan bajo la línea de pobreza tengan la posibilidad de establecer un proyecto identificador (Aulagnier) en una sociedad que además los ha diezmado simbólicamente: no tienen futuro.

Lo dicho sobre los Qom puede parecer un ejemplo extremo, pero cerca, muy cerca de la ciudad de Buenos Aires, y en la ciudad misma, una masa de excluidos deambula fantasmalmente, o yace tirada en las veredas, en las entradas de edificios o en los lugares más insólitos. El dolor del psiquesoma se corresponde con un estado de crueldad: el estar excluido debe ser entendido como un estado producido por quienes ejercen crueldad sobre una parte de la población encarnando la crueldad del Otro.

Hablamos así de quienes están excluidos del Otro: del trabajo, la salud, la educación, la justicia, de cualquier proyecto futuro: es vivir en un ahora eterno. Eso es quedar en las márgenes del registro simbólico, de aquello de lo que el Otro provee a través de los portavoces. Pero aquí los portavoces mismos van quedando afuera. Sólo podrán transmitir subsistencia, supervivencia... Sus hijos crecen en ese panorama.

Sujetos, familias, que sobran: la sociedad capitalista no los necesita, no los califica como consumidores, y encima hay que ocuparse de ellos. Sujetos que no ocupan un lugar en el Otro, en su deseo. La exclusión comenzó en los 90, y llegó para quedarse. No se sale de ser cartonero, de recibir subsidios, de haber quedado – literalmente- en la calle, o de formar parte de una población originaria desaparecida.

El fantasma de la exclusión recorre los consultorios cuando se trata de sujetos que trabajan en empresas estatales –que esperan la próxima lista de “desvinculados”-

o privadas en proceso de “racionalización”. También en quienes trabajan por su propia cuenta y se ven afectados por la caída de la producción del sector para el cual ofrecen sus servicios. Debe entenderse lo siguiente: no hay ejército de reserva: el que queda afuera, no vuelve a ingresar. Y lo sabe. Este es al mismo tiempo un elemento disciplinario que obliga a muchos sujetos a aceptar condiciones laborales denigrantes, lo cual también se aprecia en la consulta, sea en hospitales o a nivel privado, y obliga a un trabajo sobre la violencia secundaria que se ejerce sobre ellos. La cual favorece –al obligar a aceptar lo inaceptable- aún más la precarización laboral.

Exclusión y pulsión de muerte

Finalmente: el desocupado de hoy puede ser el excluido de mañana. Que no es estar desempleado: es lo que se conoce como indigencia, eufemismo que denomina a quienes no tienen con qué subsistir. Pero por supuesto que pobreza, desempleo e indigencia tienen profundas conexiones. Resulta difícil asimilar que –como consigné previamente- hace 50 años la población que estaba debajo de la línea de pobreza alcanzaba al 3%: ahora es el 32.2, siendo el año pasado del 30 %. Aunque –decíamos- según las cifras oficiales era ridículamente inferior: el 6%. Otro gesto de crueldad, ya que quienes estaban bajo esa línea se habrán sentido como formando parte de un pequeño grupo que seguramente “algo habría hecho mal” para estar en esas condiciones. Ya lo sabemos: cuando la realidad golpea duramente se incrementa la severidad superyoica (Freud).

Al haberse iniciado en los 90, son ya varias las generaciones que han crecido sin conocer lo que es tener un trabajo. Esto agrega complejidad a la cuestión de la exclusión: se puede pasar a ese grupo, o se puede haber nacido en el mismo. Y en relación a la severidad superyoica diremos que desata lo más mortífero de esa instancia, lo cual se aprecia en la predominancia de los actos autodestructivos descritos previamente. Gozar en la muerte, tal vez ser alguien por única vez en ese preciso y fugaz momento de autoproducirla; ser alguien en ese acto delictivo suicida o en el cuerpo colgado: ser alguien para el Otro; o inmolarse y quitarse de encima de una vez el peso de su crueldad. Destruirse en defensa propia: excluirse de la vida para, por fin, hallar sosiego. O –por qué no- hacer un radical rechazo del Otro, “triunfar” sobre él...

Las noticias de ayer son, por lo tanto, las de hoy. Las páginas podrán darse vuelta, pero para volver a encontrar la misma noticia –que será cada vez peor- en la próxima. Pero entre página y página la desnutrición, el consumo de drogas, la prostitución, el suicidio, la delincuencia suicida, etc., dejarán un tendal de vidas jóvenes en el camino. El gesto de exclusión del Otro echará sombras sobre la mayor parte de la población, como decía: un gesto de disciplinamiento.

Entre la orden de gozar ilimitadamente en el consumo –y la angustia por estar en falta que produce- y el terror a la exclusión podemos hallar las pesadillas de la vida diurna de los que aún están incluidos.

Who wants yesterday's papers?

Who wants yesterdays papers
Who wants yesterdays girl
Who wants yesterdays papers
Nobody in the world

After this time I finally learned
After the pain and hurt
After all this what have I achieved
I've realized it's time to leave

Cause
Who wants yesterdays papers
Who wants yesterdays girl
Who wants yesterdays papers
Nobody in the world

Living a life of constant change
Every day means the turn of a page
Yesterdays papers are such bad news
Same thing applies to me and you

Songwriters
JAGGER, MICK / RICHARDS, KEITH

El pan te pertenece
Por María Cristina Oleaga
mcoleaga@elpsicoanalitico.com.ar

17 Y dijo al hombre: "Porque hiciste caso a tu mujer y comiste del árbol que yo te prohibí, maldito sea el suelo por tu culpa. Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida.

18 Él te producirá cardos y espinas y comerás la hierba del campo.

19 Ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado. ¡Porque eres polvo y al polvo volverás!"

Genesis 3

"Por otro lado, me parecía importante formular una programa de futuro que no se limitara a un puñado de medidillas, sino que pudiera entusiasmarlos, hacernos soñar, movilizarlos. ¿O es que acaso esta renta incondicional no era interpretable como un camino capitalista hacia el comunismo, entendido éste como una sociedad que pueda escribir en sus banderas 'de cada cual (voluntariamente) según sus capacidades, a cada cual (incondicionalmente) según sus necesidades'?"

Philippe Van Parijs

Freud y la maldición judeocristiana

Cuando Freud examina la relación de los seres humanos con la cultura -dentro de la que incluye la institución del trabajo- dice: "(...) la cultura es algo impuesto a una mayoría recalcitrante por una minoría que ha sabido apropiarse de los medios de poder y de compulsión" [1]. No cree que este rasgo sea esencial a la cultura, sostiene que está condicionado por las formas imperfectas de su desarrollo. Sin embargo, también afirma que, al edificarse tanto sobre la renuncia pulsional – al incesto, al canibalismo y al gusto de matar- como sobre la compulsión al trabajo, las tendencias destructivas y antisociales la acechan siempre. En este punto, Freud descrea de la posibilidad de mejoras futuras.

Destaca, en este sentido, la rebeldía que se produce cuando la cultura satisface a un número de sus miembros mediante la opresión de la mayoría, la que trabaja sin tener más que una escasa participación en los beneficios que produce. "Huelga decir que", dice Freud, "una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece". [2]

Este es el marco en el cual Freud ubica lo que denomina "aversión" de la masa al trabajo. No tiene pruebas, dice, de que el experimento soviético de cambio -incipiente en ese momento- logre resultados diferentes. Freud, producto de su época, cree en el poder del Padre, ensaya la idea de hacer descansar el destino de la cultura en conductores de masas que sean individuos arquetípicos, personas de visión superior que, a su vez, se eleven sobre sus propios deseos pulsionales. Pero Freud es escéptico incluso respecto de estas condiciones que imagina, salvo que en el futuro, dice, una educación, desde la primera infancia, en el amor y el respeto por el pensamiento sea la que logre cambios.

Para él, el narcisismo, los ideales, las insignias que favorecen las identificaciones con la cultura son puntos de apoyo para su sostén, contrapeso de los aportes laborales tan desiguales de sus miembros y de las hostilidades que así la amenazan. Las representaciones religiosas, el consuelo que aportan, sus promesas, van en la misma dirección. Recordemos que la obra freudiana transcurre en medio de la Revolución Industrial, con el tinte victoriano de un Superyó que prohíbe y también ordena; enmarca; en resumen: con una visión esperanzadora respecto del futuro de aquellos afortunados que podían cumplir los mandatos de la época. Someterse a la maldición prometía recompensas.

Más adelante, Freud ubica el origen del trabajo, ya no sólo en la compulsión de algunos sobre otros sino en un lazo íntimo con el amor y el erotismo. Así, señala que la compulsión al trabajo se origina en el apremio exterior que llevó al hombre primitivo a descubrir que el trabajo era lo que "podía mejorar su suerte sobre la Tierra" [3]. El otro se transforma, así, en un colaborador con quien era útil vivir en

común, trabajar con él y no en su contra. Agrega, también, un segundo ingrediente que refuerza la convivencia humana: “el poder del amor” [4] que mueve al varón a no querer privarse de su objeto sexual y a la mujer a no querer separarse de su hijo.

Cabe retener este origen del trabajo y de la convivencia para pensar de qué modo las sucesivas formas socioculturales y los desarrollos de la economía les dieron destinos diferentes, incluso muy lejanos y hasta opuestos. En esta teorización freudiana el trabajo aparece valorado por el hombre a partir de los frutos que le brinda, así como la colaboración del otro y el establecimiento de la unidad familiar, primera -también- unidad laboral. Los aspectos tanáticos, que no hay que desconocer, resultan atemperados en esta versión. La acumulación primitiva es el origen de los factores para pensar lo que Freud señala como compulsión de la minoría sobre la mayoría.

En relación a la consideración del trabajo, también tenemos que destacar el concepto freudiano de sublimación, único destino pulsional que se cumple sin represión y que, al no conmover nuestra corporeidad, dice Freud, procura ganancias de placer “más finas y superiores” aunque de intensidad amortiguada [5]. Así, respecto de lo que nombra “trabajo profesional ordinario” dice: “Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber, la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que con él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confiere un valor que no le va en zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad. La actividad profesional brinda una satisfacción particular cuando ha sido elegida libremente, o sea, cuando permite volver utilizables mediante sublimación inclinaciones existentes, mociones pulsionales proseguidas o reforzadas constitucionalmente.” [6]

Indudablemente, son muchos los beneficios que Freud atribuye a esta actividad humana y no sólo en cuanto a la entrada del hombre primitivo a la cultura sino también en relación con las distribuciones libidinales que preservarían su salud psíquica. Esta visión freudiana transforma en bendición la maldición bíblica sobre el trabajo, aunque quede en el misterio, para Freud, el saber por qué una tal capacidad sublimatoria no sería asequible a todos [7]. Es tal el lugar que Freud otorga al trabajo que amar y producir son para él los datos esenciales para pensar en la curación [8]. Cobra aquí especial importancia la palabra producir en relación con la posibilidad de desligarla del trabajo en tanto alienado y pensarla vinculada al destino pulsional de la sublimación, sea cual sea su accionar y su producto.

¿Qué destino para la maldición?

Podemos recorrer varios de los artículos previos de nuestra Revista [9] para examinar condiciones de época que hacen indispensable el replanteo drástico del lugar del trabajo en la sociedad y, por lo tanto, en la economía libidinal. Para resumir algunos de los rasgos que están extensamente desarrollados en los números

citados, podemos nombrar la caída de los ideales, que servían de amparo a la subjetividad; la desnudez del mandato superyoico a un goce ilimitado que apunta al consumo y a las modalidades adictivas; la caricaturización de cualquiera de las figuras representativas del Padre como autoridad que ampara; la desvalorización del amor y de la ternura a favor del narcisismo y del autoerotismo, los efectos arrasadores de la globalización y del reino del mercado y la tecnociencia y -por consiguiente- la puesta en primer plano del desamparo original. El Amo ya no cuida a pesar de explotar; ahora se trata del anonimato de las finanzas, de la globalización del poder del capital que, a pesar de no tener rostro, va y viene por el mundo a su antojo y deja tras de sí consecuencias nefastas para los seres y para el medio ambiente. Basta recordar que los emprendimientos más rentables del capitalismo global son el narcotráfico, la venta de armas para la guerra y la trata de personas.

En este marco, si antes se señalaba que era necesario sufrir para poder gozar - "Ganarás el pan con el sudor de tu frente"- hoy se impone el deber de gozar incondicionalmente, por fuera de cualquier consideración que incluya el límite, la castración. Asimismo, gozar está significado como consumir, razón por la que se aleja del alcance de mayorías cada vez más abrumadoras. Hay casi treinta millones de desocupados europeos, cinco millones en Argentina, seres desprovistos de todo, desechos de la operación capitalista, desarticulados entre sí, sin futuro inmediato. Los desocupados europeos reciben seguros de desocupación precarios y los nuestros se hunden en la exclusión. Hay ya, en nuestro país, tres generaciones de sujetos desligados del trabajo y, por lo tanto, de sus congéneres, así como de la posibilidad de tramitar impulsos libidinales de modo satisfactorio en este quehacer. Muchos encuentran consuelo en la narcosis de las drogas -otra de las satisfacciones compensatorias al malestar que Freud estudió- y de las sectas, religiosas o de otro orden.

Diversos autores han estudiado las nuevas condiciones del trabajo y, también, las transformaciones posibles para pensar en cambios sociales favorables. En este sentido, me interesa particularmente la visión de Franco Berardi. Este autor ve un camino para el cambio allí justamente donde más oscuro parece el porvenir. Berardi reconoce que el trabajo, tal como lo entendemos, ya no ocupa un lugar privilegiado en la sociedad y dobla la apuesta: nos dice que el trabajo ya no es necesario. Tiene, en este sentido, una visión opuesta a la de otros activistas de izquierda, los que se esfuerzan en defender las fuentes de trabajo. Él propone sabotearlas pues, dice Berardi, hay que subvertir todos los valores de la sociedad capitalista, tomar los poderes que da el trabajo de lo que se conoce como cognitariado y dar un golpe de timón a lo que, de otro modo, lleva a la catástrofe.

Para él, nada hay a defender en la fuente de trabajo y sí en la renta ciudadana o renta básica incondicional, al decir de su ideólogo, el filósofo belga Philippe Van Parijs. Los avances técnicos permiten que el trabajo se realice cada vez con menos participación humana y que los productos, desde los más accesibles hasta incluso las viviendas, tengan menores costos, con lo cual el acceso a ellos debería estar cada vez más facilitado para todos si no fuera por la avidez capitalista. En este sentido, la maldición bíblica es sintónica con la naturalización de la propiedad

privada de los medios de producción y con la dependencia del sujeto de su suerte al nacer. La idea de la renta básica incondicional reflota la vieja utopía de que cada uno reciba según sus necesidades y contribuya según sus capacidades. El pan, como símbolo, es un derecho y no una mercancía a ganar.

Dice Berardi: “Porque la política no puede. ¿Qué puede? La inteligencia colectiva, el cerebro colectivo, los cien millones de proletarios cognitivos que viven y trabajan al interior de la Silicon Valley global. Ellos son la fuerza que puede algo ¿Qué puede? Puede sabotear y puede reprogramar. Son las dos acciones que tenemos que hacer en el futuro. Una acción es bloquear y subvertir el proceso de producción capitalista. Sabotear la guerra, sabotear la seguridad imperialista. Pero, además de sabotear, podemos reprogramar la máquina global, reprogramar la distribución de los recursos, reprogramar la distribución de la riqueza, el tiempo de trabajo, la relación entre trabajo y vida cotidiana. Todo eso no es objeto de decisión política. No lo es. Es objeto de programación cognitiva técnica e informática. No se trata de decir: “la sociedad tiene que tomar el poder político”. Se trata de decir: los trabajadores cognitivos, junto a la sociedad entera, naturalmente, pueden y deben sabotear, bloquear y reprogramar la máquina global.” [10]

Berardi marca la catástrofe a la que lleva el capitalismo, el sufrimiento subjetivo propio de los rasgos epocales que señalábamos y que cada vez más, obviamente con características singulares, encontramos en las consultas: “Los efectos de la competencia, de la aceleración continua de los ritmos productivos, repercuten sobre la mente colectiva provocando una excitación patológica que se manifiesta como pánico o bien provocando depresión. La psicopatía (debe entenderse como “patología psíquica”, Nota del E.) está deviniendo una verdadera epidemia en las sociedades de alto desarrollo y, además, el culto a la competencia produce un sentimiento de agresividad generalizado que se manifiesta sobre todo en las nuevas generaciones.”

“Quien no logra seguir el ritmo es dejado de lado, mientras que para quienes buscan correr lo más velozmente posible para pagar su deuda con la sociedad competitiva, la deuda aumenta continuamente. El colapso es inevitable y de hecho un número cada vez más grande de personas cae en depresiones, o bien sufre de ataques de pánico, o bien decide tirarse debajo del tren, o bien asesina a su compañero de banco. (...) La guerra por doquier: éste es el espíritu de nuestro tiempo. Pero esta guerra nace de la aceleración asesina que el capitalismo ha inyectado en nuestra mente.” [11]

Cuando se refiere a la subversión de los valores, dice: “El vacío de la política puede ser rellenado solamente por una práctica de tipo terapéutico, es decir, por una acción de relajación del organismo consciente colectivo. Se debe comunicar a la gente que no hay ninguna necesidad de respetar la ley, que no hay ninguna necesidad de ser productivo, que se puede vivir con menos dinero y con más amistad. Es necesaria una acción de relajamiento generalizado de la sociedad. Y es necesaria una acción psicoterapéutica que permita a las personas sentirse del todo extrañas respecto de la sociedad capitalista, que les permita sentir que la crisis

económica puede ser el principio de una liberación, y que la riqueza económica no es en absoluto una vida rica. Más bien, la vida rica consiste en lo contrario: en abandonar la necesidad de tener, de acumular, de controlar.” (...)

“Crear islas de placer, de relajación, de amistad, lugares en los cuales no esté en vigor la ley de la acumulación y del cambio. Esta es la premisa para una nueva política. La felicidad es subversiva cuando deviene un proceso colectivo.” [12]

La maldición en el consultorio

Cuando Bifo habla de acción terapéutica se refiere a una nueva forma de activismo, a un replanteo de los imaginarios y de los lazos sociales. Cuando a nuestra consulta llega alguien que padece y relata sus situaciones laborales, su sufrimiento frente a la arbitrariedad, la inestabilidad que siente ante la precariedad de su fuente de trabajo, etc., nuestro lugar no es el del activista, sin duda, pero somos convocados a alojar y dar un curso a ese padecimiento. Es un cambio de paradigma el que se impone reconocer, aunque este momento sea el de la bisagra: sólo avizoramos una tendencia, un camino en relación con la caída del trabajo como institución, sin que por ello podamos desconocer su presencia y su pregnancia, su función ordenadora hoy.

Encontramos diferencias muy significativas en los sujetos afectados por estos cambios. Desde luego, estamos generalizando, operación de riesgo pero necesaria, de entrada, para abordar un tema y estudiarlo. Por un lado, las diferencias se presentan en relación con las extracciones de clase. Hay sectores que sufren los vaivenes laborales sin sentirse amenazados por la exclusión. Tienen recursos, económicos y culturales, para afrontar cambios, por más drásticos que éstos sean. Otros, menos favorecidos, encuentran que toda su vida pende de un hilo ante la inestabilidad laboral porque saben que si pierden el trabajo no cuentan con medios para sobrevivir dentro del sistema. Estas referencias de clase se cruzan, además, con los datos etarios y de género.

Los sujetos mayores sienten como más peligroso el cambio en general y sobre todo el cambio en áreas laborales, incluso cuando, por su preparación, puedan reacomodarse. Aún pesan los discursos -“El trabajo dignifica”; “El trabajo es salud”, por ejemplo- que hacían del trabajo el eje de la vida, trabajo a transcurrir en el mismo sitio, al modo de una carrera, como una insignia que se vinculaba al honor personal y se premiaba y valoraba como tal.

Asimismo, encontramos diferencias que se juegan en el género. Los hombres han sido, tradicionalmente, los depositarios del rol de proveer. El trabajo es parte fundante de su identidad masculina, su sostén fálico. Cuando vacila esa identificación, se conmueve todo el sistema identitario. Las mujeres tienen, por estructura, mayor vecindad con la fragilidad: los vaivenes identificatorios -el cuerpo como falo, pero también el niño y, ¿por qué no?, los logros laborales- las identificaciones múltiples que coexisten. Este rasgo favorece su posibilidad de

encarar mejor los golpes del desempleo. Salvo cuando son, a su vez, el único sostén de la familia.

La cara virtuosa de los cambios epocales es que afectan de otro modo a los más jóvenes, sobre todo a los que se han formado, o sea a los de clase media, media alta y alta. Este grupo etario descubre que el trabajo no tiene por qué ser una maldición. No están dispuestos a sostener lugares perdidosos o de sometimiento innecesario y se arriesgan a buscar caminos personales más placenteros, de menor dependencia. Ya que todo es igualmente riesgoso e inestable al menos quieren evitar el sufrimiento. La inestabilidad se vuelve aventura, el riesgo desafío. Hay en marcha una destitución de imaginarios socialmente establecidos y estos sujetos son tomados por otros, más permisivos. Se da una ligazón reiterada en estos jóvenes entre trabajo y placer. En varios sitios hemos incluido otros efectos, dañinos, que también se producen sobre los jóvenes a partir de los cambios de época y no los retomaremos aquí. [13]

Es importante estar atento a las nuevas representaciones que surgen en relación tanto con el trabajo como institución como con el lugar del sujeto mismo en esas nuevas condiciones. Así, se puede enmarcar la escucha en ese cruce entre sector de clase, género y grupo etario, además de habérselas -desde luego- con las singulares coordinadas subjetivas de cada quién.

Cuando las condiciones - edad y formación o pertenencia de clase - llevan al sujeto a sentir que depende absolutamente del trabajo, que su inserción en el sistema no está en absoluto en sus manos, el sufrimiento es notable. Los recursos personales desaparecen en esta depositación masiva que hace del proveedor de trabajo el dueño de su destino. Creo que estos son impedimentos a cuestionar, a destituir en lo posible, para permitir a estos sujetos el encuentro con sus íntimos obstáculos y posibilidades. A veces, y no pocas, estos movimientos de vacilación de los imaginarios rígidamente instituidos permiten un cambio en la posición fantasmática y un encuentro con capacidades ignoradas que pueden ligar de otro modo al trabajo con el placer. No se trata de forzar hacia la sublimación -operación contra la que la Freud nos prevenía- sino de levantar obstáculos para su despliegue.

Asimismo, nuestra escucha e intervención puede hacer una barrera al aislamiento en que estos sujetos suelen caer, alentar el mantenimiento de lazos libidinales incluso con intervenciones sobre los otros significativos. La gente que vive en barrios de clase media baja, por ejemplo, tiene mejores oportunidades de juntarse con otros, de formar lazos laborales horizontales, independientemente de los resultados económicos precarios que obtengan. Recordemos, en este sentido, las dificultades que atraviesan tanto las cooperativas como las fábricas recuperadas, verdaderas islas en medio de la máquina del capital. Tienen que vérselas tanto con la agresión del sistema como con la autoexplotación y el trabajo a destajo para sobrevivir. Sin embargo, también es notable la función terapéutica de los lazos que se crean y se fortalecen también en medio de la adversidad. [14]

No podemos desconocer que la mayoría de los afectados por esta descomposición de la institución del trabajo no llega a la consulta, que la narcosis sigue siendo uno de los refugios ante la exclusión que sucede a la desocupación, que el aumento de su incidencia y el descenso de las edades de comienzo señalan fenómenos de desintegración social de difícil retorno sobre los que no nos es dado intervenir directamente. Esta época de bisagra, de agonía de lo viejo cuando lo nuevo no logra definirse, es quizás la más devastadora para las subjetividades afectadas, que se transforman en desecho de la operación.

Más allá de los obstáculos que se interponen para que la institución trabajo, tal como la hemos conocido, pueda ser definitivamente enterrada; más allá de lo difícil e incierto que es que el capitalismo mismo pierda la naturalización en la que está inmerso, se me hace claro que, al tener como telón de fondo una nueva concepción del trabajo -incluso como innecesario-, puedo operar con mayor libertad, al relativizar el peso de las significaciones que agonizan. [15]

- [1] Freud, Sigmund, El Porvenir de una Ilusión, 1927, pág. 6, Obras Completas, Tomo XXI, Amorrortu 1987.
- [2] Ibid (1), pág. 12.
- [3] Freud, Sigmund, El malestar en la cultura, 1930, pág. 97, Obras Completas, Tomo XXI, Amorrortu 1987.
- [4] Ibid (3), pág. 99.
- [5] Ibid (3), pág. 79.
- [6] Ibid (3), pág. 80, n 5.
- [7] Oleaga, María Cristina, Esa mágica aptitud, ¿Clínica del Vacío?, El Psicoanalítico 25: Argentina: la continua fiesta de la insignificancia.
- [8] Freud, Sigmund, Conferencias de introducción al psicoanálisis, 28 Conferencia. La terapia analítica, 1916/7, Obras Completas, Tomo XVI, pág. 416, Amorrortu 1987.
- [9] Recomendamos especialmente la lectura de los números 1, 11, 16, 18, 21, 23, 24, 25 y 26, así como el presente.
- [10] Berardi, Franco Bifo, Página 12, Radar Libros, Pánico el Pánico, domingo 24 de julio de 2016.
- [11] Berardi, Franco Bifo, La Vaca, ¿Quién es y cómo piensa Bifo?, 26 de febrero de 2008.
- [12] Ibid (10).
- [13] Oleaga, María Cristina, Jóvenes, “Llegó con tres heridas”; El Psicoanalítico, Sección Último Momento; Hoy el padre no sabe pero las TCC sí, Primera parte, El Psicoanalítico 12: Otoño del patriarcado ... (¿?)
- [14] López Echagüe, Hernán, La política está en otra parte (Fragmento).
- [15] Chairó, Luciana y Ciari, Germán, Insignificancia, progresismo y psicoanálisis. Parte I: Etiología de la insignificancia y el capitalismo como máquina de quemar, El Psicoanalítico 26: ¡Consume! El Otro te ama.

Producción de valores e ideales en la adolescencia

Por Marcelo Luis Cao

Lic. en Psicología. Miembro Activo y Docente de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo (AAPPG). Profesor Adjunto de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Adolescentes de la UCES. Miembro del Laboratorio UCES de Problemáticas Actuales en la Infancia y Adolescencia (LUPAIA). Supervisor del Equipo de Adolescentes del Hospital Zubizarreta. Autor de los libros: Planeta Adolescente. La Condición Adolescente. Desventuras de la Autoestima Adolescente.

Página Web: www.marceloluiscao.com.ar
marceloluiscao@gmail.com

*Decís que querés una revolución
Bueno, vos sabés
Todos queremos cambiar el mundo.
Lennon & McCartney [*]*

¿Por qué resultan tan trascendentes las cuestiones ligadas al campo de los ideales y valores durante la adolescencia? ¿Por qué movilizan profusas y hasta angustiantes polémicas tanto entre los mismos jóvenes como entre los adultos? ¿Cuál es el patrón invisible que organiza en cada generación la búsqueda de sentidos a través de la pregunta, del cuestionamiento, de la impugnación, para luego dar paso a la creación, o bien, a la recreación?

Imagine

Al abandonar la infancia, el sujeto pierde no sólo sus recursos sino también la estructura psíquica que laboriosamente construyó. Por tanto, todo aquello que resultó operativo para desempeñarse durante la niñez ya no le habrá de servir al momento de convertirse en adolescente. A la sazón, nos encontramos aquí con los desequilibrios con los que nos desafía la remodelación de la instancia yoica y el registro narcisista representados a través del incesante repiquetear de las preguntas quién soy y cuánto valgo. Asimismo, otro tanto habrá de ocurrir con la remodelación del Ideal del Yo en torno a las modificaciones que sufra la imagen a futuro, representada en este caso con las preguntas quién quiero ser y qué quiero para mí. Mientras tanto, la Conciencia Moral en su trabajo de resignificar el sentido de la ley paterna se habrá de preguntar qué es lo que ahora sí puedo hacer.

Partamos de una vieja película: La sociedad de los poetas muertos ¿Por qué poetas? Poiesis, la palabra griega de la que deriva poesía, daba cuenta en su origen de todo proceso creativo. En su calidad de verbo delineaba una acción que transformaba y otorgaba continuidad al mundo. El trabajo poiético, por tanto, reconciliaba al pensamiento con la materia y el tiempo, y a la persona con el mundo. Qué mejor descripción de una de las facetas que portan los sujetos adolescentes.

¿Por qué sociedad? Porque cada generación adolescente forma un colectivo que se organiza alrededor de un imaginario propio, de un imaginario adolescente [1].

Este imaginario rige con el conjunto de sus códigos los modos de interacción de dicha camada englobando en sí mismo una serie de ideales y valores que sintonizan a contrapelo con el momento histórico en curso, ya que se apuntalan sobre lo preexistente para desde allí generar un posicionamiento subjetivo de corte diferencial.

¿Por qué vivos? Esta sociedad, a diferencia del film de marras, cuenta con miembros vivos porque produce en cada generación hitos a nivel sociocultural tanto a través de sus propuestas como de sus acciones, algunas de las cuales pueden resultar revulsivas para el statu quo adulto. Esto puede apreciarse en los giros innovadores que toma el lenguaje, en las variantes contestatarias con que enfrentan lo instituido, en las formas que adquieren sus vinculaciones, en las transformaciones que sufre lo estético, en la novedad o la radicalidad que adquieren los intereses en juego, etc.

De esta manera, durante la regencia de cada camada juvenil, se habrá de gestar la construcción de un imaginario adolescente, es decir, un conjunto de representaciones que otorgará los imprescindibles contextos de significación y jerarquización [2] al pensar, al accionar y al sentir de una generación que busca su destino. No obstante, resulta axial aclarar que en una misma generación pueden coexistir simultáneamente varios imaginarios adolescentes. Esta situación se origina en la heterogeneidad que porta este colectivo debido a las diferencias sociales, culturales y económicas que presentan los miembros que lo integran, tal como puede observarse en la proliferación de las distintas tribus urbanas y en los fenotipos adolescentes que caracterizan a los diversos estamentos societarios.

A la sazón, si acordamos con el planteo que sostiene que realidad psíquica y realidad social son dos factores mutuamente irreductibles, podremos quitar el velo que oculta el entramado que da cuenta de la producción conjunta de ambas. De este modo, las significaciones imaginarias sociales que circulan en cada momento histórico tendrán una decidida injerencia en el formato que adopten tanto el imaginario adolescente como sus consecuentes directivas, siendo éstas coetáneas del tránsito por las sucesivas elecciones (vocacionales, amorosas, sexuales, ideológicas, etc.), que demarcan el arduo camino que lleva a la consolidación de una nueva dotación identitaria. Recíprocamente, en la medida de que cada camada adolescente se convertirá con sus producciones en una indiscutida protagonista a la hora de la construcción de su propio imaginario, el espíritu innovador emanado del mismo pondrá en marcha una dinámica cultural que insuflará nuevos aires en el seno de la sociedad que le tocó en suerte.

De esta manera, en cada generación adolescente, existirá la posibilidad de que emerjan movimientos de vanguardia (política, artística, intelectual, tecnológica, etc.), que a través de su pensamiento y su accionar puedan influir y modificar tanto su propio rumbo como el de la cultura a la que pertenecen y en la que ejercen su despliegue. Los destinos de estas vanguardias son divergentes, ya que pueden quedar archivadas por su falta de repercusión o por su eventual fracaso, o bien, sus banderas puede uniformar a gran parte del colectivo masificándolo en un

posicionamiento determinado (contestatario, participativo, consumista, etc.). Asimismo, su impronta creativa, ya sea grupal o individual, puede trascender hacia las generaciones siguientes marcando una tendencia o deviniendo en un modelo clásico. [3]

Con una ayudita de mis amigos

Para pesquisar como se produce la reformulación, o bien, la creación de valores e ideales durante la adolescencia resulta imprescindible prestar atención a la secuencia que se establece entre el desmantelamiento y el posterior recambio representacional y afectivo que se inicia con la puesta en marcha del proceso que conduce la remodelación identificatoria. Las nuevas representaciones que la instancia yoica habrá de forjar de sí misma van a estar sostenidas y referidas por el constante proceso de configuración y reconfiguración que se lleva a cabo en torno a las temáticas ligadas a imagen y recursos. Estas habrán de sufrir una permanente actualización a partir de las señales emitidas por las dos grandes vertientes de judicación y adjudicación de valor: las que provienen del interior del propio sujeto y las que se originan en el ámbito poblado por los otros del vínculo.

De este modo, la construcción de un nuevo montaje identitario a expensas de la operatoria de la remodelación identificatoria, va a implicar la puesta en juego de una dinámica donde aquello que se adquiere sólo se obtiene a cambio de algo que se pierde. Esta sucesión de relevos y recambios representacionales y afectivos produce al interior del psiquismo un movimiento de refundación que abarca tanto a la jurisdicción del Yo como a la del narcisismo. No obstante, la onda expansiva resultante de estos relevos y recambios no va a quedar circunscrita sólo a estas dos jurisdicciones, ya que el Superyó y sus subestructuras van a sufrir a su modo y en su medida las alternativas propias de aquel procesamiento.

Justamente, el trastrocamiento producido en los registros intrasubjetivo e intersubjetivo que trae aparejada la irrupción puberal va a afectar las condiciones bajo las cuales se ponen en marcha y se ejecutan las operatorias de la represión. Asimismo, este trastrocamiento implicará el despliegue de un trabajo psíquico y vincular de reposicionamiento y reconfiguración a cargo del sujeto adolescente y de sus otros significativos, el cual girará en torno al compendio de los códigos y normativas que históricamente rigieron los destinos del imaginario familiar. Es, justamente, aquí donde entra en juego la instancia superyoica, en tanto las modificaciones en curso van a afectar sus fundamentos estructurales, su dinámica de intercambios y su ecuación económica.

Por otra parte, el progresivo desasimio de la autoridad parental, también se encuentra en consonancia con la búsqueda de nuevos espacios de experimentación. Por esta razón, se torna indispensable no sólo el reposicionamiento y la reconfiguración respecto del conjunto de los códigos y normativas vigentes sino también del campo de los ideales que lo suministró. Este campo activamente sostenido por los adultos, y que hasta el momento resultaba prácticamente hegemónico en su primacía, se verá tan duramente cuestionado

como sus propios mentores o portadores. Este cuestionamiento, que contará con un andamiaje foráneo al imaginario familiar, se apoyará en la persistente avalancha de ideas, valores, modelos, actitudes y conductas infiltradas a contrapelo por el propio adolescente.

En este sentido, los estratégicos reposicionamientos dentro de la propia instancia superyoica, obligarán a forjar un nuevo balance de fuerzas en relación con las otras instancias y con la realidad exterior. Asimismo, las profundas transformaciones e innovaciones en la dinámica familiar y social redefinirán las formas de intercambio y vinculación entre el adolescente, los otros del vínculo y su medio circundante. Otro tanto ocurrirá con los aportes cuestionadores y enriquecedores introducidos por el registro transubjetivo, que contribuirán a forjar una nueva síntesis cultural que el sujeto adolescente portará tanto dentro del ámbito de la familia como extramuros.

Este proceso, que colma de alteraciones a las jurisdicciones yoica y superyoica, se apoya en el trabajo deconstructivo que realiza la operatoria de la desidentificación en el marco de la remodelación identificatoria, a partir del relevamiento y reemplazo de las viejas representaciones por otras nuevas. En el caso de esta última jurisdicción las nuevas representaciones no habrán de surgir de las producciones originadas en el Superyó que portan los miembros de la pareja parental, tal como ocurrió en la primera modelización identificatoria de esta instancia. Esto se debe a que durante “el curso del desarrollo, el Superyó cobra, además, los influjos de aquellas personas que han pasado a ocupar el lugar de los padres vale decir, educadores, maestros, arquetipos ideales.” [4]

La nueva modelización se va a completar sobre la base de las representaciones incorporadas en ocasión de la intensa porosidad identificatoria que instituye la condición adolescente. De este modo, este poderoso influjo que aportan los otros del vínculo con sus modelos de pensamiento y acción ejerce sobre el Ideal del Yo de los adolescentes la presión necesaria y suficiente para activar el trabajo de las urgencias identificatoria y vinculatoria. A este influjo debemos sumar el constante repiqueteo de las significaciones imaginarias sociales que circulan por la cultura de la época, cuyas ideas y valores contribuirán a engrosar aquella presión. De este modo, se abrirá paso la sucesión de representaciones que van a contribuir en el proceso de reformulación de los ideales y valores.

El vínculo psicoterapéutico también habrá de operar en este campo generador de nuevas experiencias, aportando su cuota de significaciones al flujo representacional a través de su trabajo sobre los aspectos concientes e inconscientes del Yo y del Superyó. Pero, también, va a precipitar sus influencias en el territorio de los valores e ideales en tanto el discurso analítico cuenta con los suyos, los cuales no sólo se transmiten a través de las intervenciones sino que emanan de las condiciones generadas por el propio dispositivo. Si a esta situación le sumamos el ensanche que se produce en el preconciente del adolescente a partir de este mismo discurso, se cerrará el círculo virtuoso que el otro del vínculo, en este caso el terapeuta, ofrece en su calidad de gestor, puntal, acompañante, rival y partenaire.

Por consiguiente, la revisión de las normas y los códigos adquiridos durante la infancia, a la luz de las demandas pulsionales que emergen con la revolución hormonal y el desasimio progresivo de la autoridad parental, inaugurará un nuevo campo de límites y permisos, imprescindible para poder moverse, explorar, construirse un criterio, delinear una tabla de valores e imantar la brújula de los proyectos con el magnetismo de la libertad de elección. De esta forma, la reformulación de las instancias ideales requiere para su desarrollo contar no sólo con el aporte de los modelos emergentes de las nuevas vinculaciones sino también de aquellos que provienen del registro transubjetivo. Esta suerte de infiltración terminará por precipitar la constitución de una síntesis renovadora, que devenida en ideario personal pondrá distancia de los dictados transmitidos por la tradición familiar y social. En este mismo sentido, las flamantes normas e ideales que habrán de reorientar tanto las descargas específicas como las sublimaciones nos introducirán de lleno en el tema de la ley, en tanto ésta pierde la inmanencia detentada por lo parental para dar paso a la escritura de un nuevo decálogo de mandamientos albergados bajo el cielo protector de un nuevo engarce simbólico.

Aquí, allá y en todas partes

Idea, ideal e ideología cuentan con la misma raíz etimológica. La fluidez con la que estas palabras se retroalimentan en el campo cultural no tiene nada que envidiarle a la que se establece a nivel del psiquismo adolescente. Allí la dinámica de sus idas y vueltas, sus permanentes reformulaciones y sus pequeñas rupturas epistemológicas describen con precisión el hervidero en el que ese psiquismo se desenvuelve. La ávida incorporación de significaciones, su metabolización, utilización y recambio marcan una necesidad y un curso de acción para este psiquismo en construcción. Es que el forjado de una nueva identidad requiere de un montaje idiosincrático que dé cuenta de cómo el sujeto va quedando posicionado, casi en tiempo real, respecto del mundo, de los otros del vínculo y de sí mismo. Este montaje va a ser tributario del imaginario adolescente y a la vez va a incidir en su permanente mutación, tal como lo atestigua la zigzagueante órbita del Planeta Adolescente.

Asimismo, el imaginario adolescente mirado a contraluz, puede funcionar como una lupa que amplía, a veces de manera brutal, el ideario que se halla en cocción en el horno societario. Estas corrientes de ideación, en tanto proveedoras de posicionamientos subjetivos, pueden ser capturadas por dicho imaginario y reconvertidas a los fines adolescentes en consonancia o disonancia con los intereses en juego de la franja adulta. De esta forma, puede apreciarse como el imaginario adolescente se nutre de los ideales y valores de una época dada para transmutarlos y hacerlos parte de su emblemática. Esto debería tenerse en cuenta a la hora de las variopintas acusaciones que reciben los jóvenes durante su tormentoso transbordo, las cuales intentan hacerlos responsables del permanente malestar que taladra a la cultura [5]. Incluso en nuestros propios cenáculos se puede llegar a escuchar la preocupación desatada por el aumento de las psicopatías y de las esquizoidías en la población juvenil, como si estas fueran una marca distintiva de la misma, es decir, como si las actuaciones y los aislamientos afectivos fueran

sólo patrimonio de los adolescentes. Los argumentos en los que se basan estas diatribas parecen apoyarse en la idea de que los jóvenes provienen de otro planeta, o dicho con otras palabras, que carecen de filiación valorativa e ideológica.

Para poder esclarecer la dinámica interna de este tipo de procesamiento tanto psíquico como societario, deberemos aproximarnos a la versión con la que René Kaës reformulara concepto de apuntalamiento. Según sus desarrollos a partir del apoyo de la pulsión sexual sobre las funciones vitales se van a producir una serie de derivaciones que habrán de conducir a nuevos apuntalamientos: el de la pulsión sobre el cuerpo, el del objeto y del Yo sobre la madre, el de las instancias sobre las formaciones elementales y el de las formaciones generadoras del vínculo (identificaciones, imagos, complejos, modalidades de pensamiento), sobre el grupo y la cultura. En todos ellos encontraremos una secuencia lógica que enlaza a sus cuatro componentes: apoyo sobre una base originante, modelización, ruptura crítica y transcripción. [6]

La remodelación identificatoria, por su parte, va a resultar tributaria de este procesamiento en la medida en que las identificaciones tendrán su basamento en el componente modelizador. Por ende, el sostén que ofrezcan estos apoyos y modelos dará sustento a la vida psíquica y social del sujeto hasta el arribo de la adolescencia. Justamente, a partir de ese momento estos apoyos y modelos sufrirán el vendaval del cuestionamiento que desembocará en la ruptura crítica con los ideales y valores familiares y, a fortiori, con aquellos que los portan. Finalmente, este procesamiento se habrá de completar con la operatoria de la transcripción, la cual produce un pasaje transformador entre dos interfaces dando lugar a una nueva síntesis entre lo viejo y lo nuevo, entre lo heredado y lo adquirido. De esta forma, se termina de tornar propio algo que en su origen era ajeno.

La operatoria de transcripción implica un pasaje transformador entre dos medios heterogéneos. Por esta razón, la separación existente entre los términos apuntalados recíprocamente (sujeto-grupo familiar, sujeto-grupo de pares, sujeto-cultura, sujeto-ideales y valores, etc.), exige una elaboración psíquica durante dicho pasaje porque en caso contrario en vez de una traducción se produciría una sutura. De este modo, el apuntalamiento de las formaciones generadoras del vínculo (identificaciones, imagos, complejos, modalidades de pensamiento), sobre el grupo y la cultura resultan decisivos para poder reformular la dimensión valorativa e ideológica que los adolescentes llevan a cabo al interior de su psiquismo, en los grupos de pertenencia y en las instituciones.

De este modo, los modelos que emanan tanto de los imaginarios familiares como de los institucionales, van a determinar los posicionamientos subjetivos disponibles para desempeñarse en las correspondientes dinámicas vinculares. No obstante, estos imaginarios no sólo asignan roles y funciones sino que también esculpen la tabla de valores con la que sus miembros habrán de orientar sus pensamientos, emociones y acciones. Por tanto, la complejidad que apareja la coyuntura en la que se reformulan los ideales y valores obliga a la clínica con adolescentes a trabajar no sólo con la metamorfosis que se descarga sobre sus psiquismos, sino también con

las vicisitudes de sus inserciones grupales e institucionales. Es que familia e institución portan y soportan sus propios idearios, obligando a sus integrantes a redoblar sus movimientos elaborativos para evitar caer presa de ideologías sin fisuras ni cuestionamientos. Por tanto, el largo camino hacia la construcción de una identidad razonablemente estable entraña la imperiosa necesidad de contar con un andamiaje ideológico y valorativo que indique el camino a tomar, más allá de las estribaciones de una tutela parental simbólica encarnada en cualquier imaginario, que con la inercia de lo instituido insistirá con sus creencias, mandatos y delegaciones.

Max Scheler decía que en tanto eternos e invariables los valores valen. En nuestras tierras el polémico Sarmiento escribió rumbo al exilio que las ideas no se matan. Sin embargo, en el seno de las culturas planetarias siguen emergiendo vez tras vez sociedades poéticas, las cuales con su impulso vital insuflan ese hálito de innovación que caracteriza a lo humano. Afortunadamente, los adolescentes ignoran el brete societario en el que están metidos, sumar una angustia más sería insoportable.

[*] *“You say you want a revolucion / Well, you know / We all want to change the world” Revolution.*

Notas

[1] Cfr. Planeta Adolescente.

[2] Cfr. La Condición Adolescente.

[3] A la manera de ejemplo recordemos a estos adolescents. Bobby Fischer obtuvo el título de Gran Maestro a los 15 años. Steve Jobs diseñó la primera computadora personal a los 21 en su garaje. Los Beatles cuando iniciaron su camino, todavía sin Ringo, eran unos quinceañeros. Rimbaud publica sus primeras poesías antes de los 20. Roman Polanski empezó a filmar a los 21. Bill Gates fundó Microsoft a los 20. Bret Easton Ellis publica Menos que cero a los 21. Bertolt Brecht escribió su primera obra de teatro a los 20. Daniel Burman rodó su primer largo a los 22. James Dean salta a la fama a los 23 con Al este del paraíso. Mark Zuckerberg fundó Facebook a los 20. Y siguen las firmas.

[4] Freud, Sigmund (1933): “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”. Obras Completas, Tomo XXII. Amorrortu. Buenos Aires, 1979. Pág.60.

[5] “Los jóvenes hoy en día son unos tiranos. Contradicen a sus padres, devoran su comida, y le faltan al respeto a sus maestros”. Sócrates.

“Ya no tengo ninguna esperanza en el futuro de nuestro país si la juventud de hoy toma mañana el poder. Porque esta juventud es insoportable, desenfrenada y simplemente horrible”. Hesíodo.

[6] Kaës, René (1984): “Apuntalamiento y estructuración del psiquismo”. Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Tomo XV, Nº ¾. Buenos Aires, 1991.

Lo que Lacan y Klein sabían del otro

Por Diego Velázquez
diegov915@hotmail.com

Las teorías y las escuelas de Jacques Lacan y de Melanie Klein han sido vistas como contrapuestas en la historia del psicoanálisis, con una evitación recíproca de lacanianos y kleinianos en el medio argentino. Esto no se condice con la interlocución que el propio Lacan realizó con Klein en su seminario, y tampoco con la experiencia clínica a la que queremos reconducir esta articulación entre ambos.

Si es posible pensar en una psicopatología psicoanalítica, esto implicará un corrimiento de la mera clasificación nosológica, hacia “un campo: el de la relación humana en tanto se torna problemática”(Rafael Paz). ¿Qué papel tiene el proceso de simbolización, y por ende, las dificultades en la misma, en la estructuración de cada sujeto? Esta pregunta tiene un recorrido: el que Lacan y Melanie Klein han dado a este problema a lo largo de sus obras; así es posible explorar sus convergencias, sus diferencias, sus problematizaciones, y también, sus consecuencias clínicas.

Un canal de la Mancha, como aquello que une Inglaterra con Francia (y también los separa), y que remite en su expresión – en castellano – a la mancha: aquello que no está asimilado a una totalidad homogénea: lo no simbolizable. Elegir para pensar esta articulación a estos autores mayores -Lacan y Klein- significa la transferencia con estos maestros y con quienes en Argentina los han -nos lo han – transmitido de manera comprometida. Esos dos territorios que han significado (la escuela francesa y la inglesa) la isla y el continente (como lo llaman los ingleses); y que en la teoría psicoanalítica ha tenido su expresión. La isla, Gran Bretaña, donde Melanie Klein - en principio una extranjera allí- creó y desarrolló la escuela inglesa, con una cierta autonomía: ella no muestra en su obra la permeabilidad a los desarrollos de Lacan que se verifica a la inversa: Lacan se referencia en su obra más en Klein que ésta en aquel.

Esos dos grandes universos de influencia para el psicoanálisis argentino y para todos los analistas de este lado del mundo, confluyen en gran variedad de cuestiones y difieren en otras. No sólo para el psicoanálisis argentino la incidencia de Inglaterra y Francia ha sido capital (y a veces alienante); para el pensamiento moderno mismo lo ha sido.

La escuela psicoanalítica inglesa ha enfatizado diversas ideas: se ocupa en varios momentos de la idea de que las primeras ansiedades humanas, muy tempranas, tienen el carácter que podemos encontrar en los cuadros psicóticos infantiles o adultos, por la predominancia de una angustia de aniquilamiento, de despedazamiento, terrorífica. Esto es tema del artículo “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas”, de 1945 de Melanie Klein. Es así como en los

cuadros psicóticos nos encontramos también con estados donde predomina la vivencia de fragmentación, de desorganización del sujeto.

En la distinción entre lo no simbolizable y lo no simbolizado, se puede apreciar o situar aquello que del lado de lo real (Lacan) no puede entrar en un orden significante -y que en términos kleinianos es el núcleo psicótico o de la envidia primaria- : lo no simbolizable. Y por otro lado, cuál es la zona que puede trabajarse en un análisis para ser integrada a una simbolización. O, en definitiva, qué de la primera zona puede entrar en la lógica de la segunda. Situación, ésta, más propicia en las neurosis; y más difícil de trabajar en las configuraciones psicóticas o símil psicóticas; pero dable a ser trabajada en todo análisis en la medida en que lo real o las ansiedades psicóticas se presentan en mayor o menor medida en toda formación clínica o psicopatológica.

Como propio de lo humano, entonces, este no simbolizable se presenta también en el plano de lo social: es un modo de pensar esa dimensión irreductible que tienen los conflictos sociales; también tiene un alcance importante esta articulación para el psicoanálisis de niños, como lo piensa la autora contemporánea Marie Claude Thomas. En este sentido, son varias las cuestiones teóricas en las cuales se ha podido rastrear la articulación Klein – Lacan en cuanto al tema de la simbolización. Se resumen aquí las siguientes.

En primer término, las intersecciones, articulaciones, comparaciones o contraposiciones entre la escuela inglesa y la francesa, y más precisamente entre Melanie Klein y Jacques Lacan, son múltiples y hechas sobre distintos temas teóricos. Cabe recordar que es el propio Lacan quien comienza esta articulación cuando se referencia en muchas ocasiones en los desarrollos de Melanie Klein y en las experiencias clínicas de ella para apoyar o explicar sus propios desarrollos; en especial, en lo relativo al estadio del espejo, a la formación temprana del superyó y a los fantasmas previos a la simbolización.

Las divergencias pueden haber estado acentuadas por el hecho de que algunas intervenciones de Lacan en sus referencias a Klein han sido consideradas críticas; aunque cabe pensar que el propio Lacan no citaría tanto a un autor sino lo considerara un interlocutor digno de su altura. A su vez, las nulas referencias de Melanie Klein a Lacan, pueden haber actuado como un elemento que sumó a hacer más visible la divergencia que la convergencia entre ambas teorías: por ejemplo, en la concepción de la transferencia y de la fantasía; la cuestión de la interpretación y más globalmente, de la técnica: son quizás los puntos más contrapuestos entre ambos autores. Entre las intersecciones podemos contar la relativa a las estructuras o configuraciones clínicas o psicopatológicas. A una primera distinción de lo que son las estructuras freudianas -leídas así por Lacan- se articula la mayor continuidad que la escuela inglesa ha dado a estas configuraciones, continuidad que es más legible en un último Lacan.

Es decir, lo que para Lacan y la tradición de la escuela francesa ha sido la distinción tripartita entre neurosis, psicosis y perversión, para la escuela inglesa es un campo

donde neurosis y psicosis no son lo mismo pero forman parte de una especie de continuum. Esto da lugar a la postulación de lógicas propias de lo esquizoparanoide y lo depresivo que involucran ansiedades y defensas propias de cada posición, con mixturas o intersecciones. Las ansiedades no son nunca por completo elaboradas, por lo tanto pueden hacer su aparición en distintas entidades clínicas. Es así como las ansiedades psicóticas pueden aparecer en personalidades neuróticas -tal la terminología anglosajona-, y las configuraciones clínicas psicóticas no están exentas de zonas o experiencias de orden más neurótico. La última teorización de Lacan podría tener aristas que se ligen en algún punto con esta perspectiva (por ejemplo, en el énfasis mayor en los nudos que en las estructuras).

Lo indisociable de lo social, o del lazo social, para la constitución psíquica subjetiva, permite pensar que lo incomprendible del otro y de la experiencia humana con el Otro, abre una dimensión de un resto no simbolizable, no comprensible, no asimilable, no integrable o no legible. Dimensión que es propia de lo humano; y que muchos autores - Žižek, Zafiroopoulos- ven tanto en lo individual como en lo no simbolizable o lo real de lo social o de los conflictos sociales. Siendo el conflicto no un resto indeseado, sino el motor de lo psíquico y por ende de lo social. Esta suerte de real – social llega a nuestra consideración tanto por las propias experiencias sociales como por las de la práctica psicoanalítica en el consultorio.

Veamos si no hay acaso fuertes puentes lacanianos y kleinianos pensables en estos problemas psicoanalíticos: la cuestión del objeto como perdido; la centralidad del superyó temprano y constitución de las instancias ideales; el desplazamiento del Edipo como operador genérico del psiquismo humano para colocar en su lugar y su papel al superyó; el adelantamiento de la acción del superyó en cuanto a lo cronológico y la consiguiente reformulación del lugar del Edipo y la castración con sus antecedentes en el fantasma del cuerpo fragmentado; la descripción del mundo de una etapa preverbal, ese mundo sin palabras pero no fuera del discurso humano; el papel del duelo como punto estructurante desplazándolo de un lugar psicopatológico para ser colocado, en ambas conceptualizaciones, como un proceso central en la constitución humana y en la cura psicoanalítica.

La ampliación de lo simbólico es un norte que puede guiar análisis realizados desde ambas líneas teóricas. Y que se puede suponer y pesquisar en las obras de Klein y Lacan: a mayor desarrollo del campo simbólico, mayor acotamiento de los aspectos disociados que implican lo real y las ansiedades provenientes del núcleo psicótico no elaborado. Si bien puede pensarse que lo simbólico en Lacan y el simbolismo en Klein no son homologables.

La cuestión de lo real y el objeto a desde la nomenclatura lacaniana, así como las de la envidia primaria, objeto malo, núcleo o ansiedades psicóticas desde la kleiniana: el trabajo con estos aspectos de lo llamado como campo de lo negativo, es en ambos autores y sus continuadores un norte para un psicoanálisis no conformista, no adaptado ni adaptacionista, y que intenta capturar y trabajar esos fragmentos más o menos disociados en todo sujeto y en todo análisis. Quizás estas

cuestiones motivaron la alianza política implícita que Lacan le propone a Klein frente al annafreudismo.

En Klein, el cuerpo mítico de la madre es lo que gobierna las representaciones. Esto es leído por Lacan como un real primordial, ese exterior interno al sujeto que Lacan asimila a los objetos internos malos. Es el campo de los objetos a, que en términos kleinianos podríamos llamar objetos malos parciales. Esta es la síntesis del campo de lo no simbolizable; aquello que en el trabajo analítico quedará por cercar, pensar, capturar, simbolizar. Es lo real no simbolizado de la época anterior al estadio del espejo, y el objeto a en Lacan; y las posiciones esquizoparanoide y depresiva, y el núcleo psicótico y la envidia primaria en Klein. El trabajo de simbolización sobre este campo de lo negativo, es decir sobre lo no simbolizado o no simbolizable, es lo que define a una cura y pensamiento psicoanalíticos en ambos autores. Que coinciden también en la descripción de un mundo infantil arcaico preverbal pero que no está fuera del mundo del discurso, y las posibles expresiones fragmentarias disociadas de ese mundo en la adultez. He ahí la inspiración de Lacan en su lectura de Melanie Klein.

Es la línea de investigación que proponemos y continuamos, desde la experiencia y la teoría.

La ilusión (*)

Por Alfredo Tagle

alfredotagle@hotmail.com

La palabra ilusión tiene en castellano dos significados, en cierto modo antagónicos. El sentido propio y originario viene del latín *illusio*: engaño, “concepto, imagen o representación sin verdadera realidad, sugerida por la imaginación o causada por engaño de los sentidos” [1]. Todavía presente en expresiones como “ilusión óptica” o “vana ilusión” y en voces derivadas como *iluso*, *ilusorio*, *ilusionista*, etcétera.

El segundo sentido proviene del enriquecimiento semántico que adquiere el término en la literatura romántica de las primeras décadas del siglo XIX y que se extiende hasta nuestros días: “viva esperanza, expectativas favorables en relación con personas o cosas”. Aceptación más vigente, popular y arraigada actualmente en nuestra lengua.

Vemos como el núcleo de la significación deriva del juicio sobre la verdad o falsedad del contenido de una determinada creencia hacia la emoción que esta misma creencia propicia. No obstante, es importante considerar que tanto en alemán como en inglés, respectivos idiomas de los autores que tomaremos, el significado prevalente es el primero, el que hace referencia al engaño o el error. Asunto no menor en la medida en que, como veremos, el pensamiento psicoanalítico ha

trascendido en su evolución a esa impronta negativa inicial del término que predomina en sus idiomas de origen.

También es conveniente aclarar que no nos ocuparemos en el presente texto de la ilusión en su versión de equívoco susceptible de ser corregido mediante el conocimiento del error. Nos interesa particularmente la falsa apreciación motivada por el deseo que se impone por sobre la conciencia del error. Lo que resulta sorprendente de esto que podríamos considerar un autoengaño, es cómo bajo su influjo la realidad se debilita y pierde, en aras del deseo, su condición de privilegiada fuente de certezas. Nos adentramos en un terreno en el que los bordes de la realidad pierden nitidez y, por ende, resulta más difícil diferenciar lo que es una ilusión de lo que es real.

El hecho de que la palabra ilusión contenga como su contracara semántica a los conceptos de realidad o verdad es lo que da cuenta de su huidiza condición: ya que podríamos describir la historia del pensamiento filosófico occidental como la indetenible búsqueda y ensayo de siempre renovadas respuestas a las preguntas sobre la realidad y sobre la verdad. De allí la vana e incierta tarea que nos espera si enfocamos la cuestión desde la perspectiva del error enfrentado a la verdad, pretendiendo deslindar lo que es ilusorio de lo que no lo es.

La ilusión en Freud

No se le escapó a Freud esta complejidad. En el artículo en el que aborda con mayor detenimiento y en forma explícita el tema de la ilusión no puede evitar transitar por el profundo declive que tiende a deslizar la indagación sobre la ilusión hacia territorios muy pantanosos y difíciles de delimitar, donde se expande la desconfianza hacia muchas de las certezas que nos sostienen. Sus reflexiones derivan de la ilusión religiosa hacia otras probables ilusiones de la existencia humana, se pregunta sobre la posible naturaleza ilusoria de patrimonios de la cultura que tenemos en alta estima, aparte de la religión, y por los cuales regimos nuestra vida. Por este camino llega hasta plantearse la posibilidad de que la propia creencia en el progreso logrado a través de la razón no fuera más que una ilusión al servicio de los deseos: “Una vez despierta nuestra desconfianza, no nos arredrará inquirir si tiene mejor fundamento nuestra convicción de que podemos averiguar algo acerca de la realidad exterior mediante el empleo de la observación y el pensamiento dentro del trabajo científico” [2].

Sin dejar de valorar los frutos que por estos senderos se podrían eventualmente cosechar, más pertinentes al filosofar, desiste Freud de una tarea tan vasta y alejada de su presente interés, para circunscribir su trabajo al estudio de una sola de las posibles ilusiones: la religiosa.

Innumerables certezas han dejado de serlo a lo largo de la historia de nuestra cultura, despojadas de sus ilusorios ropajes por el infatigable trabajo de la razón. Hasta llegar a que la misma razón fuera también alcanzada por la desconfianza.

“Las verdades son ilusiones de las cuales se ha olvidado que son tales”. [3]

Dios, Naturaleza, Razón, Progreso, forman parte del largo suceder de creencias ilusorias que en el escenario del pensamiento occidental han intentado satisfacer una necesidad básica del ser humano: la de contar con algún fundamento o referencia última, con un horizonte de sentido que le permita vivir en un universo comprensible. De tal forma que al imponerse el derrumbe de un ídolo, los hombres se apresuran a erigir a otro en su lugar.

En el afán por encontrar la clave del sentido de lo que existe, se pretenderá siempre que la interpretación ilusoria es la que sostienen los otros, predecesores o contemporáneos, siendo más difícil asumir como ilusoria la posibilidad de una razón última y definitiva.

Así se han sucedido en la historia del pensamiento occidental las críticas develadoras de lo ilusorio en los fundamentos postulados por un determinado pensamiento para terminar proponiendo otros en su lugar. También se ha ensayado erigir a ese mismo devenir como clave de sentido. Parece difícil, sino imposible, la renuncia a la ilusión de las razones últimas, o fundamentos. Tan es así que no resulta extraño que uno de los pensadores que con más pasión se empeñó en denunciar a esta ilusión de las ilusiones, como Nietzsche, cuyo Zaratustra viene a anunciar la muerte de Dios, y con ella la de la metafísica, termine postulando a la voluntad de poder como la más profunda de las razones.

Las creencias

Más acá de esas ilusiones con las que se intenta satisfacer la necesidad básica de vivir en un mundo inteligible, y por lo tanto compartible, se abre un abanico de otras infinitas creencias que se erigen como intentos de hacer más soportable, e incluso posible, la existencia humana.

Las creencias tienen diferente grado de generalidad, desde las colectivas hasta las personales. A las que funcionan como la amalgama de toda una cultura se suman las que definen la identidad de cada pueblo, las que son patrimonio de grupos y subgrupos y, por último, las personales, producto del trabajo creativo de cada individuo.

Considerando la abundante presencia de las ilusiones en la vida de los hombres es evidente que intentar comprenderlas solo en función de su negatividad, como error, distorsión o autoengaño, restringe nuestra mirada a una perspectiva poco fértil, desde la que nos quedamos sin respuestas para interrogantes básicos como el que se nos plantea sobre las razones de su indudable importancia para la subjetividad o sobre cuál es su papel en el armado de la trama social.

En este sentido, es muy determinante en el pensamiento freudiano una perspectiva que intenta ir más allá del error posiblemente presente en toda ilusión, y se aventura a indagar por su verdad, se pregunta qué tiene esa ilusión en particular para

decirnos sobre lo humano. ¿No es acaso la transferencia una ilusión vista por Freud inicialmente solo en su dimensión de obstáculo y de error, para transformarse luego en privilegiado escenario para la manifestación y puesta en juego de la verdad del inconsciente? ¿Y el sueño? La más lograda de las ilusiones, flagrante engaño de los sentidos, es erigido por Freud como vía regia del acceso a la verdad. Finalmente, también a la vapuleada ilusión religiosa la ve Freud como portadora de verdad, la del deseo inconsciente y la que proviene de la huella dejada por la historia infantil.

Ilusión, creencia y ficción son términos que se articulan y superponen desde diferentes flancos en el artículo de Freud sobre la ilusión religiosa. Es que resulta inevitable que al convocar a cualquiera de ellos, entren los otros en danza, como miembros de una familia significativa imposible de separar. Entre las intersecciones y superposiciones semánticas de estos términos emerge un área de la experiencia humana de huidiza condición, en la que la vigencia del principio de realidad parece suspenderse. A esta evidente desestimación de la realidad efectiva puesta en juego en la ilusión religiosa la relaciona Freud con la desmentida, mecanismo presente en la psicosis. También aclara que lejos está de querer equiparlos, y que solo se trata de una comparación en el intento de comprender un fenómeno social como el de la creencia religiosa [4]. Lo que sí es evidente es que en la ilusión como autoengaño al servicio del deseo, la realidad es pasible de un tratamiento especial.

Si bien es cierto que en este territorio en el que interjuegan la ilusión, la creencia y la ficción la realidad sufre una suerte de desmentida, también es cierto que se conserva, paralelamente, una justa apreciación de la misma. Se puede rogar a Dios y hacer ofrendas para sanar de algún mal, pero no por ello dejar de seguir al médico en sus prescripciones. El conocido: “A Dios rogando y con el mazo dando”. Los “milagrosos” a los que acuden muchos enfermos graves buscando su salvación, nunca cuestionan los tratamientos médicos de sus pacientes, bien saben que ante la disyuntiva quedaría diezmada su clientela. Las dos opciones, si bien lógicamente excluyentes, se mantienen en vigencia sin interferirse mutuamente. No es una excepción de la creencia religiosa este doble tratamiento de la realidad, se encuentra en la trama que hace posible toda creencia, ficción o ilusión motivada por el deseo.

Esta curiosa dualidad es la que asombra a Octave Mannoni cuando, a raíz de una confusión, su empleada le comunica a un paciente que Mannoni lo espera para compartir un aperitivo. Al llegar, su paciente declara en tono vivo: “Ya sabía que era una broma, lo del aperitivo. Pero aun así estoy contentísimo”. Y luego, casi en seguida: “Sobre todo porque mi mujer sí lo creyó” [5]. Expresa así el doble y contradictorio enunciado que para Mannoni habita en el seno de toda creencia: “Ya sé que la realidad contradice mi creencia, pero aun así continúo creyendo en ella”. Se desestima el desmentido que la realidad inflige a la creencia para, aun así, poder seguir sosteniéndola. El yo abandona su pretendida unidad y se “deforma” para permitirse alojar, sin conflicto, a dos enunciados lógicamente incompatibles.

Esta misma estructura se repite en los diferentes casos de creencias que analiza. Entre ellos el de los Hopi, un pueblo indoamericano que habita en el actual territorio

de los EE.UU. Su creencia en los Katsina se apoya en la mistificación de los niños a quienes hacen creer en la real presencia de esos seres poderosos detrás de las máscaras de su celebración anual. Las regularidades que encuentra entre los casos que describe, lo llevan a inferir dos axiomas comunes a todos: “no hay creencia inconsciente” y “la creencia supone el soporte del otro”. Características que, como veremos, también comprenden a la ilusión winnicottiana.

A propósito de esta particular modalidad de funcionamiento yoico, resulta muy llamativo y sugerente un párrafo de Freud en *Neurosis y psicosis* al intentar dar una respuesta a su pregunta sobre los medios mediante los cuales logra el yo salir airoso, sin enfermar, de los conflictos que indudablemente se presentan siempre. Considerando a estos caminos de la salud como un nuevo campo de investigación, infiere que su resultado positivo dependerá en parte de las magnitudes relativas en juego: “Y además: el yo tendrá la posibilidad de evitar la ruptura hacia cualquiera de los lados deformándose a sí mismo, consintiendo menoscabos a su unidad y eventualmente segmentándose y partiéndose. Las inconsecuencias, extravagancias y locuras de los hombres aparecerían así bajo una luz semejante a la de sus perversiones sexuales; en efecto: aceptándolas, ellos se ahorran represiones” [6].

Se puede ubicar a nuestros corrientes y comunes pequeños pecados de creencia dentro de estas “inconsecuencias, extravagancias y locuras de los hombres”. Por un lado, sabemos que dar la sal en la mano, lo que dice el horóscopo, contar algo bueno antes de que sea seguro, o el lugar desde el que miremos el partido no tiene ni la menor incidencia sobre los hechos de la realidad, pero igual funcionamos como si pudieran modificar su curso. Es decir, sabemos que no contamos con el poder de acciones mágicas que nos ayuden en este mundo, pero lo desmentimos y conservamos nuestros deseados poderes. Aunque también conservamos el contacto con las evidencias a las que los hechos nos someten y reconocemos la impotencia de nuestra desteñida magia civilizada.

Como vemos, el Yo termina alojando dos actitudes contrapuestas que coexisten en su seno sin entrar en conflicto, se mantienen las dos activas y paralelas sin interferirse mutuamente. El Yo ha renunciado a su síntesis, aloja una moción de deseo que responde al principio del placer en coexistencia con otra opuesta que responde al principio de realidad, su ductilidad ha evitado una represión. También en *El malestar de la cultura* Freud habla de ilusiones alternativas a la religión, que nos ayudan a soportar las miserias de la vida humana: “Las satisfacciones sustitutivas, como las que ofrece el arte, son ilusiones respecto de la realidad, mas no por ello menos efectivas psíquicamente, merced al papel que la fantasía se ha conquistado en la vida anímica” [7].

Existe una gama de actividades de los seres humanos que se desarrollan al margen de su vida corriente, fuera de las convenciones y certezas habituales que rigen sus conductas e interacciones. En principio y en general, aunque no siempre, cursan en forma marginal al circuito de las actividades económicas y laborales relacionadas con la subsistencia. Su importancia suele ser variable para diferentes culturas, e

incluso para diferentes grupos dentro de la misma cultura, pero nunca deja de estar presente como una sombra difusa que contiene algo esencial a lo humano.

Curiosa geografía esta de la creencia, su suelo es pantanoso y con frecuencia nos adentramos en él sin darnos cuenta, sus bordes se diluyen y se interpenetran con los de la realidad. Si bien no es la intención entrar en indagaciones filosóficas sobre la realidad como construcción social y sus relaciones con la ficción, no resulta un tema menor ni fácilmente evitable en estos parajes de la creencia. Los rituales sagrados, los mitos, el arte y el juego pueden parecerse claramente diferenciables entre sí al considerarlos desde algunas de sus características, sin embargo, al ahondar en sus raíces, descubrimos que estas se entrecruzan en un territorio común cuya delimitación se nos hace difícil.

Siendo vulnerables al desconcierto y la perplejidad en la que cayó Freud en 1938 al no saber si lo que iba a comunicar era “algo hace tiempo consabido y evidente, o algo completamente nuevo y sorprendente”, al comprobar que el yo puede, en condiciones particulares, “responder al conflicto con dos reacciones contrapuestas, ambas válidas y eficaces,” resignando así su importantísima función sintética [8]. Que justamente es el comportamiento del yo que encontramos como común a los diferentes procesos en los que participa la ilusión y sus correlatos, la creencia y la ficción.

Con un yo absolutamente consecuente con la exigencia a la síntesis de su ideal, la existencia sería insoportable. Nuestras desmentidas y disociaciones cotidianas son en parte lo que nos permite tramitar la vida sin enfermar. ¿Pero, hasta dónde hacemos llegar la analogía freudiana entre estas espontáneas deformaciones del yo y su franca escisión en las perversiones?

Freud, en el párrafo citado, la limita a que en ambos casos hay cierto daño en la unidad del yo y esto redundará en un ahorro de represiones. Mannoni, al estudiar los mecanismos de la creencia en su artículo de 1963, reconoce diferencias importantes entre las vicisitudes de la desmentida en el fetichismo y las que acompañan a las creencias comunes de los hombres, pero confiesa que le resulta difícil definir estas diferencias en forma clara. El fetichista luego de la desmentida a la que la realidad lo somete no sostiene “aun así” su creencia, su aun así es el fetiche. En la creencia, el rechazo a la evidencia racional se mantiene a la luz, no es inconsciente, no hay represión. Tampoco rechaza la realidad, y esto sí es lo común, ambos, el fetichista y el crédulo, alojarán también en su yo la evidencia de lo percibido.

El “ya lo sé” nos instala en la vida corriente, lo razonable es terreno de la psicología. El “aun así” nos lleva a los rituales sagrados, al juego, al arte y también a lo más propio del psicoanálisis: la transferencia. La diferencia entre fe e incredulidad, mundo interno y mundo externo, fantasía y realidad, se cancela. Aunque también se conserva, pero fuera del escenario en que se desarrolla la acción. Dos mundos pero conectados, con permanentes entradas y salidas que producen intercambios y en muchos casos mutuas modificaciones.

Al acercarme a estos temas siempre recuerdo una anécdota de mi hija menor cuando tenía poco más de 2 años. Se despertaba a media noche aterrada por monstruos que la amenazaban, inútiles resultaban nuestras apelaciones a la razón y las evidencias. Agotado por las frecuentes levantadas y la pertinacia de los monstruos, con el yo debilitado, se me ocurrió matarlos con la pistola imaginaria de mi dedo índice. Ante mi sorpresa y fascinación la luz de la satisfacción brillaba en su sonrisa mientras me señalaba donde estaban los monstruos que yo como fiel paladín protector iba eliminando uno a uno. Estas batallas contra el mal, que se fueron espaciando, daban lugar a un dormir sereno y confiado. Mágico momento en el que juntos inauguramos otro mundo posible en el que yo era poderoso y me ponía a su servicio, dando forma a un tierno y maravilloso sueño edípico.

Solo así, llevando a sus sueños este mundo de deseos pudo aceptar que sus padres durmieran juntos en otra habitación dejándola a ella afuera. Lo sorprendente para mí en aquel momento fue el hecho de que aun sabiendo que se trataba de una ficción, esto no anulaba el efecto transformador de la representación sobre su relación con la realidad. A lo largo de los años mucho me enseñarían mis pacientes sobre el poder transformador de las ficciones, sobre todo los chicos, inagotables creadores de otros mundos posibles.

[*] Sobre la base del texto presentado en el XX Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de D.W. Winnicott, Montevideo 2011.

Notas

[1] Diccionario de la Real Academia española. Edición 22.

[2] Freud (1927[2001]) "El porvenir de una ilusión" en Obras completas. Tomo XXI. Buenos Aires. Amorrortu, p. 34.

[3] Nietzsche (2009) Sobre la verdad y la mentira. Buenos Aires. Miluno, p. 33

[4] Freud, S. (1927[2001]) "El porvenir de una ilusión" en Obras Completas. Tomo XXI. Buenos Aires. Amorrortu, p. 43.

[5] Mannoni, O. (1963[1997]) "Ya lo sé, pero aun así..." en La otra escena. Buenos Aires. Amorrortu, p. 18.

[6] Freud (1924[2011]) "Neurosis y psicosis". en Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires. Amorrortu, p. 158.

[7] Freud, S. (1930[2001]) "El malestar en la cultura" en Obras Completas. Tomo XXI. Buenos Aires. Amorrortu, pp. 75 y 80.

[8] Freud, S. (1938[2001]) "La escisión del yo en el proceso defensivo" en Obras Completas. Tomo XXIII. Buenos Aires. Amorrortu, p. 275.

SUBJETIVIDAD

Masculinidades en tiempos precarios

Por Irene Meler

Dra. en Psicología. Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).
Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA). Univ. Argentina John F.
Kennedy.

Co Autora del libro "Varones. Género y subjetividad masculina". Autora del libro
"Recomenzar. Amor y poder después del divorcio".
iremeler@fibertel.com.ar

Se exponen algunos hallazgos de un estudio realizado con varones cuya inserción laboral ha sido precaria. Se analizan ciertas tendencias hacia la dependencia, que han sido relevadas, y que sugieren una preferencia por cruzar géneros. Se discute la validez de decodificarlas en términos de la sexualidad, proponiendo asignar un espacio a la autoconservación como motivación predominante. Surge como propuesta utilizar la experiencia de masculinidades no hegemónicas, como inspiración para crear representaciones, valores y prácticas alternativas a las tradicionales prescripciones sobre la masculinidad social y subjetiva.

Introducción

En tiempos pre-modernos la masculinidad cultural se construyó sobre la base del rol social del guerrero. Durante la Modernidad, la valoración del trabajo ha contribuido a forjar el modelo ideal del proveedor, el jefe de familia. El nomadismo del aventurero fue sustituido por otra clase de ausencia, la del hombre que partía a su trabajo por la mañana y retornaba al atardecer a un hogar atendido por su esposa doméstica, donde él funcionaba como figura de autoridad, la última instancia a la que se recurría ante los conflictos. Esta función de interdicción, sacralizada en el discurso del psicoanálisis lacaniano, estuvo sostenida sobre la base de la provisión económica, derivada de la venta de su fuerza de trabajo en el mercado, de la que los demás familiares han dependido para su subsistencia. El feminismo se ha rebelado frente a esta división social del trabajo post industrial, poniendo de manifiesto la situación de minoridad social en que habían sido ubicadas las mujeres, y las nuevas relaciones de dominio y subordinación que caracterizaron a las relaciones conyugales modernas. Generó una amplia producción teórica sobre el tema, que incluyó estudios acerca de los efectos psíquicos adversos de la domesticidad femenina.

Durante la Modernidad tardía el antiguo opresor se ha visto fragilizado por la contracción de la oferta laboral. Las mujeres, empoderadas por su incorporación a los trabajos remunerados, padecen las dificultades de un mercado aún organizado sobre el modelo del trabajador varón que dispone de los servicios de una esposa. Ellas se insertan en el ámbito laboral de modo desventajoso, en función de la exigencia derivada de sus responsabilidades domésticas y maternas que aún no son plenamente compartidas. Sin embargo, han mejorado su condición social, lo

que les permite negociar de otro modo las relaciones de poder al interior de la familia. Las mujeres jóvenes enfrentan hoy otras dificultades, relacionadas con impedimentos para constituir parejas estables, que son motivo de otros estudios.

Los antiguos jefes de familia se encuentran, por el contrario, ante una situación de deterioro de sus recursos, poder y prestigio. Este cambio, desfavorable en apariencia, porque implica una merma de sus privilegios tradicionales, promueve tensiones y conflictos de pareja y familia, que los operadores de la salud mental necesitan conocer para operar de modo eficaz en la asistencia de este malestar contemporáneo.

En la producción de la precariedad de la oferta laboral concurren diversos factores, tales como los avances tecnológicos relacionados con el desarrollo de la informática, la microelectrónica y la robótica, y una modalidad actual de expansión capitalista, que consiste en la tendencia a optimizar las ganancias a través de fusionar las empresas, ahorrando al máximo posible el gasto en salarios. La globalización y la consiguiente internacionalización de los capitales, coadyuvan en este proceso, que concentra los recursos en pocas manos y ha aumentado de modo notable la pobreza.

Todas estas circunstancias configuran, en este período de acumulación capitalista, un contexto adverso en lo que se refiere al bienestar de los varones y de las familias. Se registran nuevos problemas en la salud mental de la población, y la disolución creciente de núcleos familiares reconoce entre sus determinantes, este carácter imprevisible que ha adquirido la existencia contemporánea, sometida a las oscilaciones de la demanda laboral. La estabilidad cotidiana se ha visto conmovida por crisis económicas periódicas que han expuesto a muchas familias al desamparo.

Es por estos motivos que la mayor parte de los estudios sobre precariedad laboral se enfocan en explorar los efectos psíquicos del contexto actual. Sin embargo, no todos los sujetos padecen del mismo modo estas circunstancias. Por el contrario, existe una notable diversidad en las actitudes personales ante las crisis del sistema, y el estudio de la misma configura un objeto legítimo de indagación.

II) Diversidad al interior del colectivo masculino

Los varones pueden ser considerados como un colectivo social, unificado en torno de las representaciones sociales hegemónicas respecto de la masculinidad, y a la vez, diferenciados entre sí por su inserción de clase, su edad, su origen étnico y su orientación sexual. Pese a esta diversidad existente al interior del colectivo masculino, el dominio constituye un componente central de las representaciones sobre la masculinidad. R. W. Connell (1996) ha expuesto que existen al interior del colectivo masculino diferencias jerárquicas, que permiten ubicar a los varones en un estilo de masculinidad hegemónica o dominante, o en estamentos subordinados.

En un estudio anterior realicé aportes acerca de las tendencias subjetivas de algunos varones hacia un desempeño laboral inestable o deficitario (Meler, 2004).

Posteriormente en el contexto del Programa de Estudios de Género y Subjetividad de UCES, hemos realizado un estudio acerca de la precariedad laboral y su efecto en la masculinidad [1]. Esta investigación formó parte de una red de investigadores entre los cuales se contaron expertos mexicanos. Encontré una notable diferencia entre los sujetos que he entrevistado y los que han estudiado las investigadoras mexicanas. Ellas han estudiado a varones que tenían una inserción sólida en empresas, que habían desarrollado un estilo de masculinidad hegemónica y que debieron enfrentar de modo sorpresivo y traumático la pérdida de una posición social preparada con coherencia y tenacidad. Las observaciones que expondré a continuación han sido, en cambio, obtenidas de varones cuya inserción laboral ha sido débil de modo habitual. Si bien existen matices que los diferencian entre sí, ninguno de ellos puede ser considerado como perteneciente al colectivo de la masculinidad hegemónica.

He establecido (Meler, 2004) una asociación directa entre la masculinidad subjetiva y el desarrollo laboral satisfactorio. Cuanto más se asemeja la subjetividad de un varón a lo esperado para su género, en cuanto al desarrollo de rasgos de carácter vinculados con el dominio, tales como el liderazgo, la audacia, la exposición a situaciones que implican riesgos, la tenacidad, el apego al cumplimiento de metas, etcétera, mayores son sus logros en el ámbito laboral. Por el contrario no existe un nexo comparable entre la femineidad en las mujeres y sus logros en el trabajo. Los éxitos femeninos en el ámbito laboral se relacionan con el posicionamiento de las mujeres como sujetos adultos, pero no con la asunción cabal de su género asignado. Debido a que la femineidad cultural se ha vinculado con frecuencia con la dependencia emocional y social, no es raro encontrar conflictos entre los imperativos de género femenino y las aspiraciones de ascenso laboral.

Sin embargo, en este estudio he encontrado que existen varones cuya masculinidad ha sido fuertemente desarrollada, pero se trata de un estilo masculino aventurero y heroico, que no resulta apto para el ascenso social en un contexto urbano contemporáneo. En Ariel, uno de los sujetos estudiados, advertí un compromiso con un proyecto político promotor de la equidad social, que se unía a un desprecio por las metas de progreso económico personal. Este estilo aventurero, audaz y altruista, entró en crisis pasado un tiempo, al ser confrontado con los ideales del contexto, que valora en grado sumo el logro de una posición económica aventajada. En este caso entonces, la precariedad de la inserción laboral no se relacionó con tendencias psíquicas hacia la pasividad y la dependencia, sino con el cultivo de una masculinidad heroica, que no fue congruente con el contexto del capitalismo urbano. La solidaridad con el padre, un hombre de condición humilde que siempre experimentó la obligación de trabajar como una servidumbre, intervino en este desenlace subjetivo y en el consiguiente decurso de la carrera laboral. Este hombre se hizo a un lado para no superar a su padre y en cambio, eligió luchar por el logro elusivo de una paridad social que lo reivindicaría. Encontró en la militancia política una vía aceptable, según sus valores, para la promoción personal y la búsqueda de reconocimiento, que inicialmente resultó eficaz pero luego claudicó, promoviendo un sentimiento de fracaso ante la fragilidad de su inserción laboral y de su situación económica.

Otro de los hombres estudiados, Carlos, ha padecido numerosos altibajos ocupacionales. Se trata de un varón con vocación por el trabajo, que se siente cómodo en el ambiente laboral. Este es un caso que, en una primera aproximación, se asemeja a aquellos en que las dificultades en el trabajo pueden atribuirse de modo prioritario a la inestabilidad del contexto. Sin embargo, me ha sido posible observar dos circunstancias que abonan la hipótesis de que también existen predisposiciones subjetivas que constituyen un obstáculo para su desarrollo laboral. Por un lado, manifestó una clara predilección por la situación de dependencia. Si bien ensayó trabajar por cuenta propia de modo marginal y como complemento de su actividad principal, lo hizo en una situación donde se sintió abandonado y mal tratado por sus patrones, que no le proveyeron insumos que su clientela demandaba. De modo que se encontró casi obligado a tomar la determinación de obtenerlos por su cuenta y ofrecerlos para la venta. Aún así, anhela que sean los dueños de la empresa para la cual trabaja, quienes tomen a su cargo ese aspecto de su actividad, o sea que en lugar de aspirar a acrecentar sus actividades independientes, desea volver a resignarlas para contar con el apoyo de una organización más poderosa que él mismo.

Por otra parte, al realizar el test de “Persona bajo la lluvia” ha dibujado una niña de 8 años, a quien denominó con una versión femenina de su propio nombre. Esto sorprende, porque, en términos generales, se espera que las personas dibujen a alguien de su mismo sexo y de una edad semejante. Relató que en esa edad de su vida, se sentía feliz por ser hijo único y muy querido por toda la red familiar. El nacimiento posterior de una hermana mujer fue causa de muchos sinsabores. Ella creció como una joven con dificultades emocionales, muy dependiente y sobreprotegida por sus padres. Carlos ha sido discriminado en cuanto al acceso a los bienes familiares y a la herencia, ya que sus padres lo han percibido como capaz de valerse por sí mismo, mientras que consideraron que su hermana requería protección especial. Esta situación, además de significar una desventaja económica para él, le ha causado un gran dolor. Anhela haber sido una niña, para recibir los dones amorosos y económicos que sus padres brindaron a su hermana. Vemos aquí una preferencia inconsciente por depender, que deriva tanto de la identificación con su hermana como de la inhibición del deseo de superar a su padre. Esta situación subjetiva, si bien no le ha impedido un desarrollo laboral por momentos adecuado, ha constituido un obstáculo al progreso de este hombre, quien podría, dada su capacidad, haber alcanzado una posición más ventajosa y estable.

El desempeño laboral de Fernando, otro varón entrevistado para este estudio, se ha caracterizado por su inestabilidad, situación que lo coloca de modo habitual en riesgo de desamparo. Mantiene una situación de endeudamiento crónico y cuenta con una red de amigos y con su madre, quienes hasta el momento sostienen esa situación, debido al cariño que le profesan y al hecho de que paga sus deudas. Su encanto personal no es ajeno a que esta red continúe sosteniéndolo. Fernando cultiva un estilo de seducción juvenil que no es habitual en los varones masculinizados según el modelo hegemónico. Es un hombre de aspecto agradable, inteligente e inquieto, y manifiesta tener pasión por estudiar. Sin embargo no

establece una conexión entre los conocimientos que adquiere y alguna profesionalización que le permita acceder a ocupaciones más calificadas y estables. Su estrategia laboral es frenética y errática. Cuando no tiene recursos, se agota realizando “lo que salga” o sea trabajos no calificados tales como pintar paredes, vender algo, etcétera. La característica más notoria de su desempeño laboral es la falta casi total de planificación, de consistencia. Pese a que está siempre sobrecupado, es posible suponer que pierde mucho tiempo, por falta de organización. Durante la crisis del 2001-2002, padeció una situación de desamparo, donde convergieron una grave crisis del contexto con una inserción laboral frágil e improvisada, que tal vez hubiera sido moderadamente exitosa en un entorno más favorable.

III) Interpretación de las tendencias observadas. El debate entre las categorías teóricas de sexualidad e identidad

En varios de los varones estudiados, se observan rasgos de carácter y actitudes que se encuentran con mayor frecuencia entre las mujeres. Una visión psicoanalítica tradicional, podría favorecer la inferencia de deseos de cruzar géneros en estos casos. Considero que efectivamente estos deseos existen en alguna medida, pero que no deben remitirse en primera instancia a la sexualidad genital. O sea que la preferencia por ocupar alguna posición feminizada no implica una identificación con la madre como compañera erótica del padre, sino que lo que se pone en juego son deseos vinculados con la auto conservación. Los deseos vinculados al anhelo de recibir dones por parte de figuras que los protejan, expresan un apego a la posición infantil, así como el sufrimiento por el que atraviesan los varones para asemejarse al modelo dominante. Algunos lo logran con mayor éxito, pero en otros casos la dependencia infantil no resignada constituye un obstáculo para el desarrollo laboral en la competitiva sociedad tardo- capitalista. La excesiva protección, la indulgencia con los deseos pasivos, conspira contra la construcción de un estilo caracterológico compatible con la masculinidad dominante. El alivio de los rigores de la existencia se paga entonces, con un sentimiento de indignidad.

Una situación similar es igualmente válida en el caso de las mujeres, en las que una protección excesiva también puede inhibir el desarrollo de autonomía necesario para desempeñar roles sociales adultos. Pero los efectos intersubjetivos son menos dañinos, porque aún hoy, se admite más que las mujeres dependan en alguna medida de los compañeros o de otros parientes.

No debemos apresurarnos a referir de modo rutinario la pasividad laboral de algunos varones a una corriente psíquica homosexual. En algunos casos puede ser así, pero no es lo más habitual. Por el contrario, considero que la elección homosexual de objeto, en algunos casos se debe a un sentimiento de insuficiencia para asumir el rol masculino adulto, o sea que la relación puede ser inversa. La sexualidad aquí se ve desplazada del lugar de ser una causa última de la conducta, y se transforma en un efecto de otras motivaciones conflictivas. Margaret Mead cuando estudió a los berdache, indígenas travestidos de modo ritual, que integraban la confederación séneca, expresó como hipótesis que esta opción vital podría constituir un desenlace

de las dificultades de algunos varones para asumir el rol de guerreros (Meler, 2000). En estos casos, el motor último se encuentra en la autoconservación, y la opción sexual es un vehículo que habilita al sujeto para recibir la protección anhelada.

En el caso de varones heterosexuales cuyo desarrollo laboral es precario de modo habitual y no coyuntural, los deseos de cruzar géneros se referirían en principio a motivaciones vinculadas con la auto conservación, con el deseo de gozar de una existencia más protegida, de no ser los responsables únicos o principales de la provisión económica del grupo familiar. También aparecen deseos de realizar actividades más placenteras, escogidas en función de una vocación y no de su rentabilidad, un lujo que pocos hombres se permiten.

Estos deseos no debieran ser penalizados considerándolos indignos, porque resultan muy comprensibles y legítimos. La cuestión consistiría en tramitar al interior de la pareja conyugal y también en relación con el contexto social, las estrategias que hagan compatible el sustento cotidiano en condiciones aceptables para todos, con la satisfacción subjetiva en el trabajo creativo y la disponibilidad de tiempo para las relaciones de intimidad. Tal vez el estudio de estos varones cuya masculinidad consensual ha resultado algo fallida, no del todo lograda de acuerdo con el modelo hegemónico, nos permitan construir modelos alternativos para una existencia más satisfactoria para todos.

Notas

[1] Los hallazgos de este estudio integran el libro Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género, de Burin, M., Jiménez Guzmán, L. y Meler, I., Buenos Aires, UCES, 2007

Bibliografía

Burin, M., Jiménez Guzmán, M. L. y Meler, I. (2007); Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.
Connell R. W. (1996); Masculinities, Cambridge, Polity Press.
Meler, Irene. "La masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos, en Varones. Género y subjetividad masculina, de Burin, M. y Meler, I., Paidós, Buenos Aires, 2000. Reeditado en 2008 por la Librería de las Mujeres.
Meler, Irene (2004); "Género, trabajo y familia: varones trabajando", Revista Subjetividad y procesos cognitivos. Buenos Aires, UCES, abril. Notas

El trabajo del testigo. Testimonio y experiencia traumática.

Introducción (Fragmento)

Por Mariana Wikinski
mwikinski@gmail.com

*Necesito disculparme. Este mismo libro
está empapado de recuerdos, de recuerdos lejanos.
Procede, por consiguiente, de una fuente sospechosa,
y como tal debe ser defendido contra sí mismo.
(P. Levi, Los hundidos y los salvados)*

Una voz atravesada por la sospecha. Esa es la voz del testigo. Encandilados con la vigorosa eficacia del pensamiento racional, los acreditados formalismos del aparato jurídico, la sistematicidad académica de la historiografía, o la aséptica y enguantada recolección de pruebas de los métodos policiales, hay quienes podrían escuchar la frágil voz del testigo con el ceño fruncido y la mirada oblicua, ocupados en constatar o rebatir los hechos que relata.

La primera persona en el relato implica desde el inicio el desfallecimiento de toda posición objetiva y neutral. Para aquellas perspectivas –como la planteada, por ejemplo, por Pierre Nora- desde las cuales historia y memoria se encuentran en oposición resulta casi inadmisibile que esa voz se pretenda dueña de alguna clase de verdad. Su relato estará peligrosamente plagado de errores, omisiones, lagunas, deformaciones. Jamás podría suponerse en el testigo una voz esclarecida, puesto que sólo habla desde sí mismo.

¿Cómo podríamos entonces adjudicarle a su discurso algún núcleo de verdad? Primero el testigo debería demostrarnos que se ha descentrado de sí en la construcción de su relato, debería poner en duda sus percepciones antes que afirmarlas, debería construir un relato despojado de afecto, debería –en definitiva- relatar los hechos como si en verdad no hubiera estado allí o como si no hubiera sido afectado por ellos. Pero, si precisamente su estar afectado y su haber estado allí ponen en duda el contenido del relato ¿no sería un sinsentido suponer que ese mismo relato sería tanto más confiable cuanto menos haya presenciado -y por ende padecido- el testigo lo que su testimonio intenta transmitirnos?

Desde diferentes ángulos se nos ha planteado la controvertida relación con la verdad que posee el testimonio. Tanto aquellos autores que ponen el acento en el “giro subjetivo” que supone tomar en cuenta únicamente el testimonio para el conocimiento de la Historia, como quienes desde un ángulo totalmente diferente retoman el desarrollo de Agamben (2005) a partir de la afirmación de Primo Levi respecto de que los únicos testigos integrales son los musulmanes, asistimos –en definitiva- a una puesta en cuestión respecto de la voz de los testigos. (...)

La inclinación reverencial ante el testimonio del sobreviviente produjo penosos acontecimientos, síntomas de una época que pasó -sin asumir responsabilidad alguna y al modo de una formación reactiva- de la imposibilidad de escuchar a los sobrevivientes a la confianza acrítica en cualquier palabra enunciada, como si fuera suficiente presentarse como sobreviviente para merecer, sólo por eso, veneración. Esta exaltación contribuyó a producir en algunos sobrevivientes la consolidación de una identidad padeciente, núcleo difícil de disolver aún cuando el precio de sostenerla haya sido muy alto. Por otra parte la consideración del testimonio del sobreviviente como elemento único y central en el conocimiento de la verdad histórica implicó la delegación en él de una responsabilidad excesiva, obligando a las mismas víctimas a declarar sus experiencias hasta la extenuación, en interminables recorridos ante los tribunales.

Resulta fundamental entonces poner en debate dos corrientes de pensamiento que -en sus diferencias- recuperan la complejidad del entrecruzamiento entre la voz del testigo y la verdad histórica.

Como expresión de una de estas corrientes podríamos tomar el libro *Tiempo Pasado*, de Beatriz Sarlo (2005). La autora denuncia una contradicción inherente en aquellas posiciones que defienden al mismo tiempo “la indecibilidad de un verdad y la verdad identitaria de los discursos de experiencia” (p. 52), y analiza los usos públicos del testimonio (no, por cierto, su uso en el terreno jurídico) para discutir el giro subjetivo que ha adquirido el conocimiento de la Historia, giro que obtendría impulso a partir de una época que proclama los derechos de la verdad subjetiva, la razón del sujeto, el relato de la experiencia singular y que despliega la difusión mediática y editorial de una Historia cercana al sentido común. Esta autora plantea el valor irremplazable de los testimonios en la consolidación de los regímenes democráticos y los procesos reparatorios, al tiempo que reconoce y valora su importancia desde el punto de vista del derecho al recuerdo. Pero cuestiona las prerrogativas de las que podría ser objeto siempre que se considere como expresión de la Verdad y no se ejerza sobre él un análisis crítico, tal como se ejerce sobre otras fuentes en la construcción de la verdad histórica.

Aún desde otra perspectiva, Ricardo Forster (2003) en su texto *El imposible testimonio: Celan y Derrida*, está lejos de negar hasta qué punto la palabra del testigo es deudora de los claroscuros de la memoria, pero encuentra precisamente allí el valor de su verdad. Su texto confronta una pretendida rigurosidad académica con los límites del discurso del testigo, no –en sus palabras- porque “esos límites se vuelvan clausura, barrera definitiva que impide ahondar del otro lado del umbral”, sino porque allí se pone en cuestionamiento la oscuridad que contiene la certeza del discurso del saber, es decir -suponemos- lo que esa pretensión de certeza debe desconocer, ocultar, invisibilizar, para poder sostenerse como certeza. Gloria Cineraria -el poema de Celan al que hacen referencia Derrida y Forster- como toda la poesía de Celan en su conjunto, supone una caída del sujeto de la modernidad, sujeto para el cual pareciera resultar posible una correspondencia entre lenguaje y mundo. Lo esencial estaría precisamente en el “balbuceo inarticulado”, en los quiebres del discurso. “Alcanzar un orden de la representación de los campos sería cruzar las escrituras testimoniales de Primo Levi y Paul Celan”, escribe Forster

(p.222). Describe los riesgos de declarar a Auschwitz “indecible”, tanto como los riesgos de transformarlo -en ese mismo acto- en algo sagrado. Pero considera que pretender ceñir su explicación dentro de los cánones de la rigurosidad metodológica, científica, racional, académica, es sustraerle en realidad lo que define su esencia, aquello que se sustrae a “toda inteligibilidad”, reducir Auschwitz a una lógica que supone que es posible representar lo que se escapa a toda representación, destituir en el testimonio lo que testimonia acerca de la destrucción de todo sentido.

Y aún así, Forster sostiene que tiene sentido dejar constancia de lo “decible en lo indecible”, y cita a Agamben cuando escribe que se debe “dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar”. Forster parte del verso de Celan “Nadie testimonia/por el testigo” (último verso de Gloria Cineraria), y del texto que a partir de este verso escribe Derrida, y coloca al testigo en un lugar central: su palabra se sostiene en el lugar sagrado del juramento. Y esa es también su soledad. En el conocimiento de la verdad histórica de lo ocurrido durante el accionar de los regímenes genocidas se debe dar por descontado que estos regímenes han intentado sistemáticamente destruir las pruebas de los crímenes cometidos. (..)

Pero si nos interesa en este libro detenernos en el trabajo de construcción del testimonio, es porque creemos que es la única manera de no dejar atrapado al testigo bajo el peso de una responsabilidad que no le compete: él relata su verdad, una verdad probablemente construida a partir de una experiencia arrasadora, y debemos considerar por ende que el arrasamiento mismo habrá dejado sus huellas en el testimonio. No escucharemos en él sólo el relato de una serie de acontecimientos fácticos: escucharemos también y predominantemente su efecto en la cadencia del discurso.

El conocimiento de la verdad histórica, la construcción de la prueba jurídica no pueden ni desconocer ni glorificar su palabra. Tan cierto es que el testigo no puede pretender sólo desde su testimonio construir verdad histórica, como que no debe exigírsele que lo haga. Y nos referimos a esa paradójica forma de “exigencia” que supondría objetarle la construcción de un relato subjetivo. La construcción de la verdad histórica no se produce sólo en los claustros académicos: los tribunales también pueden ser un espacio indispensable para el conocimiento de la Historia. (...)

A partir de las ideas que he esbozado, me propongo fundamentalmente revisar el impacto que lo traumático produce en el corazón mismo de la posibilidad de transmitirlo. Se trata de analizar hasta qué punto lo traumático condiciona el modo en el que podrá ser testimoniado, para revisar desde allí los obstáculos subjetivos que el testigo deberá enfrentar. Esto resulta esencial, no sólo como aproximación a los aspectos intangibles que intervienen en la construcción de la trama narrativa, sino también como establecimiento de las premisas desde las cuales escucharemos el testimonio. Determinado en su carácter de relato, narración posible de una experiencia casi siempre traumática, el testimonio se ve constreñido por lo que su vehículo –el lenguaje- le ofrece. (...)

No se trata aquí, por supuesto, de poner en duda la necesidad de conocer los hechos de la historia lo más cercanamente posible a su facticidad. Ocurre que no existe modo no humano, es decir, no atravesado por la subjetividad de los hombres que la construyen, de conocer la Historia.

En Lo que queda de Auschwitz, Agamben (2005) cita a Primo Levi (de su libro Los hundidos y los salvados), e invoca la dolorosa afirmación que este autor realiza al decir que los únicos testigos integrales son los llamados musulmanes, es decir los que han quedado despojados de la palabra. En su texto Agamben no parece tener en cuenta el lugar desde el cual Primo Levi escribe lo que escribe. Levi siente que “han muerto los mejores”, siente con razón que el horror de lo vivido se materializa integralmente en el desmantelamiento subjetivo de los que murieron sin voz, y no en los que han logrado sobrevivir. Ellos, los musulmanes, son la cruda y deliberada consecuencia de esa maquinaria de exterminio. Y esto es irrefutable.

Pero suscribir el planteo de Levi desde afuera de la experiencia concentracionaria y llevarlo como lo hace Agamben hasta la exacerbación, supone el riesgo moral de desacreditar la voz de los testigos. Es profundamente paradójica su estrategia, ya que para sostener teóricamente la imposibilidad de construir un testimonio acerca de la experiencia límite que significó la vida concentracionaria (puesto que la experiencia del sobreviviente no fue la del musulmán), toma como punto de partida los testimonios de los sobrevivientes (puesto que han sido ellos quienes han dado cuenta de la existencia del musulmán). (...)

El musulmán es testimonio en su desexistencia. El sobreviviente da testimonio a través de la palabra. En esa palabra hay relato histórico, hay un intento de ordenamiento de lo vivido, y una necesidad de ser escuchado. Escuchar el testimonio no es sin embargo un acto de compasión. La palabra del testigo forma parte de la Historia y de su construcción.

En las páginas de este libro intentaremos analizar las dificultades con las que tropieza la voz del testigo en la construcción del testimonio de la experiencia traumática, pero no lo haremos para poner en duda la validez de su enunciación, sino para desentrañar su naturaleza.

Son obstáculos en los que inevitablemente confluyen las circunstancias históricas del pasado y de altísimo impacto traumático que el testigo ha vivido, sus condiciones psíquicas y subjetivas, y las circunstancias históricas del presente que posibilitan u obstruyen el esclarecimiento de la Historia a través del testimonio.

El núcleo esencial de mi reflexión concierne al análisis de cada uno de los cuatro obstáculos a los que -a mi juicio- el testigo debe enfrentarse en la construcción del testimonio sobre la experiencia traumática. Estos son la narración de lo traumático, la declaración ante la justicia, la vergüenza y el hablar en nombre de otro. (..)

Si a la víctima puede legítimamente concedérsele el derecho al olvido, esto no autorizará de ninguna manera el olvido de la sociedad.

Por eso, a la necesidad de dar testimonio debe sucederle el deber de escucharlo.

Quizás algo de esto quiso decirnos T.S.Eliot cuando escribió los dos últimos versos de su poema “*Los hombres huecos*”:

*Así es como el mundo acaba:
No con una explosión, sino con un gemido.*

SOCIEDAD

La política está en otra parte (*) (Fragmento)

Por Hernán López Echagüe
taller.hle@gmail.com

(...) Anoche, horas antes de meterme en el ómnibus que me ha traído a Neuquén, he podido leer una vez más el informe que Laura ha escrito acerca de la historia del conflicto en la fábrica de cerámicos Zanon: “No imaginaba el señor Luis Zanon que su apellido sería algún día sinónimo de lucha y rebelión. A los 28 años salió de Padua, Italia, con el fin de probar suerte en el sur de América. Y vaya si la tuvo: se adueñó del parque de diversiones Ital Park, el inabarcable e histórico predio de Callao y avenida Libertador que años atrás debió cerrar sus puertas a raíz del accidente que le costó la vida a una adolescente. En el año 1975 decidió ampliar el círculo de sus negocios y proyectó una fábrica de cerámicos. Fue uno de los tantos empresarios que lograron edificar fortunas durante la dictadura militar. Zanon se instaló en Neuquén e hizo realidad su proyecto. Luego tomó champagne con Menem, junto a quien se fotografió orgulloso; recibió importantes apoyos del gobierno provincial, unos 5 millones de dólares; a partir del año 1993, el gobernador de Neuquén, Jorge Sobisch, empezó a tener el hábito de mencionarlo en cada discurso como ejemplo de empresario modelo; el Banco Interfinanzas Internacional, con sede en las islas Cayman, también aportó lo suyo con 20 millones de dólares; Zanon se convirtió en una de las principales empresas provinciales y don Luis creció de tal forma que logró ampliar sus negocios en dimensiones insospechadas: adquirió acciones de la privatizada Aerolíneas Argentinas y de canales de televisión. Sin embargo, ninguno de estos aportes parece haber sido suficiente. Sobre el fin del 1999, a tono con el comportamiento de la mayor parte de los empresarios nacionales, decidió que para mantener la empresa ‘con costos internacionales razonables’ debía despedir a buena parte del personal. Así, pues, anunciaron rebajas salariales y el despido de 100 obreros. No imaginaba el señor Zanon que alguien osaría resistirse a esta decisión. En el año 1998, un joven obrero llamado Raúl Godoy, con el apoyo de gran cantidad de trabajadores, había conseguido arrebatarse la comisión interna de la fábrica a los tradicionales dirigentes sindicales burócratas. Godoy era un hombre por demás tranquilo y apocado, pero con quien,

Don Luis supo luego, no se puede hablar. De hecho, los trabajadores no aceptaron los despidos masivos, denunciaron el intento de vaciamiento de la empresa, realizaron un paro de 34 días por falta de pago, consiguieron que les paguen por un tiempo, hasta que volvieron a suspender los sueldos, entonces cortaron rutas y puentes, y finalmente tomaron la empresa. Don Zanon también recurrió al corte, el del gas en su caso, para apagar así los hornos. El Sindicato de Obreros y Empleados Ceramistas de Neuquén (SOECN), cuyo titular es precisamente Godoy, planteó entonces un Lock Out ofensivo de parte de la patronal. El 31 de octubre de 2001 los ceramistas lograron una sentencia histórica cuando la jueza María Rivero de Taiana falló contra la empresa y ordenó el embargo del 40 por ciento del stock para pagar los sueldos atrasados. Sin embargo, esto no sería suficiente. El 14 de noviembre los obreros de Zanon cortan la ruta 22. Llevan dos meses sin cobrar. La ciudad permanece incomunicada. El 24 de noviembre deciden encender los hornos y hacer funcionar las máquinas para producir por un día. Unos días después, don Luis Zanon decide que esto es una irreverencia y cierra la fábrica, enviando 380 telegramas de despido. 'La actitud de Zanon de cerrar la planta y despedir al personal contraría la resolución de dos fallos judiciales, que no sólo la mandaron a pagar sueldos caídos sino también a reactivar la planta. Esto es un virtual desacato', opinó Mariano Pedrero, asesor legal de los ceramistas. El 30 de noviembre, Neuquén estalla. Los obreros de Zanon protestan, y ahora se le suman los movimientos de trabajadores desocupados y algunos sindicatos. La policía reprime, la casa de Gobierno es casi incendiada, hay decenas de detenidos que deben ser liberados inmediatamente por presión de la movilización. El sindicato denunció: 'Los trabajadores fueron gaseados y baleados a mansalva, con varios heridos, hospitalizados y 16 detenidos. Los gases entraron a las escuelas y hospitales donde se refugiaban los trabajadores ante la represión. Y a seis cuadras de la casa de gobierno se encañonó con una pistola 9 milímetros a la esposa de un trabajador ceramista que se negaba a ser detenido. Por radio se pudieron escuchar las voces de policías pidiendo la detención de Raúl Godoy, secretario general del SOECN'. El 11 de diciembre el diario Río Negro anunciaba: 'Los ceramistas comenzaron ayer a vender pisos, desde cerámicos comunes hasta el coqueto porcellanato, productos que la Justicia embargó a la fábrica Zanon para que los operarios percibieran su sueldo'. La venta, en la puerta de la fábrica, con obreros devenidos vendedores, fue un éxito. El stock se agotó. Los precios mayoristas tentaron a vecinos de Roca, Neuquén, Plottier y hasta Bariloche. Faltaba poco más de una semana para que la Argentina se estremeciese con la pueblada y la caída de De la Rúa, pero en Zanon las cosas ya se habían precipitado. En marzo de 2002, la fábrica empezó a funcionar normalmente, bajo control obrero, con 270 trabajadores. Los cuatro hornos --el de porcellanato, los dos de monococción y el de `tercer fuego', para guardas--, ya estaban trabajando a pleno. Por primera vez se comercializaban cerámicos realizados bajo control obrero y a precios populares. Hicieron acuerdos con los mapuches para obtener la arcilla como materia prima y lanzaron un nuevo diseño en homenaje a la comunidad aborígen. Hubo convenios con la Universidad del Comahue para asistencia técnica en proyectos. Hoy cuentan con la solidaridad de sindicatos y desocupados neuquinos. Las cuestiones legales avanzan y retroceden. Tienen la posibilidad de un desalojo cada vez que un juez decide interpretar de manera diversa la situación. Mientras tanto, la fábrica continúa tomada y

produciendo. El fenómeno pasó las fronteras provinciales. Un sábado de marzo de este año, Bersuit Vergarabat se sumó a un recital en apoyo a los obreros ceramistas. Corearon sus canciones 4.000 personas. 'Gracias por el aguante', se limitó a decir, emocionado, Raúl Godoy. A los vaivenes legales le siguieron las amenazas, los intentos de secuestro, el robo de lo recaudado para el cobro de sueldos con permanentes referencias a que 'son unos zurdos de mierda', y el posible desalojo violento de la fábrica. Hoy son decenas las fábricas que han iniciado un idéntico camino: resistir al cierre, preservar la fuente de trabajo. La textil Brukman, Panificación Cinco, Grissinópolis e Imprenta Chilavert, en Capital; la Clínica Junín, de Córdoba; Supermercados Tigre y Lavalana, en la provincia de Buenos Aires; los metalúrgicos de Renacer, en Ushuaia; la Cristalería Cuyo, en Rosario; las cerámicas Steffani y Del Valle, en Neuquén, y cooperativas como el Frigorífico J. J. Gómez, en Río Negro; los mineros de Río Turbio; etcétera. Poco menos de un centenar de fábricas bajo control obrero".

* * *

El largo viaje en ómnibus, a causa de circunstancias imprevistas, ha sido por lo menos desapacible. En el asiento contiguo se instaló una mujer de cuarenta y pocos años, pelo teñido de rubio con reflejos color castaño, mujer curiosa y de lengua activa. No habíamos transpuesto siquiera los límites de la Capital Federal y ya me había referido vida y obra: neuquina, tres hijos, dos matrimonios, hacedora de dulces artesanales y conservas de lomitos de ciervo, amante de la buena vida y ardorosa partidaria del ocio y la explotación, porque lo mejor, ¿sabés?, es que otro labure por vos, que trabajen para mí, ¿no?, para qué meterte un uniforme y trabajar, que lo hagan otros, ¿entendés?, y vos dedicáte a disfrutar, como hago yo, ¿viste?, y por eso viajo todas las semanas a Buenos Aires, porque estoy haciendo un curso de podología en el partido de San Martín, en Neuquén no hay, qué raro, ¿no?, y me va bastante bien, miráme los pies, mirá, no seas tímido, estoy aprendiendo, ¿no te parece?, pero ahora habláme de vos, qué hacés, para qué viajás a Neuquén.

Cometí la tontería de contarle la razón de mi viaje. ¿Zanon?, ¡pero por qué no me lo dijiste antes!, qué bueno, increíble, cuando se lo cuente a mi marido no lo va a creer, ¿sabés?, porque nosotros somos íntimos de Domingo Geracci, ¿te suena?, íntimo, él, de Luis Zanon, unos divinos, y Domingo tiene una cabaña cerquita de la nuestra, en el lago Mari-Menuco, ochenta kilómetros de la capital, y si supieras cómo cocina Domingo, es bárbaro, y lo simpático que es, no, dejáte de embromar con los obreros de Zanon y veníte mañana, cuando quieras, a comer las truchas que prepara Domingo, ¿sabés pescar?, y si no sabés no importa, nos metemos en el yate y allá vamos, dále, veníte, por favor, ellos van a estar felices de conocerte

...

Ahora, en el interior de un auto, camino a la fábrica, le cuento a Juan el episodio. ¿Te das cuenta?, digo, no menos de cuarenta pasajeros y justo me tocó esa mina. Ríe. No cree en las casualidades; Geracci, me dice, es un personaje siniestro; en los papeles, era jefe de los obreros de albañilería de la fábrica, pero en realidad era la mano derecha, el buchón de Luis Zanon padre, no trabajaba nunca, se dedicaba a espiar, nomás. Juan echa risitas. "Todos lo llamábamos Rama Seca, porque

estaba al pedo en la planta”. Juan es un hombre joven, flaco, en extremo reservado; lo conocí en Buenos Aires durante la visita que un grupo de trabajadores de Zanon hizo a Brukman. Dejamos atrás las calles centrales de Neuquén y, por la ruta, nos dirigimos hacia la fábrica, situada en las afueras. El frío, pese al sol y el cielo abierto, y a la calefacción que Juan ha puesto a funcionar en el auto, es implacable, se entremete por toda parte. El predio donde está asentada la fábrica es inmenso; ya en la entrada tropezamos con Raúl Godoy, que me saluda con sincero afecto, y un grupo de delegados de la fábrica. Están malhumorados, presas de la perturbación, prontos a iniciar una urgente reunión a causa de las declaraciones que los Zanon, padre e hijo, han formulado en los diarios La Mañana y Río Negro. Juan me alcanza los periódicos. “Pensamos que teníamos un conflicto gremial, pero estamos frente a un movimiento político”, ha dicho Zanon hijo, y añadió: “Godoy tiene aspiraciones políticas, podría tirarse a diputado o gobernador. Y arrastra a un montón de personas desesperadas. Están cometiendo un delito”. Don Luigi, el padre, razonó: “Si no nos dejan trabajar en nuestra empresa, ¿ante qué estamos?, ¿una confiscación?, ¿una expropiación?”. Un joven alto, de anteojos, se ha puesto a leer por sobre mi hombro. Es Mariano Pedrero, abogado del sindicato. Están preparando el terreno para un futuro desalojo, me dice, y sería ilegal porque el lock out no es una multa, es una condena por un delito cometido por los Zanon. Están de remate si creen que vamos a renunciar a los fallos judiciales, que nos fueron favorables, comenta con enojo Godoy. Se disculpan; deben comenzar la reunión; después dispondremos de tiempo para hablar mejor. Quedo en manos de Alejandro, un obrero que da la impresión de conocer con todo detalle el funcionamiento de cada una de las áreas de la fábrica, por las que empieza a conducirme, sin ocultar cierto arrobamiento, como si fuera el propietario, y de hecho, hoy, ahora, es uno de los doscientos setenta dueños; el sistema de prensado, el trabajo con la arcilla, los secretos del manejo de los robots, las distintas fases del proceso con sales y esmaltes, el sector del porcellanato. Me muestra piezas de distinta naturaleza; la solidez y calidad de los cerámicos, son estupendas. En tanto recorremos la planta, una larga fila de trabajadores concita mi atención; es día de pago, explica Alejandro. Me detengo, entonces, a observarlos, y mientras lo hago pienso que, de no haber sido por la entrega y la lucha de todas esas personas que ahora, de cara a una ventanilla, están aguardando el cobro de su salario con visible alegría, bien podría haberme encontrado con una escena que en estos días se repite en cientos de rincones del país: un galpón en ruinas, vacío, consumido por la maleza y las telarañas. En la sala de enfermería, adonde me ha llevado Alejandro con el fin de exhibirme el acuerdo que han firmado con la Universidad del Comahue sobre asistencia técnica, me sorprende Carlos Acuña, jefe de prensa de Zanon, un hombre morrudo, cordial e inquieto, que también he podido conocer en Buenos Aires. Han resuelto dirigirse de inmediato hacia los medios de comunicación para responder a las acusaciones; propone que me incorpore a la comitiva: él, Raúl Godoy, Juan y Mariano. Raúl es más joven de lo que había supuesto, quizá treinta y pico; debe de medir poco más de un metro sesenta, barba candado, pañoleta de telar, negra, enroscada al cuello, gorra con la visera echada hacia atrás; ojos de un azul encendido, avispados. Aunque don Luigi opine lo contrario, se me antoja un hombre inofensivo y decente. En el trayecto hablamos de modo superficial acerca del libro, las presiones que sufren constantemente, los logros que han alcanzado en estos

meses, por ejemplo haber aumentado la producción y pagado en término las facturas de gas y energía eléctrica, algo que con anterioridad a la toma no ocurría a menudo; por lo demás, muy probablemente apliquen a Luis Zanon un certero y doloroso sopapo en las próximas semanas: el empleo de nuevos trabajadores. Raúl se entusiasma cuando le refiero mi paso por Mosconi; ha estado allá y conocido a Pepino Fernández. Quedé maravillado, dice. La sala del diario La Mañana, donde nos recibe un periodista muy joven, causa escalofrío y una atendible gana de mandarse mudar; retratos de Carlos Menem y Julio Ramos, propietario del periódico, despiden su imborrable hálito de malamuerte desde cada una de las paredes. Pese a todo, ajenos a tamaña vigilancia, durante una hora Raúl y Mariano se abandonan a un discurso claro y elocuente que el joven periodista graba, y cuyos pasajes más relevantes anota en una libreta; los escritos judiciales que han desplegado sobre la mesa, y que Mariano explica y desmenuza con didáctica amabilidad, son irrefutables: los dichos de don Luigi Zanon están fundados en el arretrato, el engaño y, acaso, la ignorancia. Por fin, luego de asistir a la reiteración del acto en las oficinas del diario Río Negro, le pido a Juan que me acerque al hotel; después de todo, son las seis de la tarde, no he almorzado, en el cuerpo no tengo más que tabaco y mate, salí de Buenos Aires veintidós horas atrás y todavía no he tenido la oportunidad de encerrarme en un baño a mis anchas. Me mira con desconcierto ¿Te parece?, no, mejor vamos para casa, tomamos unos mates, charlamos un poco, o, si preferís, descansás un rato, porque no podés dejarnos plantados, ¿no te comenté lo del asado?, esta noche, en casa, para recibirte como corresponde, vienen unos compañeros de la fábrica, además, vivo en la ciudad de Centenario, no es lejos y el hotel queda cerquita, después del asado te llevo, ¡vamos, compañero! A partir de ese momento mis recuerdos se tornan confusos, fragmentarios. La casa sencilla de Juan; la afectuosidad de su mujer, Claudia; los llantos del hijo, Franco; el fuego para el asado con leños de manzano; la llegada de un tal Rata con kilos de carne y una damajuana de vino a cuestas; el primer trago; los sucesivos abrazos con una decena de hombres que empiezan a repletar el patio helado, Carlos, Pablo, el Vasco ... la calidez y curiosidad ante mi presencia, y sus animadas charlas sobre cómo aumentar la producción, bajar los precios y contratar más obreros, y el atorrante de don Luigi que les entorpece la venta con acciones injustas, y los obreros subrayando la conducta de Godoy, que a pesar de su militancia en el PTS jamás ha intentado utilizar políticamente el conflicto; el asado de tira, un delicioso matambre, más vino tinto; un partido de truco perdido; el cántico: ¡qué se vayan todos, que no quede ni uno solo!, porque hay que construir desde abajo, y más vino, y, por sobre todas las cosas, la difusa imagen del grandote Pablo ocupando el centro de la reunión a fuerza de ocurrencias, aparatosos bailoteos y anécdotas hilarantes. Si mal no recuerdo, son las tres de la madrugada cuando caigo rendido en una cama; pero tardeo unos minutos en alcanzar el sueño. Es que del patio llegaban ruidosas carcajadas, bromas hacia el porteño que no tiene aguante, y la proposición que, creo, Pablo largó a viva voz y, a juzgar por el ruido de un par de motores, y el abrupto y placentero silencio, se impuso: “¡Vamos, compañeros, no me sean maricas, vamos a seguirla en algún boliche de Neuquén!”.

Domingo 16

Despierto, poco después del mediodía, en la cama del hijo de Juan; resaca feroz, de alcohol y tabaco, de charla y novedad, de fatiga acumulada al cabo de tantos desplazamientos. En la cocina, Juan toma mate, mastica, parsimonioso, ido, un bizcocho de grasa, y de manera maquinal hace zapping en el televisor, mirando sin ver, pues tiene el aspecto de un hombre derrotado por los excesos de anoche. Al advertir mi presencia se incorpora, me felicita, me besa una mejilla. ¿Por? Día del padre. Ah, claro, por supuesto, razón por la cual retribuyo el fraternal saludo. En los diarios La Mañana y Río Negro nos ponemos a buscar la versión que, imaginamos, han publicado de las entrevistas que ayer por la tarde le hicieron a Godoy. El resultado de la búsqueda me decepciona. El Río Negro ha sabido compendiar en unas pocas líneas el sinfín de palabras que Raúl soltó durante una hora de grabación; La Mañana, en cambio, ha sido más ecuánime y publicado, someramente, algunas de las frases más relevantes. De pronto llega Claudia de la calle, el cuerpo aterido, nariz enrojecida, estregándose las manos con sevicia; de la cartera extrae un paquete envuelto en papel de regalo y me lo entrega. Es un mate de madera, entonces otro beso y el agradecimiento y mi ruego: necesito instalarme en la habitación del hotel que Acuña me ha reservado; mi vida por una ducha caliente, por un sitio en el que pueda enclaustrarme un par de horas para recobrar el aliento porque soy un estropicio. Juan comprende de inmediato y me lleva en el auto hasta el hospedaje. El hotel está situado en la ruta, en la entrada a la ciudad Centenario; se llama Sayhueque y, al decir del conserje, lleva ese nombre en homenaje a al cacique Vicente Sayhueque (“El Señor de los Lanares”), último de los jefes indígenas en rendirse durante Conquista del Desierto, que encabezó un genocida llamado Julio Roca. La etapa más cruenta de la Conquista, o Campaña del Desierto, finalizó en 1881 con el sometimiento de catorce mil indígenas y la expoliación de quince mil leguas. Ya en 1879, en un mensaje que dirigiera al país, Roca lo había advertido: “Es necesario ir directamente a buscar al indio a su guarida, para someterlo o expulsarlo”.

En la tarde, Raúl Godoy pasa a buscarme por el hotel en el auto de su cuñado. En su rostro hay felicidad, está de muy buen talante. Sus hijas le han regalado lo que más deseaba, un pañuelo palestino y una polera de lana negra, que ahora viste bajo un jardinero de jean. Le narro el asado de la noche anterior, los últimos recuerdos de la trashedada que todavía perduran en mi memoria. Ríe. “Me parece que más de un compañero me va a pedir asilo matrimonial esta noche”. Ya en el living de la casa de su hermana, también en Centenario, ciudad donde, he comprobado, reside buena parte de los trabajadores de Zanon, Raúl se acomoda en la esquina del sofá, la pantorrilla de la pierna derecha cruzada bajo el trasero. Me ofrece un mate, mira de soslayo el grabador. “¿Empezamos?”. Sí, desde luego. Su voz es límpida y grave, precisa en la entonación y en las pausas, como la de un buen locutor. Acompaña las palabras con gestos y muecas delicados que sólo cobran mayor vivacidad cuando hace referencia al inicio del conflicto en la fábrica y los posteriores sucesos:

“Mi vieja era obrera empacadora de fruta; entró a trabajar en un galpón y se jubiló el año pasado después de 36 años de laburo. Nos crió a nosotros, tres hermanos, yo el más chico; se separó cuando estaba embarazada de mí, así que nos tuvo que

bancar a los tres desde el 65, cuando nació. Vivíamos con mis abuelos, chilenos. Mis hermanos y yo empezamos a laburar a la misma edad, a los doce años. Mi hermana empezó atendiendo en una panadería; mi hermano se metió en un galpón de empaque, y yo empecé a laburar en una chacra, en Río Negro. A la escuela iba a la mañana y a la tarde laburaba, y así me bancaba los estudios. En la chacra era jardinero, podaba las rosas, transplantaba las plantas y en invierno cortaba leña y era el peón de la casa. Sabía bastante del trabajo de jardinero; hasta el día de hoy mi vieja y mi tía me joden para que les podes las rosas, todavía hoy confían en mi mano. Ahí laburé desde los doce hasta que terminé la secundaria, y en esa familia había una abuela, una señora chilena que había hecho la chacra desde abajo, que tenía muy buena onda conmigo y siempre me decía que si yo quería seguir estudiando ella me iba a dar una mano. Cuando terminé la secundaria me preguntó si quería seguir estudiando, le dije que sí, y me dijo que ella me iba a ayudar para seguir, y entonces me fui a La Plata a estudiar Medicina. Cuando llegué allá empecé a tener alguna actividad en la Universidad, por el ingreso irrestricto y esas cosas, pero mi familia se enteró y me dieron un ultimatum: o me dedicaba a estudiar o me volvía. Les dije que no estaba en venta. Me cortaron todos los víveres. Y encima falleció la abuela, la señora chilena. Mi familia no tenía nada que ver con la política, mi vieja toda la vida estuvo en la Iglesia, y yo también trabajé en la Iglesia con la onda del obispo Jaime De Nevares. Cuando era más chico, a los once o doce años, hacíamos laburo en los barrios, en las villas, que no eran muchas, pero había mucho trabajador semirural, así que juntábamos ropa y se les llevaba al campo. Los fines de semana hacíamos eso. Yo lloré con la muerte de Perón, estaba en la escuela primaria. Como mi vieja iba mucho a la Iglesia, nos mandaba a una escuela parroquial que había acá en Centenario, era privada aunque accesible. Cuando muere Perón la mitad de los pibes festejaban y la otra mitad estábamos conmovidos, por el quilombo, además cerraron el colegio, nos mandaron de vuelta a casa. No lloraba por nada político, era más bien sentimental, además yo algunas marchas veía en esa época y la historia de los descamisados y la historia de la gente humilde peleando era algo que de alguna manera me llegaba. En mi familia no había ningún militante político, salvo militantes de la Iglesia. Después, con la dictadura, no tenía mucha noción. Sí se sentía un poco de agobio. Acá en Neuquén lo que más se sintió fue por la presencia de chilenos, y en esa época pintó bastante xenofobia, y eras una minoría. Lo que sí se veía es el tema de los operativos, caían camiones con milicos a la plaza y se distribuían y empezaban casa por casa, en operativos de rastrillaje. Yo no tuve familiares ni nada desaparecidos. Mi abuela me solía contar que tenemos un familiar desaparecido en Chile, era un militar a favor de Allende, y cuando fue el golpe lo desaparecieron. Eso es lo más cercano de mi parte. Graciela, mi compañera, sí, ella tiene una hermana desaparecida. Una hija del papá. Al principio para mí la mano venía más por un cambio social, más por el lado de la religión. Mis primeros años de actividad fueron en la Iglesia, y viéndolo retrospectivamente era una militancia, hacíamos reuniones, grupos juveniles. Acá pesó mucho el tema de De Nevares. En las reuniones que hacíamos acá, cuando yo era un pibe de trece, catorce años, hacíamos reuniones en la iglesia donde participaban activistas de la UOCRA. Porque se vino la dictadura y los tipos buscaron un lugar para reunirse. En las reuniones de distintas comisiones, de padres o jóvenes, me acuerdo que había tipos que eran activistas, o delegados, y

se refugiaban un poco ahí. Ese era el ámbito para juntarse. El gremio de docentes de Neuquén, Aten, se fundó en la iglesia. La iglesia acá canalizó muchísimo. El concepto de que la sociedad es injusta y que así no se puede vivir, viene un poco de ahí, después el cambio fue en pensar cuál es la forma y el método. El salto cualitativo mío fue cuando me fui de acá y en La Plata empecé a conocer el marxismo. Eso, junto con conocer allá la otra cara, conocer en La Plata lo que fue el monseñor Plaza, la Iglesia como institución. Ahí empecé a ver las cosas con otra óptica. La democracia fue medio borrachera de ilusiones. Hubo un florecimiento, una época en que todo el mundo tenía que estar en algún partido o en alguna agrupación. Había una onda de participar. Todos los partidos, por más chiquitos que fueran, tenían participación, había movilización. Yo me fui justo en esa transición. Yo me fui a La Plata cuando volvió la democracia, y estaba el tema de las peñas, del debate ideológico, fue un florecimiento grande. Un cambio bastante brutal. Y bueno, fue esa borrachera, que se frustró después cuando se empezó a ver que estaban siempre los mismos atrás, que fueron cambios superficiales porque en el fondo la mecánica era la misma. Yo hice los dos años de medicina, después dejé, empecé a trabajar en una gomería, después en una heladería, siempre en La Plata, y en el medio conocí a Graciela. Ella también hacía Medicina y era de acá, de Neuquén, pero militaba en una agrupación peronista de la facultad, y yo entré en el MAS en aquellos años. Entonces discutíamos, debatíamos. En La Plata había centro de estudiantes, había toda una comunidad neuquina que en aquella época era grande. Había una casa en donde se otorgaban becas para pibes de Neuquén que querían ir a estudiar y tenían lugar en esa casa, en la Agrupación Universitaria Neuquina, te daban una beca y te daban habitación. Estaba bueno. A partir del 93, del 94, empecé a estar muy mal de guita. Había perdido el trabajo, estaba haciendo changas, ya teníamos dos hijas, no tenía laburo. Mi cuñado y mi familia me decían que volviese a Neuquén, pero a mí no me cabía. Neuquén me gusta pero yo me había encariñado con las movidas de allá, tenía toda mi vida allá. Fueron nueve años en La Plata y ya me había aquerenciado. Pero mi cuñado, que hoy tiene 22 años de antigüedad en la fábrica, me dice venite, que voy a hacer lo necesario para que entres a Zanon. Me vengo, estuve un mes haciendo changas, y entré a trabajar en Zanon. Primero fui operario, operaba maquinarias, porque tenía ya antecedentes de laburar en petroquímica General Mosconi, en La Plata; había hecho servicios generales, había sido ayudante de mecánico, había estado en soldadura, era bastante dúctil, y me tomaron. Tuve suerte. Entré en el 93, en la época de Cavallo, y nunca había trabajado en una fábrica con una exigencia tan terrible como acá. Había estado en varios lugares, pero laburo como este, a nivel de vigilancia, de ritmo, de explotación, nunca había visto algo así. Éramos más de cuatrocientos empleados. Y nos mataban. Teníamos cuatro contratos de seis meses. A los seis meses te podían echar sin indemnización ni nada. Porque tenían un arreglo con la burocracia. Eran una máquina de echar gente; entrabas por un lado y salías por el otro. Los primeros seis meses, prácticamente no tuve franco; era de lunes a lunes, 16 horas por día; entraba a las seis de la mañana y salía a las diez de la noche. Te quedaban ocho horas, y de esas perdías una hora de viaje para ir, otra para volver al trabajo, y en esas seis horas que tenías de vida había que comer, bañarse, dormir, y si tenías un poco de suerte, cada tanto una alegría. Fue terrible, teníamos un accidente cada tres días, mutilación de dedos, y esas cosas. Yo, cuando vi eso, me

quería matar, porque pensaba que no podía perder una mano acá. Además, si vos te accidentabas era culpa tuya y entonces te echaban. Han pasado cosas terribles. A un compañero lo agarró el jefe de seguridad e higiene, y el compañero se había accidentado, una máquina lo apretó y fue jodido, y el tipo este para castigarlo lo puso en el centro del sector del porcelanato, y el compañero era tartamudo, y el capanga le dió el libro de seguridad e higiene para que lo leyera en vos alta. Parecía nazi. Era de terror. Por eso cuando entramos nosotros, entramos con los tapones de punta, y siempre fuimos ásperos de entrada porque era la única forma de pararle la mano a este hijo de puta. Primero estuve un par de años callado, porque la dirigencia sindical era acorde a las necesidades de la empresa. La ceramista no era una burocracia como la de la UOM, de tipos que se enriquecían. Los privilegios pasaban por lugares más mezquinos, hasta el último perejil de la comisión directiva podía hacer cualquier cosa, se retiraba cuando quería, si no quería no iba a laburar, o se iba a la oficina gremial y boludeaba todo el día, tenía más acceso a crédito y mutual. Salvo un par que tenían un nivel de vida más alto, pero el resto defendían sus privilegios miserables. Los acuerdos eran increíbles. A Zanon se la conocía como la fábrica modelo en donde nunca pasaba nada, todos pensaban que era un paraíso. Pero era un silencio de tumba. No porque no pasaban cosas, sino porque no había nadie para denunciarlo. Nosotros, los que nos empezamos a juntar para dar vuelta esta historia, tuvimos que empezar a juntarnos afuera de la fábrica. Adentro era peligroso y estaba prohibido; si se reunían más de dos compañeros, los fichaba el sindicato, los fichaba el supervisor. Para ganar la comisión interna por primera vez, en el 98, hicimos un campeonato de fútbol metropolitano de todo el año, y ahí pudimos hablar todos los compañeros, cada domingo. Hicimos un campeonato de toda la fábrica, entonces cada sector tenía que presentar un equipo, y cada equipo tenía su delegado, entonces nosotros hacíamos las reuniones con los delegados del equipo para armar el tema de los trofeos, del comité de disciplina del campeonato, pero nos servía para llegar hasta el último compañero de la fábrica. Adentro, no teníamos permiso ni para ir al baño. Tenés los caminos marcados. Con rojo te marcaban los lugares donde había máquinas automáticas y tenías que ir con más cuidado, y los azules son los recorridos que podés hacer. Antes, la gente de hornos tenía ropa roja, la de los electricistas era verde, y así. De esa manera identificaban si había uno de otro sector en un lugar que no le correspondía. Era como una cárcel. Yo tenía a los tipos ahí arriba, todo el día, porque donde laburo, en las cargadoras, es un sector recomplicado, nadie quería laburar ahí, y hasta hoy sigo perteneciendo a ese sector. Arriba tenías a los gerentes, todos tenían peceras, y los tipos te miraban mientras laburabas, y abajo estaban las oficinas de los electricistas y estaba la burocracia, los tipos de la directiva de los sindicatos. Tenía una doble vigilancia. Cuando saltó todo el lío, las protestas, la toma de la fábrica, Zanon y sus amigos me acusaban de que había sido muy profesional mi laburo porque nunca me habían descubierto hablando con alguien. ¿Como podía ser que durante todos esos años nunca había dado ninguna muestra y de repente había resultado ser todo un hijo de puta para ellos? En esa época, el que hablaba se iba. Y todo el tiempo se despedía gente. Ahora trabajan 270 personas y ganamos todos igual, 800 pesos clavados. Votamos en asamblea el mismo sueldo para todos, un techo. Hubo un mes en que lo superamos y llegamos a cobrar mil, y en otro no llegamos y cobramos 750, y si se supera, guardamos la guita para reinvertirla.

Capaz que hoy algunos se quejan, porque no es fácil, algunos compañeros tienen clara la situación, pero otros dicen: ché, estamos laburando y encima estamos nosotros al frente de la fábrica, entonces aumentémonos los sueldos. Algunos tienen esa concepción, y piden siempre más. Entonces tenés que explicar, mirá, estamos en Argentina y sigue el capitalismo, estamos peleando. Y todo lo hicimos sin ninguna solidaridad de las centrales sindicales, ni de la CGT ni de ninguna otra central. Con la CTA hay diálogo pero es bastante hueco, es medio monólogo. Al principio tuvieron mucha onda con nosotros, pusieron parte de su aparato cuando estábamos por recuperar el sindicato, pero ellos tenían la idea de que entremos en la CTA. Nosotros les decíamos, mirá, laburemos juntos pero para qué nos vamos a casar, salgamos, seamos novios nomás, porque a nosotros no nos gusta participar de su cuerpo orgánico, odiamos esas cosas, no nos cierran, y menos ahora con el tema del Frenapo y todo eso, está muy lejos nuestro. En Neuquén hemos compartido piquetes, represiones, juntos hemos liberado a compañeros presos, pero no hay mucho acuerdo político ni mucho acuerdo profundo. Ellos tienen otro proyecto y saben que a nosotros no nos pueden absorber ni organizar. Para nosotros, el Frenapo es igual al Frepaso pero con un sindicato como la CTA adentro, así lo veo yo. Las elecciones para mí no son salida de nada. Es entretener. Se terminó el Mundial y pueden venir ahora las elecciones para entretener. Sí, pueden servir un poco para medir en qué está la gente, qué está dispuesta a apoyar. Para más nada. Para mí, la mano pasa por la organización de los trabajadores, todos, los ocupados y los desocupados. Las asambleas tienen un límite. Yo veo que ni los piquetes solos, ni las cacerolas solas, ni el movimiento obrero solo, tienen una salida. Nosotros hemos llegado a esa síntesis. Para nosotros hay que hacer la unidad de los distintos sectores. Hay que buscar que sea de la forma más democrática posible. Aún clase media, trabajadores, trabajadores con ahorro, todos están de este lado. Los compañeros piqueteros ni hablar, son los que abrieron el camino, ellos hicieron el aguante. Y ahora, lo nuevo son las fábricas ocupadas. Esa es la unidad que necesitamos, no podemos cortarnos solos. Acá, en Neuquén, se ha dado algo muy particular. No hay asambleas barriales. No sé por qué. Creo que acá hubo otros organismos que han canalizado la bronca, la calentura, hay distintos espacios. Durante todo el verano estuvo funcionando una multisectorial, estaba la CTA, los docentes, gente de la Universidad, estábamos nosotros, los ceramistas, estaban los compañeros desocupados, todos discutiendo en ámbitos abiertos. En la calle, con movilizaciones. Cuando en noviembre del año pasado metieron en cana a 19 compañeros nuestros, y nos reprimieron feo, pasamos de una movilización de doscientos compañeros a la mañana, a una de dos, tres mil personas a la tarde. Cuando vio esa movida, el juez nos liberó al segundo día. Y ahí vos veías gente que no va a las marchas, pero ese día estaba. Fue algo espontáneo. Me acuerdo que en los medios nacionales se le daba toda la bola a Cavallo hablando, y en un recuadrito salía la represión en Neuquén. Porque Neuquén tiene su historia de luchas. Acá se dió el Choconazo. Fue el primer sindicato de la UOCRA que le sacamos a la burocracia. Los primeros piqueteros nacieron en Cutral-Có y tuvieron un impacto a nivel nacional. La primera coordinadora de desocupados, antes de eso, nació acá en Neuquén y agrupaba más de 25 barrios; tomaron el municipio, y cuando toman la casa de gobierno casi los matan, una represión impresionante. Ahí nació la ley 2128 de Neuquén, que es la de Plan Trabajar, nació con esa movida.

Después estuvo la huelga de 37 días de los docentes, con cortes de puentes y todo. En Buenos Aires me llevé muy buena impresión con lo de Brukman. Cuando intentan desalojarlos, los que logran que se vayan los milicos y que los trabajadores retomen la fábrica, fueron las asambleas, más de 1.500 asambleístas en las puertas de Brukman. Ahí me di cuenta que había algo en las asambleas, que tenían su importancia, su significado. Ninguno de los sectores por su cuenta está en condiciones hoy de dar vuelta la situación, y no hay solución corporativa. Es una discusión importante que se está dando en muchas fábricas, cuando se da el debate sobre qué hacer: cooperativas, emprendimientos propios, autogestión, o qué cuernos va a ser. Para nosotros es indispensable la formación de organismos alternativos; no darle la espalda a los sindicatos pero tampoco casarse con ninguno; no darle la espalda a las asambleas populares pero tener en claro que tampoco es “el” organismo, y con respecto al corte de ruta es lo mismo, es un método bárbaro que nos ha dado muchísimo hasta acá, pero tampoco será la solución de fondo. Uno no quiere subestimar, ni decir que está mal cortar las rutas, porque la gente se está muriendo de hambre en serio, lo defendemos a muerte porque corresponde, pero no creemos que esa es la salida, eso es un método. Con los compañeros del MTD de Neuquén nos hemos hecho el aguante mutuo, empezamos a hacer un laburo en común, sabíamos que teníamos mucho que aprender unos de los otros. Acá el gobierno trató de quebrar eso. Por ejemplo, en los primeros cortes que hicimos junto con los compañeros del MTD, como con nosotros no podían, metieron en cana a todos los compañeros del MTD, que habían venido a apoyarnos. Ese mismo día, cuando detienen a los compañeros, nosotros nos metimos adentro de la comisaría con los bombos, con todo, en una situación bastante confusa; los compañeros que estaban adentro y los que estábamos afuera cantábamos las mismas consignas. Los tuvieron que largar. Fue impresionante, muy fuerte. Porque la solidaridad muchas veces es chamuyo. O es puntual o es por conveniencia de un dirigente u otro. Ahora fundamos la coordinadora del Alto Valle. Nosotros, docentes, trabajadores desocupados, otras organizaciones que quieren cambiar el país, que luchan por la dignidad y el trabajo. No, si no articulamos las luchas, estamos muertos”.

[*] Del libro del mismo nombre, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, Octubre de 2002.

Neoliberalismo: del medioevo feudal a la postmodernidad con apenas un poco de maquillaje

Por Esteban Benetto

estebanbenetto2003@hotmail.com

Introducción

Dentro del presente trabajo intentaremos dar cuenta de cómo, a través de las distintas configuraciones que adoptó el Estado moderno, pueden rastrearse las contradicciones inmanentes del capitalismo, así como también de qué modo a través de ellas son posibles de ser esclarecidas las estrategias mediante las cuales se vale el capitalismo, en su constante intento de lograr su perpetuación.

Es evidente cuán diferentes son los tiempos históricos en los que vivimos, la aceleración de los últimos siglos es incomparable al desarrollo de los pueblos que habitaron nuestro planeta hace 20 o 30 siglos [1].

Para desarrollar nuestro planteo inicial proponemos comenzar examinando los derroteros del campesinado y el incipiente proletariado industrial francés y en especial, la gran revolución, encabezada por el proletariado ruso para ver cómo esos elementos –o una buena parte de ellos- perviven en nuestra cultura y, a partir de los análisis hechos por Harvey en su texto *La condición de la posmodernidad*, veremos que los modos de producción característicos del neoliberalismo parecen tener claras reminiscencias de la organización económica feudal.

El Estado moderno tal y como terminó configurándose después del período de revoluciones y contrarrevoluciones del siglo XVII pasó a ser, según entendemos, una forma velada donde la sociedad participaba, aparentemente, de la res pública cuando, en definitiva, detrás del Estado se escondieron -astutamente- los intereses de las clases dominantes.

Creemos que es pertinente, en el presente histórico en el cual vivimos, repensar dicha cuestión en tanto desde la irrupción del neoliberalismo el Estado -al menos aquel que la filosofía política desde el siglo XVII a bien entrado el XIX había pensado- ha pasado a ser una figura que las clases dominantes se han empeñado en erosionar, dando por sentado que toda sociedad que adoptase el capitalismo

(ergo, su idea de funcionamiento del mercado) tendería a ser regulada eficazmente por éste.

Dicha eficacia reguladora constituye un engaño notorio; el capitalismo, como veremos más adelante, ha logrado sus propósitos, sus intereses particulares, proponiendo siempre como sostén de sus postulados que este sistema es el único posible y su desarrollo tiene como necesaria consecuencia un beneficio que abarcaría a toda la sociedad.

Para atravesar el derrotero del Estado moderno hemos elegido describir tangencialmente las características de distintas etapas de esta institución histórica, poniendo énfasis en la última figura del capitalismo: el neoliberalismo.

Proponemos atravesar toda la espesura histórica de la modernidad siguiendo la noción de Estado a través de los momentos que creemos han determinado su forma con mayor especificidad.

- 1.-El Estado de los primeros tiempos posteriores a la revolución francesa.
El rol de los primeros Estados capitalistas. Estado de *laissez faire*.
- 2.- Estado de bienestar.
- 3.- El Estado ruso ¿demolición o fortificación de la estatalidad?
- 4.- El neoliberalismo. ¿Muerte del Estado?
- 5.- Las últimas crisis ¿Vuelta al Estado benefactor?

El Estado en los primeros tiempos después de la revolución francesa

El proceso que lleva de la organización feudal al capitalismo pudo observarse en la Inglaterra del siglo XVIII como en Francia hacia fines de éste y tuvo como resultado la difusión de una nueva forma de organización económico-política que logró imponerse a nivel mundial. [2]

La emergencia de la burguesía como clase dominante es un fenómeno tributario de una de las revoluciones que, entendemos, produce un efecto dinamizador de todas las economías del planeta, esto es: la revolución industrial.

La burguesía había logrado un poder que no encontraría oponentes – ni los toleraría-. La República francesa terminó siendo una forma de imponerle a los trabajadores industriales y al campesinado las reglas de juego que favorecían a la burguesía, aunque era necesario cierto maquillaje para que el pueblo avalara las medidas tomadas por el Estado francés. Al respecto es palmaria la forma en que Marx vió los hechos que siguieron a la revolución: “mediante el sufragio universal, los propietarios nominales, que forman la gran mayoría de Francia, los campesinos, se erigieron en árbitros de los destinos del país. Finalmente, la República de Febrero, al derribar la corona, detrás de la que se escondía el capital, hizo que se manifestase en su forma pura la dominación de la burguesía.” [3]

Este periodo de inscripción del capitalismo como sistema se basó en parte en el reclamo engañoso de los postulados del liberalismo, es decir, so pretexto de postular una igualdad que sólo sería de derecho, pero jamás de hecho, se lograba configurar una sociedad en donde se pudiese, por una lado comerciar “libremente” las mercancías que se producían, como también “adquirir” obreros que las produjesen. Estas circunstancias fueron posibles a medida que la nueva clase social (el proletariado) fue llegando desde los campos a las urbes. Esto significó a su vez una revolución demográfica sin precedentes.

En las sociedades capitalistas se observa que, producto de niveles más altos de competencia -y por ende mayor explotación del proletariado-, el tejido social ha sido paulatinamente erosionado, naciendo de esta manera una nueva forma de subjetividad: el individuo. En la sociedad capitalista norteamericana es éste el hombre que se hace a sí mismo. Vemos que la impronta moderna ya ha enterrado desde hace tiempo al ciudadano ateniense, el πολίτης (polítis), aquel que en la

asamblea o en el ágora tomaba la palabra y de cuyas decisiones dependía el destino de la polis misma.

Las democracias burguesas se caracterizan esencialmente por tres rasgos fundamentales: propiedad privada de los medios de producción, competencia electoral entre bandos políticos y las garantías ciudadanas. De estos tres elementos que acabamos de citar, el primero, relativo a la propiedad, es el más característico, el que le otorga su especificidad. Ejemplo de este tipo de organización política es el Estado norteamericano, quien se rige, en definitiva, por una constitución que otorga una serie importante de prebendas a una elite integrada por unas pocas familias.

Estado ruso y revolución

La situación de la Rusia zarista durante el período en que detentaba el poder el zar Alejandro II marcaría un punto de inflexión en la relación entre gobierno y pueblo (constituido mayormente por un campesinado en condiciones de semiesclavitud).

En 1860 el gobierno zarista intentó mediante un plan de modernización sacar al país del estancamiento en que se encontraba. Para ello decretó en 1861 la abolición de la servidumbre, si bien esta medida beneficiaba aparentemente al campesinado sólo dejó en evidencia que éstos habrían de luchar para conquistar unos derechos que en la práctica volvían a negárseles. De esta forma bajo la aparente liberación de los siervos no se hizo sino perpetuar el statu quo anterior, sólo que acarrió algunas consecuencias como el aumento demográfico en el “mir” [4]. De esta forma tan sólo una minoría logró enriquecerse: los kulaks, campesinos que habían adoptado métodos de explotación modernos. El resto del campesinado continuó en la miseria. Las reformas emprendidas por el zar incluían también una reforma jurídica (derechos civiles a la manera en que la venían planteando las democracias burguesas).

Por otro lado se permitió el ingreso de capital extranjero que invirtieron principalmente en grandes industrias, de esta forma, la burguesía rusa fue relegada del proceso de modernización emprendido por el Estado que tenía como sostén la entrada de divisas producto de la exportación de granos, esto implicaba mantener un mercado interno sumamente reducido de manera que el excedente se garantizaba a través del bajo consumo y de las pésimas condiciones de vida de la población rusa.

Estos factores fueron el fermento necesario para que una sociedad que aún no había desarrollado una burguesía vernácula se convirtiese en el suelo de una de las mayores revoluciones de la era moderna. El surgimiento de un partido que representaba al campesinado explotado (el Narodnik), como el de una organización política que hacía lo propio para con los intereses de la burguesía nacional (el Kadete), hizo que el poder del zar fuese discutido en diferentes grados. En 1881 el zar fue asesinado por una organización llamada “La Libertad del Pueblo” con la intención de liberar definitivamente al pueblo del yugo de la nobleza pero, paradójicamente, el campesinado atribuyó el atentado a los intereses de la nobleza de quienes Alejandro II los habría en su momento “liberado”. Después de la muerte del zar y siendo éste sucedido por Alejandro III, las reformas cesaron y el gobierno adoptó un matiz más férreo.

Si bien en 1902 se produjeron una serie de conflictos de los que participaron campesinos, estudiantes y obreros, la piedra de toque para el levantamiento popular podemos fecharla el 9 de enero de 1905 cuando un grupo de obreros en San Petersburgo entregaban un petitorio de carácter suplicante. Tuvieron como respuesta el fuego indiscriminado. Estaban ahora sí ya dadas las condiciones para lo que sería la revolución de 1905.

Así pues, con la consolidación del Iskra y sus dos vertientes (la menchevique y la bolchevique) Rusia se encaminó hacia un tipo de organización a través de los Soviets y no tomó el camino de una república burguesa. La revolución rusa puso en

evidencia -y esto es digno de ser resaltado- que las elites liberales no son nada sino legitiman su hegemonía a través del apoyo de las masas. Esto en Rusia no sucedió. Pero lo que no pudo lograrse es llevar esa revolución a una escala planetaria. Implantar el socialismo en el mundo entero. Las palabras de Trotsky sonaban en aquellos tiempos optimistas: “La clase obrera de Rusia, al encabezar la emancipación política, se elevará a una altura desconocida en la Historia, reunirá en sus manos fuerzas y recursos colosales y se convertirá en la iniciadora de la liquidación del capitalismo en escala global.” [5]

Estado de bienestar

A partir de la consolidación del fordismo como modo característico de producción a comienzos del siglo XX es cuando el Estado pasa a tomar otra forma: el Estado de bienestar. La economía empezó a depender principalmente de una serie de factores que marcaron fuertemente la época. Por un lado los bajos costos del petróleo fueron condición de posibilidad de un desarrollo industrial que era, de manera no formal, financiado por los países productores de ese combustible. El estallido de los precios del crudo hizo patente en qué medida se dependía de mantener bajos esos valores dado que la subida terminó por desatar grandes crisis a nivel mundial. Este período se había caracterizado por la producción de bienes de gran durabilidad lo que agotaba al mediano plazo la continuidad productiva. Pese a los intentos, a través de la apertura de nuevos mercados y otras medidas, el llamado Estado de bienestar junto con el que fuera su modo de producción contemporáneo, es decir, el fordismo, fueron enterrados por el nacimiento de lo que llamará Harvey “acumulación flexible”.

El estado neoliberal, hacia el modelo de acumulación flexible

Los problemas del fordismo se habían hecho evidentes ya en los años '60 cuando la situación en los mercados internos en Europa occidental y el Japón buscaron en la creación de mercados externos un destino para sus excedentes. La salida que

buscarían lo EEUU a la misma problemática sería bifronte: atacar la pobreza al interior de su territorio y lanzarse en una cruzada anticomunista de dimensiones inesperadas en Vietnam.

La creación de mercados no hacía más que poner en evidencia -anticipando el modelo de acumulación flexible- el desmoronamiento del modelo keynesiano-fordista: dado que esos mercados sólo pueden convertirse en tales siempre que allí las leyes “ya sean” flexibles. No en vano para la misma época el fordismo adopta por primera vez un matiz rígido; una rigidez que a posteriori acabaría con el modelo mismo.

Esta rigidez rompía con los fundamentos del programa fordista que se basaba fundamentalmente en: a) altos sueldos; b) buena relación con los sindicatos; c) poca diversificación de los bienes producidos.

El modelo de acumulación flexible puede ser entendido a través de sus principales características las que pueden ser encontradas en:

- a) Flexibilización de la fuerza laboral que había sido ya debilitada por brotes de desocupación inédita (salvo en Japón). Se precarizan los contratos quedando abierta la posibilidad de que se trabaje más cuando mayor sea la demanda (lo que recuerda el modo de producción característico del feudalismo)
- b) Apertura indiscriminada de mercados. El modelo de acumulación flexible ya puede penetrar sin problemas en un mundo (sobre todo en la periferia) flexibilizado.
- c) Inserción a la mujer en el mercado laboral. Para hacerlo se vale de otorgarle pésimas condiciones.
- d) Producción de bienes según las necesidades del mercado y no indiscriminadamente.
- e) Llegada a mercados altamente especializados que el fordismo no podía alcanzar. Ecuación rotación en producción / rotación en consumo.

f) Utilización de tecnologías que son capaces de crear necesidades, esto conlleva la mercantilización de la cultura y concomitantemente el consumo efímero que beneficia al modo de producción de acumulación flexible.

g) Desarrollo de tecnologías de la información que se convierten en fundamentales para la toma de decisiones en un medio donde la competencia se ha vuelto feroz.

h) Conversión de la ciencia en una mercancía más. Es producida y vendida. Las corporaciones y monopolios crean universidades y centros de investigación.

i) Flexibilización de los mercados financieros. A partir del derrumbe del fordismo cae también el riguroso control que se había impuesto a los mercados en los años '30. Nace la ilusión de que se puede ganar a través del dinero y no de la producción.

En definitiva, tal como señala Harvey: “difícilmente podemos atribuir el éxito del neo-conservadurismo a sus logros económicos ya que sus cifras negativas en cuanto al empleo, el escaso crecimiento, la rápida dislocación y la deuda creciente sólo se ven compensadas con el control de la inflación”. [6]

Notas

[1] “Es decir que a la especie le ha llevado ocho mil años de producción, cinco mil años de producción excedentaria y dos mil quinientos años de transformación del excedente de distribución estática según el orden de castas en distribución abstracta, flexible y dineraria según el orden de clases, por lo que resulta excesivo esperar que en doscientos años pudiera arribarse a un ordenamiento social y cultural que termine con castas y clases y realice un orden universal la igualdad y la organización enteramente orientada a la satisfacción de las necesidades.” Vazeilles, J.G., El presente histórico y la Historia universal, Manuel Suárez-Editor, Bs. As., 2005, pp.236

[2] Hobsbawm, Eric, La era de la revolución 1789-1848, Critica, Bs. As., 1997

[3] Marx, Karl Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, Prometeo, Bs. As., 2003

[4] Suerte de comunidad aldeana que en definitiva debía encargarse de pagar un canon llamado “canon de redención”.

[5] Trotsky, Balance y Perspectivas, Red Vasca Roja, 2000

[6] Harvey David, La condición de la posmodernidad, Buenos Aires, Amorrortu Editores

ARTE

Lavorare stanca

Por Héctor J. Freire

hectorfreire@elpsicoanalitico.com.ar

La salida de los obreros de la fábrica

El cine, que es a la vez una ventana abierta a lo social y a la subjetividad, es también un modo eficaz de indagación sobre los modos de ser de las distintas sociedades a través de la historia. Por medio del cine podemos extender el modo de entender los mecanismos del poder y sus efectos sobre el imaginario colectivo. Como suma de todas las artes, es un fuerte estímulo a la imaginación, y un contundente vehículo de transmisión ideológica.

Desde esta perspectiva, podemos preguntarnos: ¿qué diálogo podemos entablar entre el cine y la problemática del trabajo: su evolución o su retroceso? ¿Qué relación hay entre trabajo y ocio?

La vida social de los hombres (incluido su tiempo libre) se ha transferido a sus mercancías. Este fetichismo oculta las verdaderas relaciones sociales que están en la base de la producción, y donde las mercancías aparentan tener una voluntad independiente de sus productores. La paradoja del cine (entendido como fenómeno social y psicológico), es que al mismo tiempo que participa del fetichismo de la mercancía, denuncia sus consecuencias, sus pesadillas.

Recordemos, que ya desde su nacimiento, el 28 de diciembre de 1895, en el Grand Café (número 14 del Boulevard des Capucines, París) el cine aparece relacionado con el trabajo. Una de las diez brevísimas películas de diecisiete metros, que conformaban los primeros programas presentados por los Hnos. Lumière fue La salida de los obreros de la fábrica Lumière.

Tampoco deberíamos olvidarnos de una marca fundamental, en cuanto a los orígenes del lenguaje cinematográfico, y es que éste es el único arte que nace como vanguardia. O sea, lo que para las otras artes es un punto de llegada, para el cine es su punto de partida. Y al mismo tiempo, el único dentro de la historia del arte, nacido directamente como producto industrial: o sea nacido mercancía, y no devenido como tal. Una “mercancía artística” que es el “condensado” de un entretenimiento de masas (asociado al uso del tiempo libre) y una “religión laica” (con sus ritos, sus salas-templos, sus actores-ídolos y especialmente sus imágenes e iconos, que funcionan para el espectador como verdaderos paraísos utópicos o infiernos terrestres.

El negocio del ocio

En tanto registro del deseo, el cine nos permite acceder al archivo de cómo las sociedades administran el deseo inconsciente de los individuos, su trabajo, y la relación con el uso del ocio. Imponiendo un modo de mirar lo real, de sentir, de pensar y de actuar. De ahí su utilización para ejemplificar, describir y reflexionar sobre ciertas problemáticas, como la que aquí nos preocupa.

Visto a través de la mirada del cine, el trabajo es impensable sin considerar otras variables que lo determinan y complementan: el tiempo, el fenómeno del ocio, y las diferencias entre las clases sociales a lo largo de la historia moderna. No es lo mismo Metrópolis (1926) de F. Lang, Para nosotros la libertad (1931) de R. Clair, o Tiempos Modernos (1936) de Charles Chaplin, verdaderos retratos de las condiciones alienantes del trabajo que la clase obrera tuvo que soportar en la época

de la gran depresión, por la “eficiencia” de la industrialización y la producción en cadena. Donde el hombre es “comido” por la máquina, y la fábrica es una cárcel de presos-operarios controlados por guardias-jefes de sección. Que films como, *Ladrón de bicicletas* (1948) de V. De Sica u otros films emblemáticos del neorrealismo italiano, donde la problemática del trabajo (mejor dicho la falta de él) en la post guerra es un tema central. En los primeros films el ocio, es impensable por exceso de trabajo, en los últimos por la falta del mismo. La lógica perversa de la sociedad de consumo –o sea la lógica del capitalismo que esclaviza a la lógica social- es descubrir y fomentar nuevos y más consumidores, crear necesidades superficiales y en la mayoría de los casos innecesarias. Y es aquí donde aparece una pregunta crucial: ¿cómo hacer advenir dentro de este vértigo impuesto y aceptado pasivamente, el tiempo necesario dedicado al trabajo y el dedicado al ocio? Esa dimensión que es más que tiempo libre, “improductivo” para el sistema, pero tan necesario para nos-otros mismos y para nuestra relación con los demás. Un tiempo dedicado al “ocio” y no al “negocio” (no-ocio). Dentro de un sistema que incluso ha creado una paradoja por demás espantosa: la de transformar también al ocio en un negocio, el llamado: “negocio del ocio”. Un producto más de la sobreestimación del trabajo, que llena de culpa al que no trabaja. En este sistema acumulativo “del siempre más”, donde la eficacia en el uso del tiempo es oro. No sólo ha transformado a los ciudadanos en verdaderos “esclavos del consumo”, sino que el ocio (el de la contemplación y reflexión crítica y necesaria) que abre nuevos horizontes de expectativas frente al “tiempo muerto” de la rutina del trabajo, y posibilita un cierto “equilibrio psíquico”, se ha devaluado en banal entretenimiento y vacía diversión al servicio del aumento indiscriminado del consumo. De esta forma el capitalismo no sólo explota el trabajo de los individuos, sino también su tiempo libre. Ambos, el trabajo y el ocio lejos de entrar en conflicto, se fusionan en provecho y defensa de un sistema cada vez más fortalecido. Tenía razón el gran poeta italiano Cesare Pavese, cuando acuñó como título de uno de sus libros la frase: *lavorare stanca*.

A propósito del trabajo entre el sufrimiento y el placer, los siguientes films podrían ilustrar esta problemática. Focalizados en el flagelo de la desocupación y sus posibles salidas: Recursos humanos (1999), El empleo del tiempo (2002) ambos de L.Cantet, sobre la vergüenza de tener trabajo a cualquier precio, o perderlo. La demoledora La Corporación (2006) de C.Gavras, en clave policial, Tocando el viento (1997) de M. Herman, o la tragicomedia The Full Monty (1997) de P. Cattaneo. En estos dos últimos es clara la elección argumental “excéntrica”. Así en lugar de realizar una lucha sindical, dentro o fuera de las estructuras gremiales, los desocupados, deciden canalizar sus fuerzas y sus broncas, “soplando los vientos” de una orquesta de pueblo. O formando un grupo de “strippers masculinos”, a pesar de sus edades y de sus cuerpos, para nada apolíneos.

El empleo del tiempo

Señalemos que quienes sufren los efectos de la intensificación del trabajo, con su aumento de carga de trabajo y padecimiento, o la degradación progresiva de las relaciones en el trabajo (arbitrariedad en las decisiones, desconfianza, individualismo, competencia desleal entre agentes, arribismo desenfrenado, etc.) tienen además grandes dificultades para reaccionar en forma colectiva. Cuando los trabajadores en situación de desempleo e injusticia originada en la exclusión intentan ejercer la huelga como modo de lucha se enfrentan a dos tipos de dificultades que, por subjetivas que sean, no dejan de tener una incidencia importante en la movilización colectiva y política: La culpa marcada por “los otros”, es decir, el efecto subjetivo del juicio de desaprobación.....y el de protestar cuando hay otros menos favorecidos, que genera una vergüenza espontánea. [1]

Asimismo, esta “era del consumo” des-socializa a las personas y al mismo tiempo los “socializa” por la lógica de las necesidades impuestas. Sin embargo, este sistema no puede ser reducido al hedonismo y a la estimulación de necesidades, éste es inseparable de la aceleración de información que está al mismo nivel que la abundancia de mercancías que circulan. La estructura dinámica del consumo de

realimentación continua, fractura al individuo de los lazos de dependencia social y acelera la asimilación al sistema, produciendo individuos des-socializados, cada vez más individualistas, al servicio del “siempre más”. Lo que implica más velocidad, más horas de trabajo para acceder a más consumo. Los signos de este círculo vicioso son muchos: aceleración en los cambios de gustos, aspiraciones y valores; ética permisiva e hipócrita, conexión sin contacto, resignación, conformismo, hiperkinesis, aislamiento, insomnio, estrés, etc., siendo el aumento de la depresión uno de los síntomas más alarmantes: según la Organización Mundial de la Salud, “se espera que los trastornos depresivos en la actualidad, responsables de la cuarta causa de muerte y discapacidad a escala mundial, ocupen el segundo lugar, después de las cardiopatías en los próximos cinco años.

A propósito, dos breves consideraciones a las representaciones de lo laboral en el cine argentino: *Mundo grúa* (1995) de P. Trapero, y *El método* (2005) de M. Piñeyro, basado en la obra de J. Galcerán *El método Grönholm*, coproducción argentino-española.

En una sociedad que a fuerza de “ley” y plomo fue dejando de lado la defensa de sus derechos laborales, para mendigar un empleo como “amuleto salvador”. El mundo del trabajo, en *Mundo grúa*, es la representación de la descomposición social de la década del 90, en plena política neoliberal del siniestro gobierno de Menem. Una mirada realista (Trapero recupera y actualiza la estética del neorrealismo italiano, incluso en el uso del blanco y negro), donde la densidad poética de lo cotidiano se suma a elementos documentales. El resultado: un cine de indagación social sobre la problemática del desempleo. El film muestra de forma inequívoca, que ya es imposible establecer una relación equilibrada y justa entre el Estado-la Sociedad Civil- y el Mercado.

Para el protagonista del film (el Rulo), un desocupado más, la realidad se ha vuelto absurda: “un mundo grúa”, “una maquinaria descompuesta”. El drama, es el de millones de desocupados de esa “década infame”.

Sin embargo, este aspecto general, no se agota sólo en la destrucción de las fuentes de trabajo, ya que el drama se desliza al fenómeno del exilio obligado dentro del

propio país. Los exiliados no necesitan irse de su país por cuestiones políticas, como ocurrió en el 70 durante la dictadura militar - y donde México, fue más que generoso en recibirlos- ; sino que son los que se quedaron sin trabajo. Todos aquellos que ya no cuentan para el sistema.

El otro film, El método, es una cruel radiografía, no sólo del orbe local, sino global del capitalismo salvaje actual. En este caso, no es un obrero desocupado que operaba una grúa, sino un aspirante joven a conseguir un alto puesto de trabajo en una empresa multinacional. Un futuro ejecutivo que competirá sin piedad, sin escrúpulos morales, contra los otros aspirantes-enemigos. El film, en realidad desnuda el perverso “proceso de selección de personal”, al cual son sometidos los aspirantes.

La tensa y conflictiva competitividad, que pasa por los miedos, angustias e inseguridades de los distintos participantes, se convertirá en un estado de paranoia generalizada. Un fiel retrato del caníbal mundo empresarial.

Ser y tiempo

Volviendo al uso del tiempo, íntimamente relacionado con el trabajo, éste condiciona el ser social así como la pertenencia a determinada clase social. Una tensión que lleva a la conclusión dialéctica que “sin ocio, la vida, es una vida sin objetivo”. El ocio surge así de la tensión (el conflicto) entre ser y tiempo. En tanto condiciona la relación con uno mismo, con el mundo y con los otros. Tanto que podemos comprender una época, una sociedad determinada, en función de la acentuación que esta tensión pone sobre tal o cual de estos aspectos. Un ejemplo de dicha tensión, la podemos encontrar en el elogiado film español Los lunes al sol (2002) de F. León de Aranoa, ambientada en Vigo, en los años posteriores a la reconversión industrial, con sus protestas masivas por los despidos. Film que demostraría también, el poder anticipatorio del arte, ya que se adelantó en diez años a la tragedia de millones de “parados”, producto de la actual crisis sistémica, que no sólo padece España, sino casi toda la comunidad europea.

Sin el trabajo, la vida diaria no se reproduciría, pero, cuando la vida sólo se reduce al trabajo, sin darle espacio al ocio, se transforma en algo penoso y alienante. Esta doble dimensión dialéctica es reconocida por R. Castel cuando se refiere al trabajo: El trabajo continúa siendo un factor de alienación, de heteronomía, incluso de explotación. Pero el trabajo asalariado moderno reposa sobre la tensión dialéctica que une estas dos dimensiones: el trabajo coacciona al trabajador y es, al mismo tiempo, la base que le permite ser reconocido [2]

Por último, dicha problemática es la que en forma magistral se muestra en el film, El empleo del tiempo (2002) del ya citado L.Cantet, un gran buceador de la subjetividad capitalista, que no deja de preguntarse qué hacemos con el tiempo. En el film, el protagonista es un ejecutivo que no ha sido capaz de decir a su familia y amigos, que hace semanas perdió su puesto. Miente, pero se sigue quejando del exceso de trabajo. Presionado por “el que dirán” se inventa uno nuevo, aunque siempre había deseado tomarse un descanso. Ahora sin empleo, y con mucho tiempo, hace un mal uso del tiempo. Que incluso lo lleva al delito. El final, nos acerca a una paradoja kafkiana: el vacío lo va comiendo, es un “animalito acorralado”, un preso que se ha quedado sin su cárcel. Porque para sus expectativas y las del sistema: el trabajo lo es todo. Y un desocupado siempre es algo más que una persona sin empleo. Es un inútil, un incapaz para producir y consumir cosas supuestamente imprescindibles.

Notas

[1] Christophe Dejours, La banalización de la injusticia social. Ed.Topía, 2006, Bs.As.

[2] Robert Castel, Las trampas de la exclusión (Trabajo y utilidad social). Ed.Topía, 2004. Bs.As.

El arte como resistencia ante el desempleo y la exclusión

Por Leonel Sicardi
leonelsicardi@elpsicoanalitico.com.ar

Introducción

Difícil olvidar la película Tocando el viento, de Mark Herman, estrenada en Julio de 1997, que trata del doloroso proceso de desempleo y exclusión concomitante, que se generaron en Inglaterra durante el gobierno de Margaret Thatcher, donde, debido a las medidas económicas, una ola de cierres de pozos mineros recorre el norte de Inglaterra.

La película pone el foco en los mineros de Grimley quienes, como proyecto agregado a su trabajo en la mina de carbón, formaron una banda de música que les da placer y orgullo, siendo un bastión de la identidad local.

Para Danny, su director, la música representa el espíritu de la comunidad, sin embargo, a medida que el problema del desempleo aumenta, al director le cuesta más esfuerzo mantener ese entusiasmo entre sus músicos.

Esta película y su contenido, cobran más sentido en este momento de desempleo en nuestro país como resultado de la política neoliberal de nuestro gobierno actual.

Escena uno: el desempleo como trauma

Comienza la película con los mineros de Grimley saliendo de trabajar en la mina, mientras se ven carteles en toda la ciudad, en contra del cierre de la misma.

La inminencia de esto, hace que se reúnan en las esquinas las esposas de los mineros para promover que todos apoyen la continuidad de la mina, fuente de trabajo de la mayoría de los habitantes de la ciudad, cuya amenaza de cierre conmociona a éstos y a sus familias, produciendo lo que podemos denominar un trauma social.

Mineros unidos, jamás serán vencidos, es el slogan que sostienen los mineros cuando desfilan por las calles, cualquier similitud con nuestra realidad no es pura coincidencia.

Laplanche y Pontalis en su Diccionario de Psicoanálisis definen la situación traumática como “un acontecimiento en la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, por la incapacidad del sujeto para responder a él adecuadamente y por el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica”. [1]

Dice René Kaës que se produce una catástrofe psíquica, cuando las modalidades habituales empleadas para tratar la negatividad inherente a la experiencia traumática se muestran insuficientes, especialmente cuando no pueden ser utilizadas por el sujeto debido a cualidades particulares de la relación entre situación traumática interna y medio ambiente. [2]

Si lo que caracteriza a una catástrofe psíquica, es esta afectación interna-externa, que produce un monto de angustia superior al que el sujeto es capaz de tolerar y procesar, requiriendo mayor energía y tiempo para su tramitación, pensemos qué produce el aumento masivo del desempleo en el contexto social, al generar la pregunta constante: ¿seré yo el próximo?

Tomando estos conceptos vemos que la pérdida de trabajo es una situación traumática que afecta un área de nuestra subjetividad, ligada a la obtención de satisfacción por el logro de resultados a partir de nuestras propias acciones, de generar metas posibles y poder proyectar un futuro.

Escena dos: la pérdida de pertenencia, de lazo social

Otra escena de la película, en sus primeros momentos, muestra a dos mujeres, esposas de mineros, que dicen: “Qué pena llegar a esto, los muchachos, Jim y

Ernie, van a dejar la banda”, la otra mujer lo pone en duda y la primera agrega: “Si, hoy es el último ensayo, si cierra la mina, cierra la banda”.

Luego se ve a esos dos mineros que van con sus instrumentos al ensayo de la banda, diciéndose uno al otro: “Hoy le avisamos a Danny- el director-, que no vamos a seguir en la banda, dada la situación laboral que vivimos, no podemos aportar ni un centavo para el pozo común de la banda, vamos a apretarnos los cinturones”.

El hecho de avisarle a Danny que dejan la banda, que podría parecer trivial, los hace reconocer que, con casi 60 años y muchos años de trabajo en la mina, cuando creían que no tenían miedo de nada, el hecho de decirle al director que dejan la banda “los caga de miedo”.

Si la pertenencia a un espacio laboral, crea lazos, los mismos se pierden con el desempleo y vemos que la mina-banda, o la mina y la banda, ambas conectadas en lo real y en lo simbólico, son espacios de lazo social donde en el vínculo con otros se desarrolla la vida, en lo productivo y creativo.

Pensando en nuestro socio-histórico actual, vemos que si una política económica, produce en cien días 100.000 desempleados, llegando hoy a 200.000 entre el sector público y el sector privado, el efecto socio comunitario y vincular, por la pérdida de lugar de pertenencia, lazo social y autoestima, es catastrófico.

Por lo tanto, esta situación traumática o catástrofe psíquica, resulta en depresión, lesión en la autoestima y una actitud de aislamiento que lleva a: “si no sirvo, si una política económica me aparta, me corta parte de mis lazos sociales, lo internalizo y me aparto, corto lazos, encarnando la invisibilización que el desempleo me produjo”.

Escena tres: la amenaza subjetiva, identitaria

En otra escena, varios están por salir de sus viviendas para el ensayo de la banda, dándose situaciones muy tensas en cada uno de los casos y en cada una de las familias de los mineros-músicos.

Así, vemos que al irse uno de ellos de su casa, su mujer, con sus niños alrededor le dice: “No vamos a tener para comer, tenemos cuatro hijos y una hipoteca”, y le sugiere que acepte la indemnización que les ofrecen. Él le responde que no es lo

que él y la mayoría de los mineros quieren. Y agrega: “No queremos que cierren la mina, por eso no negociamos”. Acto seguido, al agarrar su trombón para ir al ensayo, la mujer insiste, con tono irónico: “Y ahora te vas a tu banda de música”, no obstante, él sale igualmente, mientras ella le tira con un plato. Agresión que podemos suponer se debe a la sensación de angustia e impotencia que culmina con la separación de este matrimonio.

La amenaza subjetiva identitaria, que afecta también lo vincular, consiste en que el sujeto desempleado siente que deja de ser quien era, pierde su vivencia de ser valioso, tiene una fuerte herida en su autoestima, tiene un duelo en un área central de su vida, la que lo hace sentirse útil, productivo, con capacidad de investir libidinalmente su trabajo, al realizar lo que se denomina proceso de sublimación.

Dice un desempleado, producto de la crisis argentina del 2001: “Soy ex todo, ni siquiera sé si sé lo que antes sabía...la realidad es que uno se siente inútil...siento que no pertenezco al sistema productivo” (3). Quienes lo entrevistaron agregan que, frases como ésta dan cuenta de cómo la fragilidad y la desorganización social han implicado a los sujetos de un modo intempestivo, reinstalando para ellos la sensación de desamparo y por consecuencia el efecto de siniestro en la psique de cada uno.

Escena cuatro: la exclusión

“Sin trabajo no hay banda, ni hay nada” dicen en algún momento algunos de los personajes y, a una imagen de la banda que continúa ensayando, se superponen, intercalan imágenes de las negociaciones de empresarios con delegados de los trabajadores, que presionan para cerrar la mina y para que los mineros acepten las indemnizaciones que les ofrecen y nada más.

Los que discuten para cerrarla, se muestran con sus trajes impecables, ellos no bajan a la mina, ellos no se ensucian, no trabajan en el fango como los mineros, no reciben la contaminación que produce el carbón o los riesgos, como sucedió con

tres mineros jóvenes que murieron en esos meses en un accidente en la mina de un pueblo cercano.

Pero la banda sigue ensayando y se prepara para una exhibición de bandas en un pueblo cercano que se va a dar ese mismo fin de semana.

La amenaza de exclusión es la verdadera música de fondo ya que todos tocan pensando que es probable que sea la última vez ya que, si no hay mina, no hay banda de música.

Robert Castel [4] menciona tres estadios en el proceso que va desde una situación laboral estable a la situación de exclusión: primero la zona de integración con estabilidad laboral, luego la zona de vulnerabilidad caracterizada por precariedad laboral y fragilidad relacional y finalmente la zona de exclusión con desempleo e inempleabilidad, pérdida de relaciones sociales y familiares aislamiento social y falta de perspectivas que pueden llevar a la violencia.

Una política neoliberal como la actual de nuestro país, favorece a los que más tienen, produce desempleo, precarización laboral y exclusión, dado que abre la importación, no fomenta la producción nacional ni la generación de trabajo.

Ya lo vivimos en los años 90, las fábricas cerraban, los pequeños y medianos empresarios se fundieron, no pudieron competir con lo importado, por ser más económico ya que no tiene gastos de producción.

Si bien la ola de despidos se inició en el sector público, se propagó como reguero de pólvora al sector privado, duplicando en este momento los despidos y suspensiones del sector privado a los del público. A esto se suman los trabajadores precarizados, llegando a haber once millones de personas con problemas de empleo [5], en estos primeros meses de gobierno. Esto produce un arrasamiento catastrófico en varios niveles: el socio-comunitario, el subjetivo y el vincular.

Personalmente me afecta y me llama la atención el ensañamiento con que fueron destruidos todos los proyectos y avances científicos, tecnológicos, en derechos humanos, en conquistas sociales, educación y cultura, sólo por el hecho de ser del gobierno anterior.

Ese desmantelamiento de los diferentes proyectos “populistas”, muestra la hilacha de la ideología neoliberal, que no comulga con la propuesta de dar beneficios a los más vulnerables y desprotegidos, no acuerda con las políticas de derechos humanos ya que habla de guerra sucia y de que no importa si son 30.000 los desaparecidos o no. Toda una vuelta a una Argentina retrógrada, fascista, medieval, que increíblemente, se está re-instalando.

Escena cinco: la resistencia

Si bien es una escena de mitad de la película, la situación es la siguiente: empieza el ensayo de la banda y todos tocan muy mal, por lo que el director les recrimina. Le contestan justificándose con lo que está pasando, y él les dice que la banda debe seguir, que la música es la música y que ha seguido existiendo más allá de las guerras mundiales y de las diferentes catástrofes que tuvo la humanidad.

Acto seguido comienzan a tocar el concierto de Aranjuez, a la vez que una trompetista se incorpora y, aunque no le dan mucho crédito por ser única mujer en una orquesta de hombres, toca magníficamente, estimulando al grupo, que logra uno de sus mejores momentos como banda.

La escena muestra lo que puede hacer un equipo cuando recupera su dignidad, sintiéndose cuidado, respetado y en el que se valora el aporte de cada quien, como puede suceder en un equipo de trabajo con un líder o autoridad que los valore.

Por un momento se cuele una chispa de esperanza en este grupo en el que predomina la vivencia de desamparo y el desánimo de no tener un proyecto de vida digno por delante, luego de que en ese pueblo todos trabajaron en la mina de carbón desde hace más de cien años.

Alentados por el director y por esa chispa de esperanza, deciden no bajar los brazos y resuelven ir a Londres a un concurso de bandas y con eso se juegan el todo por el todo y, como dice en un momento uno de los protagonistas, tiene algo de esperanza, pero sobre todo de principios.

En diferentes momentos hay situaciones por demás conmovedoras, de alianzas y traiciones, como el desconsuelo de todos cuando luego de un concierto vuelven a Grimley y se enteran del resultado de la votación acerca de si aceptan la indemnización ofrecida o no, ya que ha ganado por un amplio margen -¿el margen de la impotencia y la desesperación?- el aceptar la indemnización y, por ende, el cierre de la mina, en lugar de su rechazo y su pelea por su continuidad.

Perdieron en la votación, pero les queda la banda y, como rescate final, deciden ir a Londres, al Albert Hall, a concursar por un premio importante. Ganan en ese concurso y el discurso del director es demoledor dado que es un grito de rabia, diciendo que el gobierno destruye sus industrias, sus comunidades, sus vidas, sus hogares, sus esperanzas y que las personas importan más, aún más que la música misma, porque muchas perdieron la voluntad de luchar, de vivir, de respirar y que eso no es justo porque surge de una política neoliberal que arrasa subjetividades en miras al beneficio económico de algunos pocos.

Elaborar traumas en un contexto ya traumático es muy dificultoso e impide al sujeto registrar sus posibilidades de elaboración y resignificación, por eso el agrupamiento constituye para los sujetos un recurso de apuntalamiento, de defensa y de refuerzo narcisista compartido [6].

Adhiero a esta banda que toca, para recuperar su dignidad perdida y como un punto de resistencia frente a la embestida neoliberal. ¡Soy un músico más!

Bibliografía

[1] Laplanche J., Pontalis, J.B. Diccionario de psicoanálisis, Editorial labor S.A. Barcelona 1971.

[2] Kaes R., Catástrofe psíquica, artículo de Página 12 del 30 de Marzo de 2006. Citado en artículo de El Psicoanalítico Número 25, Abril 2016, “La insoportable levedad del neoliberalismo. Desempleo y subjetividad” L. Sicardi.

<http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num25/subjetividad-sicardi-la-insoportable-levedad-del-neoliberalismo.php>

[3] y [6] Gomel S. y Matus S., “Del sufrimiento vincular a la construcción de ilusión” del libro Parejas y familias. Psicoanálisis, vínculos, subjetividad, Gaspari R. y Waisbrot D., compiladores, Psicolibro ediciones, Buenos Aires 2011.

[4] Castel R., La dinámica de los procesos de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión. El Espacio Institucional. Lugar editorial, Bs. As. 1991.

[5] Universidad Católica Argentina, Observatorio de la Deuda Social Argentina, “Duro informe de la UCA por problemas de empleo” diario La nación, 24 de Mayo de 2016. <http://www.lanacion.com.ar/1901877-duro-informe-de-la-uca-por-problemas-de-empleo>

AUTORES

Maurice Blanchot

Maurice Blanchot

Datos biográficos y bibliografía

Por Héctor J. Freire

hectorfreire@elpsicoanalitico.com.ar

“Era el Hegel de la Literatura Francesa”

Michel Foucault

Nació en Quain, cerca de Devrouze, Saona y Loira, el 22 de septiembre de 1907. Falleció a los 95 años, en Le Mesnil-Saint-Denis, Yvelines, el 20 de febrero de 2003. Fue un escritor, crítico literario e intelectual francés.

Estudió filosofía en la Universidad de Estrasburgo y trabajó amistad con Emmanuel Lévinas. Fue amigo de George Bataille, y más tarde de Jaques Derrida (quien le

dedicó un gran libro y varios textos famosos). Han escrito, sobre él, Jean-Paul Sartre y Roland Barthes, además de haber inspirado algunas ideas en Gilles Deleuze y Michel Foucault.

Habiendo pertenecido en su juventud a las posiciones más conservadoras, acaso por su alto origen familiar, Blanchot cambió radicalmente de posición ya antes de la Segunda Guerra Mundial. Véase *La locura de la luz* sobre el punto crítico de su vida en ese momento.

Participó en numerosas revistas como crítico agudo y de enorme claridad, ya desde 1941; un tercio de las reseñas que escribió hasta 1944 se recogieron en *Falsos pasos*. Tras su muerte, se recuperaron los restantes en *Chroniques littéraires* (2007), grueso volumen del cual sólo media docena de ellas se habían dado a la luz en congresos, entre 1999 y 2003. Su lectura supone un modo inmediato de entrar en su mundo expresivo.

Sus relatos literarios son mucho más abstractos y evasivos: *Thomas l'Obscur* (1941), *L'Arrêt de mort* (1948), *Aminadab* (1942) y *Le Très-Haut* (1949), en alguno de los cuales, así el tercero de ellos, se trasparenta el eco de Kafka. Por cierto que, tardíamente, en 1981, reunirá todos los escritos dispersos sobre el escritor checo: *De Kafka a Kafka*, pues, como dijo, lo que Kafka nos da, don que no recibimos, es una suerte de combate de la literatura por la literatura, combate cuya finalidad se nos escapa y que al mismo tiempo es tan familiar como extraño.

Blanchot se recluyó radicalmente hasta su muerte, si bien escribió sobre mayo del 68 y sobre los acontecimientos de la Francia contemporánea con pasión y equilibrio, logrando la admiración y la amistad de los mejores escritores y ensayistas de la segunda mitad del siglo XX. En *Los intelectuales en cuestión*, al final de su vida, hizo un balance de muchos acontecimientos de su centuria, y destacó la ambigua y difícil posición de los intelectuales.

Los libros de Blanchot se dividen en tres géneros: obra crítica, obra de ficción y escritura fragmentaria, esta última está formada sólo por dos obras mayores: *Le pas au-delà*, aparecido en 1973, y *L'écriture du désastre*, aparecido en 1980.

La obra crítica comprende *Faux pas*, *La part du feu*, *L'espace littéraire*, *Le livre à venir*, *L'entretien infini*, *L'amitié*.

En la obra de ficción cabe distinguir dos épocas, la de las grandes novelas y, a continuación, la de los 'relatos'. Esta última distinción —entre novelas y relatos— no es meramente retórica, pues para Blanchot es fundamental, por su propio acercamiento al material literario, de hecho, en la segunda época pesa más su experiencia vital, que su pasado remoto como escritor.

Obras

Narrativa

"*Thomas l'Obscur*", 1941. "*Thomas el oscuro*", Editorial Pre-Textos|Pre-Textos] 2002.

"*L'Arrêt de mort*", 1948. "*La sentencia de muerte*", Pre-Textos, 2002.

"*Aminadab*", 1942. Alfaguara, 1979.

"*Le Très-Haut*", 1949. "*El altísimo*".

"*La folie du jour*", 1973. "*La locura de la luz*", Tecnos, 2007.

"*Le Pas au-delà*", 1973 "*El paso (no) más allá*", Paidós, 1994.

"*L'Instant de ma mort*", 1994. "*El instante de mi muerte*", Tecnos, 2007.

Crítica y teoría

"*Faux pas*", 1943. "*Falsos pasos*" Pre-Textos|Pre-Textos, 1977.

"La Part du feu", 1949. "La parte del fuego", Arena, 2007.
"L'Espace littéraire", 1955. "El espacio literario", Paidós, 2004.
"Le dernier homme". "El último hombre", Arena, 2001.
"L'Amitié". "La amistad", Trotta, 2007.
"L'Entretien infini", 1969. "La conversación infinita", Arena, 2008
"L'Écriture du désastre", 1980. "La escritura del desastre", FCE 1981
"De Kafka a Kafka", FCE, 1991, or, 1981.
"Lautrémont y Sade", FCE, 1990, or, 1963.
"Michel Foucault, tal y como lo imagino", Pre-Textos|Pre-Textos 1992.
"Le Livre à venir", 1959. "El libro por venir", Trotta, 2005.
"La comunidad inconfesable", Arena, 2002.
"Los intelectuales en cuestión", Tecnos, 2003,
"Chroniques littéraires, du 'Journal des Débats', 1941-1944", Gallimard, 2007.
"Escritos políticos (1958-1993)". Acurela Libros & A. Machado, 2010.

Hacia una racionalidad sustractiva o los límites ontológicos del pensar en las sombras

Por Julián Fava y Luciana Tixi

fava.julian@gmail.com

lucianatixi@fibertel.com.ar

La obra de Blanchot resulta difícil de clasificar. No sólo porque ella está heterogéneamente compuesta por textos de ficción, de crítica literaria, ensayos filosóficos, o textos fragmentarios que se sustraen a cualquier clasificación, sino también por el discurso mismo que ella comporta. Las fórmulas paradójicas, los conceptos que escapan a la aprehensión, que no se dejan comprender, desestabilizando la razón y el pensar sistemáticos, abundan en sus textos. Sin

embargo, podemos inscribir la obra de Blanchot dentro de un contexto filosófico o, por lo menos, de contestación o cuestionamiento de la filosofía.

En El diálogo inconcluso dice Blanchot que la filosofía es conocimiento de lo conocido, relación con lo incógnito. Esta relación tradicionalmente se ha traducido en una apropiación del objeto por parte del sujeto, en una reducción de lo Otro a lo mismo. Ya sea la confusión extática, la participación mística, la apropiación o la comprensión, todos estos modos de relación implican un traer a la luz lo oscuro de las sombras. La filosofía ha tendido a reducir el pensamiento a la razón, cuya función es la representación. La razón opera delimitando el sentido, su lenguaje es siempre significativo. Sólo si se circunscribe y se acota el sentido se puede conocer, sólo así se accede a la verdad, que es absoluta. Si desde la antigüedad la filosofía ha trabajado para la claridad, es quizás en la modernidad que ella asume con más fuerza su gesto de apropiación violenta: todo debe ser plausible de ser 'representado' por el sujeto. El hombre, portador de la razón, tiene el poder de 'comprender' todo, de aprehender la verdad, aprehensión que reside en la reducción de lo desconocido a lo mismo, a lo familiar, en la reducción de la diversidad a lo Uno.

Frente a estos modos de relación que implican una apropiación de lo extraño, una asimilación a lo conocido, la propuesta blanchotiana parece ser la de dar lugar a una relación que permitiera "la experiencia de lo oscuro donde lo oscuro se diera dentro de su oscuridad" [1]. Blanchot se pregunta cuál sería "el pensamiento que no se dejaría pensar como poder y comprensión apropiadora para terminar afirmando que 'la imposibilidad era la pasión del Exterior en sí'" [2]. Este pensamiento, respondemos –sabiendo que toda respuesta no debe nunca ser terminante, más bien siempre abre el espacio para un preguntar más amplio- es el que autoriza la escritura. Ésta, en tanto dedicada a sí misma, señala una forma anónima de estar en relación que subvierte las certezas y verdades del pensamiento, poniendo en cuestión la pretendida homogeneidad de la racionalidad (moderna).

La filosofía, dice Blanchot, es una manera de interrogar que no permite que haya respuesta a todo. En la medida en que ésta se piensa como un modo de expresión que se opone a toda habla cierta, a toda verdad sustancial, a toda habla fundada, en definitiva, en una relación de poder, la filosofía coincide con la poesía y la literatura. De hecho ellas salen en su ayuda cuando, por el lenguaje que les es propio, dejan presentir un modo de relación con lo ajeno: “¿Cómo podría él [el pensamiento] tener nunca relación con lo que le sería definitivamente ajeno? Esa relación, en la no relación, sin embargo existe. Nos lo hace presentir el lenguaje del arte. De eso con lo que no tenemos relación hay habla. Lo que no podemos expresar, he ahí lo que se afirma. El tajo de la afirmación es el habla poética. La poesía es afirmación de lo que no puede expresarse, pura afirmación que precede a su sentido (...) La poesía es encuentro, en el lenguaje, de lo que es ajeno...” [3]

De allí el vínculo que Blanchot establece entre filosofía y literatura, o escritura: para salir de la racionalidad que tiende a apropiarse de lo desconocido, a someterse al dominio de lo mismo, a unificar la diversidad según un sistema de valores, es necesario que el pensamiento se abisme en la falta de centro, en el exterior hacia el que impulsa la escritura.

Asociado a la literatura, el pensamiento no es pretensión de alcanzar un centro que lo sostuviera. El pensamiento es su experiencia, pero no se trata de alcanzar su punto central, puesto que éste no puede encontrarse nunca, así como tampoco se lo puede aislar a través de imágenes o conceptos ingeniosos. Más bien la experiencia del pensamiento se asimila al movimiento errático por el que se busca la unidad, pero que al mismo tiempo revela su imposibilidad.

La literatura, tal como es entendida por Blanchot, está asociada a un uso del lenguaje que no obedece al orden de la significatividad, más bien responde al orden de lo que el habla cotidiana, significativa, tiende a ocultar: el movimiento infinito del decir. Este uso del lenguaje, como fuerza anónima, como murmullo impersonal, también parece impregnar la obra del mismo Blanchot. De hecho, en ella abundan

las fórmulas paradójicas que, rebasando la significación, arrojan al lector a un espacio donde reina la inestabilidad, donde parece imposible asirse a un centro que cumpliendo el rol de sentido primordial permitiese 'comprender' definitivamente lo que se dice. El lector de Blanchot experimenta la desazón de quedar arrojado al movimiento infinito del decir, a la relación infinita con lo desconocido.

Por detrás de semejante forma de comprender la filosofía lo que hay es una recusación de la ontología. Un pensamiento que no se aferra a nada más que al errar interminable que define su movimiento, lo que niega es la existencia de alguna verdad fundamental que le diera autoridad para afirmar un orden en su nombre. De allí que el discurso filosófico sea "sin derecho": su ilegitimidad proviene de que lo que allí en definitiva se presenta, es lo que se sustrae al dominio de la verdad, lo que no se subsume bajo los conceptos del filósofo. En "El 'discurso filosófico' ", dice Blanchot, el filósofo es "hombre de una doble habla": por un lado, está lo que dice, lo que prolonga el discurso, "pero detrás de lo que dice, hay algo que le retira la palabra, ese dis-curso precisamente sin derecho..." [4]. Este habla de ruptura, que subtiende el habla significativa del filósofo, es la más trasgresora, la más "cercana al Afuera intransgredible", que revela su falta de fundamento, de garantías, y en última instancia su insolencia. De allí que el filósofo deba ir más allá del habla y tenerla en suspenso, y por este gesto mismo arriesgarse al abismo: "hacer sitio a esta habla distinta, habla aterradora (...) habla que en cualquier caso no nos hace la vida fácil y con la cual no se puede quizás vivir".

Esta habla que el filósofo debe mantener en suspenso, se relaciona con la escritura. "Hablar no es ver" dice Blanchot en El Diálogo inconcluso, haciendo referencia a la relación que abre el habla, que no es una relación inmediata, una relación de luz, sino más bien una relación de corte. La tradición occidental se ha sometido, en su aproximación a las cosas, a una exigencia óptica. "Ver es captar inmediatamente a distancia...y por la distancia...En este sentido, también, ver es hacer la experiencia de lo continuo, y celebrar el sol, es decir, más allá del sol: lo Uno." [5]

El habla, en cambio, cuando está asociada a la escritura plantea otro tipo de relación, que no sería el de la velación-revelación, sino el de la fascinación. Este habla es habla del desvío, ella arroja fuera del espacio de lo visible-invisible, 'corta' toda significación, para dejar que surja fuera del lenguaje el movimiento de la escritura bajo el atractivo del Afuera. La escritura, en su opacidad, muestra el exterior. En ella se muestra lo que se disimula: la disimulación misma. Así comprendida el movimiento de la escritura no busca un origen, ni un metalenguaje, que permitirían dar anclaje y sentido a lo que a través de ella se muestra. Así, el pensamiento marcado por la escritura se aleja de la hermenéutica y también de las filosofías estructuralistas y del lenguaje. Se trata más bien de un pensamiento que se da como movimiento errático que resiste a cualquier principio unificador.

El filósofo, el hombre de búsqueda, queda así atrapado en dos planos de la palabra: el del interior al significado y el del exterior de la comunicación [6]. Así, Blanchot distingue cuatro posibilidades formales que encuentra el filósofo, según las relaciones de significación que tomen las palabras en su discurso: enseñar, ser hombre de ciencia, ser hombre de praxis, esto es asociar su búsqueda a una afirmación política, o bien escribir. Ahora bien, dice Blanchot que en el discurso del filósofo la comunicación se interrumpe en la medida en que lo que él porta se sustrae al concepto. De allí que la comunicación quede distorsionada y el alumno o lector sean imbricados en un diálogo inconcluso, a la espera de un saber que no termina nunca de llegar. La relación de infinitud propia de la filosofía, ha quedado disimulada detrás de la institucionalización de la relación maestro-discípulo, que ha constituido un universo de conceptos objetivables, limitando la comunicación. La relación de infinitud sobre la que insiste Blanchot impide, en cambio, que la comunicación llegue a puerto; ella hace que la conversación sea interminable. En este sentido es que la filosofía se encamina hacia una unidad que no termina nunca de alcanzar, no sólo porque el sentido, inexpresable, se disperse sin condición, sino también porque falta un orden regulativo que permitiera suponer una instancia unificadora de sentido. Es el hombre que escribe quien mejor revela la relación de infinitud. De allí que la filosofía quede ligada al texto literario. Dice Blanchot en "El 'discurso filosófico' ",

que la filosofía exige el borrado de quien la sostiene, o al menos un cambio en la posición del sujeto filosófico. El filósofo resulta así cercano a la figura del escritor, en tanto ellos “no pueden ser nombrados”.

La escritura, tal como es pensada por Blanchot, es esta experiencia por la que, más que afirmarse, se yerra en torno a un centro inalcanzable, siempre en desplazamiento. Quien escribe se entrega negligentemente a la fuerza anónima de la escritura: el escritor desaparece como sujeto, o mejor, deviene sujeto de la escritura, resultado del texto. La escritura, en este sentido es exilio: ella se vincula con la errancia y con la ‘pasión del exterior’, por la que, más que recogimiento, lo que hay es dispersión.

En este sentido, la escritura no autoriza una lectura hermenéutica que pusiera en relación lo escrito con un sujeto previo que a través de la escritura se expresara. Más bien, ella implica la construcción de un sujeto en la textualidad misma: de allí que la escritura quede vinculada a la biografía. Si el escritor, en tanto sujeto, es efecto de la escritura, la biografía será el movimiento de esta construcción; movimiento marcado por la desapropiación y el abandono del sujeto (en su acepción moderna). La experiencia de la escritura es la de un pasaje (o una transformación) del yo al ‘él’, al impersonal, de una pérdida de sí, para dejar que hable el lenguaje que porta la ausencia, la muerte. Por la escritura la identidad se disipa, dando lugar a lo ajeno. La escritura destituye justamente de toda pretensión de un lenguaje auténtico, abriendo así un espacio, el espacio literario, donde el lenguaje rompe con la significatividad y se acerca al silencio, se transforma en un lenguaje que ya no dice propiamente nada, sólo se queda en el movimiento interminable del decir. Dice Lévinas comentando a Blanchot que escribir es “cortar el lazo que une la palabra a mí mismo”, es “hacer eco de lo que no puede cesar de hablar”. [7]

Bajo esta concepción de la escritura, y del pensamiento relacionado con ella, lo que hay es una concepción del ser como lo impensable, como lo extraño que resiste a cualquier reducción. En este sentido, el planteo blanchotiano es cercano a la idea

heideggeriana del acontecimiento como aquello que escapa a la razón representativa que ordena y clasifica lo real. En efecto, Blanchot se acerca a Heidegger respecto de la crítica de la reducción del decir a la ratio. Pero inmediatamente se aleja: si bien el ser no es asimilado por Heidegger a una realidad trascendental en relación a la cual la verdad y el lenguaje tendrían valor representativo, sin embargo queda asociado a la idea de estancia. Para Blanchot en cambio, más que estancia, el ser es errancia, es dispersión, y esto es lo que pone de manifiesto la literatura, donde el lenguaje, retirado del mundo, más allá de toda significación y de toda utilidad, se muestra como el murmullo interminable. Esta errancia es también la que atraviesa a quien se someta a la experiencia de la escritura. Quien escribe se condena al exilio, es retirado del mundo. En este sentido la escritura queda vinculada a la noción batailleana de gasto: lejos de las prácticas del mundo profano, del mundo del trabajo, donde cada individualidad se mantiene idéntica a condición de conservarse en sus límites, la experiencia escrituraria, como la risa, el erotismo y la muerte, pone a la singularidad fuera de sí, la expone al afuera inaprensible, haciéndola coincidir con “el reino milagroso del no-saber”. Escribir implica exponerse al afuera, dispersarse en cuanto identidad, perderse dando lugar a la fuerza neutra del lenguaje, que no es otra cosa que lo más extraño.

La propuesta blanchotiana, donde resuenan por un lado los ecos de Ereignis heideggeriano, y por otro, el gesto batailleano que se juega entre la utilidad y el gasto, entre lo profano y lo sagrado, presenta el pensamiento ligado a una práctica que lo lleva a sus límites. La escritura habilita un modo de pensar extraño al pensamiento representativo, extraño también a cualquier forma de totalización y homogeneización, un modo de pensar, en fin que aspira a ser una de las formas que la resistencia asume frente a los modos de sujeción en los que se inscribe la existencia.

Notas

- [1] Blanchot, Maurice. El diálogo inconcluso, Monte Ávila editores, Caracas, 1974. p 98.
- [2] Idem, p. 100
- [3] Idem
- [4] Blanchot, Maurice. “El ‘discurso filosófico’”, en Archipiélago, nº 49, noviembre-diciembre 2001, p. 88-92
- [5] Idem, p. 65.
- [6] Ver Avilés, Juan Gregorio. “Disrupciones en el discurso filosófico: el espacio literario” en Revista Anthropos, nº 192-193, julio-diciembre 2001, p. 78-83
- [7] Lévinas, Emmanuel. Sobre Maurice Blanchot, Editorial Trotta, España, 2000. p. 36.

La ausencia del libro (*)
(Fragmentos del libro de Maurice Blanchot)

Selección Héctor J. Freire
hectorfreire@elpsicoanalitico.com.ar

Tratemos de interrogarnos, vale decir plantearnos como pregunta aquello que no puede llegar hasta el cuestionamiento.

1-“Este juego insensato de escribir”. Mediante estas palabras, simples, Mallarmé abre la escritura a la escritura. Palabras muy simples, pero también palabras que exigirán mucho tiempo –diversas experiencias, el trabajo del mundo, innumerables malentendidos, obras perdidas y dispersas, el movimiento del saber, el giro, finalmente, de una crisis infinita- para que se comience a comprender la decisión que se prepara a partir de este fin de la escritura que anuncia su advenimiento.

2- Leemos, en apariencia, porque el escrito está allí, ordenándose bajo nuestra mirada. Sólo en apariencia. Pero quién escribió por primera vez, grabando bajo los

antiguos cielos la piedra y la madera, lejos de responder a la exigencia de una visión que reclamase un punto de referencia y le diese un sentido, cambió todas las relaciones entre ver y visible. Lo que dejaba detrás no era algo más agregándose a las cosas; tampoco era algo menos – una substracción de materia, un hueco en relación a un relieve-. ¿Qué era entonces? Un vacío de universo: nada visible, nada invisible. Supongo que en esta ausencia no ausente el primer lector zozobró, pero sin saberlo, y no hubo segundo lector, porque la lectura, entendida a partir de entonces como visión de una presencia inmediatamente visible, vale decir inteligible, fue afirmada precisamente para hacer imposible esta desaparición en la ausencia de libro.

3- La cultura está ligada al libro. El libro, como depósito y receptáculo del saber, se identifica con el saber. El libro no es sólo el libro de las bibliotecas, ese laberinto donde se enrollan en volúmenes todas las combinaciones de las formas, de las palabras y las letras. El libro es el Libro. Para leer, para escribir, siempre ya escrito, siempre ya transitado por la lectura, el libro constituye la condición para toda posibilidad de lectura y escritura.

4- La ausencia de libro anula toda continuidad de presencia, escapa a la interrogación que contiene el libro. No es la interioridad del libro ni su Sentido siempre eludido. Siempre está fuera de él y sin embargo contenida en él, es menos su exterior que la referencia a un afuera que no le concierne.

5- Escribir se relaciona con la ausencia de obra, pero se inviste en la Obra bajo la forma de libro. La locura de escribir –el juego insensato- es la relación de escritura, relación que no se establece entre la escritura y la producción del libro, sino, mediante la producción del libro, entre escribir y la ausencia de obra. Escribir es producir la ausencia de obra (la desconstrucción de la obra). Puede también decirse que escribir es la ausencia de obra tal como ella se produce a través de la obra y atravesándola. Escribir como desconstrucción de la obra (en el sentido activo de esta palabra) es el juego insensato, el azar entre razón y sinrazón.

6- tratemos de comprender mejor la relación del libro con la ausencia de libro.

a) El libro desempeña un papel dialéctico. En cierta medida existe para que se realice no sólo la dialéctica del discurso sino el discurso como dialéctica. El libro es el trabajo del lenguaje sobre sí mismo: como si fuese necesario el libro para que el lenguaje adquiriera conciencia del lenguaje, se capte y acabe mediante su inacabamiento.

b) No obstante, el libro que se ha convertido en obra es simultáneamente más libro que los otros y está ya fuera del libro, fuera de su categoría y fuera de su dialéctica. Más libro: un libro de ciencia casi no existe como libro, volumen desarrollado; la obra, al contrario exige una singularidad: única, irremplazable, es casi una persona.

7- Escribir no tiene su fin en el libro o en la obra. Al escribir la obra estamos en la atracción de la ausencia de obra. Al faltar necesariamente la obra no estamos, por lo mismo, por ese defecto, bajo la necesidad de la ausencia de obra.

8- El libro, astucia por medio de la cual la energía de escribir que se apoya sobre el discurso y se deja llevar por su inmensa continuidad para separarse de él, en el límite, es también la astucia del discurso que restituye a la cultura esta mutación que la amenaza, y la obra a la ausencia de libro. O aún, trabajo mediante el cual la escritura, al modificar los datos de la cultura, de la "experiencia", del saber, es decir del discurso procura otro producto que constituirá una nueva modalidad del discurso en su conjunto y se integrará a él pretendiendo, al mismo tiempo, desintegrarlo.

Ausencia de libro: lector, querrías ser autor, sin embargo sólo eres el lector plural de la Obra.

9- El libro (la civilización del libro) afirma: hay una memoria que trasmite, hay un sistema de relaciones que ordena; el tiempo se anuda en el libro, donde, aún el vacío, pertenece a una estructura... ¿Qué es aquello que invita a escribir cuando el tiempo del libro, determinado por la relación comienzo-fin y el espacio del libro,

determinado por el despliegue a partir de un centro, dejan de imponerse? La atracción de la (pura) exterioridad.

10- Mediante el libro la inquietud de escribir –la energía- busca descansar en la complacencia de la obra (ergon), pero desde el comienzo la ausencia de obra siempre la llama a responder, al regreso del afuera, allí donde lo que se afirma no encuentra su medida en una relación de unidad.

La ausencia de libro: la deteriorización anterior del libro, su juego de disidencia en relación al espacio donde se escribe; el morir previo del libro. Escribir, la relación con lo otro de todo libro, con aquello que en el libro sería exigencia escrituraria fuera del discurso, fuera del lenguaje. Escribir con el límite del libro, fuera del libro.

¿Por qué, entonces, firmamos los libros? Por modestia, para decir: estos no son aún sino libros, indiferentes a la firma.

La “ausencia del libro”; quien lo escribe provoca algo así como advenir que nunca adviene de la escritura, no constituye un concepto, así como tampoco la palabra “afuera” o la palabra “fragmento” o la palabra “neutro”, pero ayuda a conceptualizar la palabra “libro”.

[*] La ausencia del libro, Maurice Blanchot. Ediciones Caldén, Bs. As. 1973. L'absence du livre apareció en la revista L'Éphémère, N° 10, París, y fue traducido por Alberto Drazul.

HUMOR

Videos en Youtube

**Monty Python
Entrevista de trabajo**

<https://youtu.be/uYoFONUbvGg>

**Monty Python
Asesor de orientación vocacional**

<https://youtu.be/jcZs9hqV4-o>

**Monty Python
Psiquiatra**

<https://youtu.be/RMCN7W63FJQ>

**Darío Fo
Mistero Buffo**

<https://youtu.be/P53Jdq5-r08>

EROTISMO

Curiosidades eróticas (*)

Selección Héctor J. Freire

hectorfreire@elpsicoanalitico.com.ar

Afrodisíacos

Hay uno que no pertenece al reino vegetal, sino animal, pero que es el más conocido y de mayor reputación, aunque sea muy peligroso. Me refiero a la cantárida. La *Lytta vesicatoria*** es un coleóptero de unos quince milímetros de longitud que se encuentra comúnmente en las riberas del Mediterráneo y en Rusia. En España es común en Andalucía. Los antiguos griegos y romanos lo usaban seco y pulverizado para excitar el apetito venéreo (libido) y como abortivo. En realidad no es un afrodisíaco propiamente dicho, sino un vesicatorio. Produce una inflamación de los

órganos genitourinarios; es decir, que puede llevar a una excitación erótica, pero a costa de los riñones y el aparato digestivo, provocando a veces la muerte.

Lo que sigue sucedió en una orgía que el marqués de Sade organizó en Marsella a finales del siglo XVIII. Como el polvo de cantárida puede mezclarse fácilmente con la comida o bebida, así lo hizo él en el transcurso de una cena, rellenando con ella unos bombones de chocolate. El resultado fue, naturalmente, de una excitación erótica generalizada, pero acabó con varios muertos y muchos enfermos. Intervino la justicia y el marqués se salvó gracias a sus influencias; la dosis mortal de cantárida es de dos centigramos.

Zoofilia

Una de las primeras ejecuciones, si no la primera, que tuvo lugar en El Escorial fue la de un obrero de la construcción a quien se sorprendió haciendo el amor con una burra. Fue juzgado y quemado junto con el pobre animal, que no tenía ninguna culpa.

En Francia una muchacha fue acusada por los vecinos de que cohabitaba con un perro, y como ella lo negase repetidamente se la hizo desnudar, poner en cuatro patas y se hizo entrar a un perro grande, blanco, con manchas rojizas que, según decían, era el cómplice de su acto. Al ver a la muchacha en posición conveniente, el perro se lanzó sobre ella e intentó penetrarla, lo que fue impedido por los jueces. A la vista de esto, la muchacha confesó y fue quemada junto al perro.

Lo anterior me recuerda un caso reciente. Existe en Barcelona un local especializado en espectáculos porno y que, según dicen, es el primero en Europa en su especialidad. Se presentó un número en que dos muchachas hacían el amor con un perro. El caso fue denunciado por la Sociedad protectora de Animales, que consiguió la supresión del espectáculo y el ingreso del animal en una perrera. Por supuesto, esta Sociedad Protectora no preguntó al perro si estaba contento o no

con el papel que le hacían representar. Ignoro cómo terminó el asunto y si al final el perro fue devuelto a sus legítimas propietarias.

El “bestialismo”, frecuente en los medios rurales, hace que todos los culpables sean hombres solitarios y amargados por la soledad. En Valencia, en el siglo XVII, son generalmente franceses los culpables de este delito; así, por ejemplo, Jean Martel, criado de una viuda, o Francis Robert, marino originario de Marsella, sorprendidos ambos en compañía de una burra. Los animales son muy variados: burras, yeguas, perras y en algún caso excepcional gallinas u otros animales domésticos, como las cabras. Si los culpables eran sorprendidos, se los sometía a juicio ante un tribunal de la Inquisición, y la mayor parte de las veces condenados a la hoguera en compañía del animal.

“Sobre gustos...”

¿Sabe usted, amigo lector, en qué consistían las manías eróticas de Napoleón? Eran por demás curiosas, según se desprende de una carta que cuando el futuro emperador era general de las tropas de Italia, dirigió a su esposa Josefina, que no se había movido de París.

Dice así uno de sus párrafos: Dentro de quince días estaré en París, hasta entonces no laves tu delicioso bosquecillo.

Realmente no es precisamente un ejemplo de higiene y delicadeza olfativa.

[] Fragmentos del libro *Erotismo en la Historia*, de Carlos Fisas. Ed. Plaza Janés, Barcelona 1999.*

*[**] La *Lytta vesicatoria* (más conocida como la mosca cantárida) es la misma que aparece en la famosa escena, en la que el chino le entrega la misteriosa cajita a la*

actriz Catherine Deneuve, antes de hacer el amor, en el famoso film de Luis Buñuel Belle de Jour.

LIBROS

El trabajo del testigo

Testimonio y experiencia traumática

De Mariana Wikinski

Librería Hernández, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 24-08-16

Ed. La Cebra, Bs. As., 2016, 155 pp. (*)

Por Eduardo Müller

edumul@sinectis.com.ar

Hoy somos todos testigos. Y no de Jehová (o por lo menos no sólo). Es que muchos de nosotros hemos sido testigos de cómo Mariana trabajó y trabaja con este tema desde hace años, de cómo este libro se empezó a escribir mucho antes de que la autora se entere. En ese sentido lo mío hoy no es una simple presentación, ni una crítica textual, ni una amable invitación a la lectura. No, es tal vez todo eso, pero es básicamente un testimonio. Fui testigo de cómo las ideas se volvieron texto, y principalmente de cómo ese texto se volvió (fue difícil, les juro) un libro.

Al ser testigo y dar mi testimonio, mi voz, además de afónica, se vuelve sospechosa. Como dice Mariana: es difícil suponerle al testigo una voz esclarecida, puesto que sólo habla de sí mismo. Aunque hable de otro.

Lo que más me apasionó de este libro, no es tanto el lugar del testigo sino más bien su producción: el testimonio. Mariana hace una minuciosa y acabada genealogía del testimonio como género. Se nutre de varios autores, los hace conversar y en algún caso discute con algunos de ellos. Se apoya en Primo Levi y Semprún, claro, se nutre de Walter Benjamin, discute algo con Agamben, invita a participar a Levinas

y Derrida. Pero este es un libro de ella. Se apropia de lo que la convence, pero para hacerlo pensamiento propio.

Cuando digo que es un estudio del testimonio como género, me refiero no sólo del trabajo de construcción del mismo sino también del modo de recepción, de lectura y fundamentalmente de escucha. Es un necesario manual de instrucciones de cómo se acompaña y se escucha un testimonio. En ese punto es notable lo que el psicoanálisis le puede aportar al derecho y a la historia, es decir a la política.

Es que como la literatura enseña, todo género inventa un lector. Un modo de leerse. Tal vez el testimonio demoró en generar su propio lector. Hay algo en el género testimonio que se diferencia de otros géneros. Su necesidad imperiosa y ontológica de un lector. Un poema existe como tal y sobrevive a la ausencia de un lector, como enseñó Borges en su cuento "El milagro secreto". Otros géneros, a los que me referí en otro lado, como el diario íntimo, requiere de la ausencia de lector para existir como tal. El testimonio, en cambio es la escritura desesperada en la búsqueda de un lector. Del lector como testigo de un testigo. De alguien que escuche la transmisión de lo insoportable de vivir sin compartir. Testimoniar no es sólo tramitar una verdad, es un modo de socializarla. Lo que me pasó lo paso. Y para pasarlo lo vuelvo relato. La imposibilidad de testimoniar intoxica. El material traumático si no se trabaja con palabra y relato se vuelve un freno a la vida, al paso del tiempo. Uno queda encerrado en una escena que no deja de no terminar.

Pero no es sin costo ponerle la escucha a un testimonio. Hay algo de lo insoportable que uno se decide a soportar. Por eso cuando se dice que hay experiencias intrasmisibles e irrepresentables, muchas veces se pone la responsabilidad de esa imposibilidad sólo del lado del narrador. Se escamotea que a veces es la falta de un interlocutor el que explica esa imposibilidad. Mariana da el ejemplo de Primo Levi, liberado de Auschwitz en 1945 sintiéndose "Habitado por la urgencia de contar". Dos años después publica Si esto es un hombre; pero el libro pasa desapercibido. Recién se leerá 11 años después en una reedición. Como dice Mariana, en 1947

nadie podía escucharlo ni leerlo. El género no había construido a su lector. Esos 10 años en soledad habitado por la urgencia de contar fue como vivir en otro campo de concentración. Incomunicado. Invisible. Inaudible.

Testimoniar es obligar al que escucha a volver a testimoniar. A soportar otro trauma, menor, por supuesto al vivido por la víctima, pero que también requiere a su vez de un testimonio. Este libro de Mariana es su testimonio construido después de años de permitir que muchos traumas se vuelvan relato porque había quien lo alojara. Y somos nosotros, sus lectores, los que permitimos que ella a su vez haga circular lo que su trabajo trabajó en ella.

Si bien su texto se concentra (qué palabra!) en la voz del testigo, recordemos que sin la oreja de un prójimo esa voz desaparece.

Se podría entonces hablar de violencia de género. Un género violento que violenta al lector. Lo que violenta es presenciar la violencia. Presenciar la violencia como testigo. Escucharla, leerla es estar presente, presenciar sin intervenir.

Mariana cita a Coleridge, que requería del lector la suspensión de la incredulidad para leer poesía y novela. Ese sería el contrato de lectura de esos dos géneros. Con el testimonio el contrato de lectura se parecería más al que requiere el documental. De tomarlo como documento, en el sentido jurídico e histórico. Y el narrador del documental es siempre un testigo.

Mariana cita una aguda idea de Pilar Calveiro: la experiencia traumática es intransferible pero no es incomunicable. Como ven hay una teoría de la transferencia en juego. Como enseña el psicoanálisis hay algo que sí se transfiere en lo intransferible. A condición de soportar esa transferencia. Esa que le demoró demasiado a Primo Levi y a tantos sobrevivientes del holocausto.

Relatar, narrar, transferir, representar, comunicar, hablar, poner en palabras. Cada concepto pellizca un trozo del trabajo de la memoria.

La memoria teje. Y no se teje sin agujeros. Mariana habla de la materialidad de la memoria y el recuerdo. De inscripciones y marcas que se transforman con el tiempo, de una red que atrapa al recuerdo y lo inserta en una cadena de significación. De ese trabajo, afirma la autora, surge la narración. Me pregunto si a veces no será al revés, la narración misma la que va enredando el recuerdo a esa cadena. Si no será que la narración misma va generando recuerdos, olvidos y memoria.

En algún lugar del libro se habla de ayudar al testigo al rescate de su pasado. Lo leo en un doble sentido: rescatar el pasado perdido, o rescatarse del pasado en donde uno se perdió.

El concepto de verdad en este libro desborda y supera la simple adecuación aristotélica entre dicho y hecho. Hay hechos que tal cual están perdidos. Hay dichos que no llegarán nunca a abarcar totalmente a esos hechos. En esos agujeros, de esos agujeros, algo de la verdad emerge y repara si hay alguien que aloje, como testigo de testigos, la posibilidad de lo imposible.

En esta verdad trabajada por la ética, la política y el respeto psicoanalítico por la subjetividad, termino diciendo, animado y provocado por la lectura de este libro, que en este país sí hubo 30.000 desaparecidos. Aunque burocráticos expedientes digan otro número, el tejido de la verdad del pueblo argentino construyó un número que jamás se borrará. No se trata de contar cadáveres, sino de contar (en el sentido de narrar) vidas. Más allá de la mezquindad de contador de un efímero ministro de cultura, y más allá de la explícita y transparente verdad de alguien que dijo, que nos dijo a todos los argentinos, que sobre este tema no tenía idea. Ni idea.

¡Muchas gracias!

[*] Introducción al libro (Fragmento)

Luz en la selva
La novela familiar de Enrique Pichon Rivière

De Vicente Zito Lema

Ed. Metrópolis, Bs. As., 2015, 212 pp.

Por Mario Hernández

revistalamaza@hotmail.com

Vicente Zito Lema, autor de *Conversaciones con Enrique Pichon Rivière. Sobre el arte y la locura* (1975), realiza en esta novela una original biografía de Pichon Rivière. A partir de una escritura en primera persona nos acerca por primera vez a un Pichon Rivière desde adentro. Además, esta novela familiar incluye, al estilo de Rayuela de Julio Cortázar, una serie de notas luego de cada capítulo. Son “otras voces” que completan y complementan esta biografía con textos, diálogos inéditos de Pichon Rivière y relatos de quienes lo conocieron. El resultado permite tener una biografía novelada a la vez que un caleidoscopio de las diferentes visiones de la vida y de la obra del protagonista.

Luz en la Selva, la novela familiar de Enrique Pichon Rivière abarca desde su nacimiento en Ginebra (Suiza) y su periplo por el Chaco, Corrientes, Rosario y finaliza cuando Pichon Rivière decide viajar a Buenos Aires para estudiar medicina. Así vemos el crecimiento de un niño con su familia francesa en plena selva chaqueña nutriéndose de la naturaleza, el lenguaje y los mitos guaraníes, los poetas malditos en cuya lectura lo inicia su padre y hasta del propio Freud, a quien leerá por primera vez en un prostíbulo de provincia. Cada una de las “otras voces” permite ver cómo estas marcas que dejaron en su subjetividad se convertirán luego en la obra Pichon Rivière.

No cabe duda que los lectores se fascinarán en este viaje por la vida y la obra de Pichon Rivière.

Con este libro tenemos la enorme satisfacción de iniciar la Colección X (de novela) de nuestra Editorial Metrópolis, conjuntamente con la aparición de La madre patria de Maximiliano González Jewkes y Ojos de piedra de Silvia Graciela Domínguez.

Ceremonias y señales

Por Vicente Zito Lema

Este libro pretende lo imposible: convertirse en una ceremonia de resurrección. Bien se dice: aunque el puerto sea el infierno, lo maravilloso del alma es su viaje. De allí que una novela sobre la vida de un tercero esté escrita en primera persona. Hubo que ponerse en la piel del otro. El escritor desaparece de sí, mientras que ese otro, un personaje vivo, en plena luz de escena, aunque esté muerto y oscuro en la oscuridad de la muerte, provoca la vida.

La vida que se produce también necesita un espacio, un cuerpo.

Allí está el lector. Que para entrar en la ceremonia debe estar vivo; hablo de una potencia de vida que se expresa en los actos, y tener paciencia y pasión.

Primero, la pasión que corresponde a la muerte (una pasión triste), y de inmediato la pasión que nace de los espíritus vivos (la pasión alegre).

O sea: un lector que reconstruye la vida del otro, aquel que escribió (diría Freud, va paso a paso sobre su mecanismo de creación); haciéndose a la vez cargo, ¡vaya carga!, de la vida de quien está en lo escrito, y que ahora es mucho más que un personaje en la realidad de la muerte, en tanto marcó la vida de quien escribe (en la escritura quedan las huellas), y marca también la vida de quien lee. (Desde la lectura se alzan las huellas del amor o del desprecio...).

Escribir y leer sobre “el otro”, puede ser entonces la pretendida ceremonia de resurrección, con toda su angustia, porque se admite, como punto de partida, que

en esa angustia yace la esencia del ser, y que la poesía nombrada una y otra vez en el libro, es un diálogo con la muerte por fuera de la piedad, imposible en la resignación.

Señales: Los diálogos entre el “narrador” y el “narrado” son reales y son un sueño. Es decir que son materiales, de una manera y de otra manera sucedieron. (¡Y aquí ya no importa quien está en la vida y quien está en la muerte!).

Página tras página. El camino de la ida es el camino de la vuelta. O en el cielo se encuentra el infierno. Lo admito, la novela no fue gestada con la lógica para levantar muros, pero puede leerse así. Hay venenos dulces...

La poética, sin ella nada existe, puede reconstruirse a partir de las Rapsodias y Sonatinas (Así también la razón puede pulirse en los cristales del delirio...).

Nada aquí ocurre por sí, sin la realidad de los otros que la constituye como sí. Por ello pueden leerse inicialmente las “otras voces”, que es el espacio público, y desde ahí entrar en el corpus de la subjetividad, el relato propiamente dicho. Y aquí surgen, por lo menos, tres posibilidades: ser el narrador, ser el que es narrado, o dar un salto a través de la espiral dialéctica y construir un nuevo cuerpo (digamos un alma, “alma que tanto te han herido”, ¡oh, frágil, palito del violín!...), que legitima la tercería, el ojo que mira desde la cerradura y permite que aquello que sucedió, suceda...

Por último: ¿Por qué no guiarnos con la necesidad de la belleza, como el beato y como el poseído que con sus estrellas levantan su cielo...?

Por más último: ¿Por qué no dejarse llevar por el azar, o por el destino, o por el viento que mueve las páginas del libro...?

Post Scriptum: ¿Por dónde entraré yo en este libro, si quiero salir del libro y escribir lo que falta, escribir de la novela familiar del otro -querido Pichon-, siempre que no caiga de cabeza en el pozo de la melancolía que acecha al hombre que escribe...?

Horizontes neoliberales en la subjetividad

De Jorge Alemán

Grama Ediciones, 2016, 191 pp.

Por María Cristina Oleaga

mcoleaga@elpsicoanalitico.com.ar

Jorge Alemán -cronista, filósofo, escritor y analista de nuestra época- ubica las coordenadas del capitalismo en su versión más salvaje, la neoliberal. Lo hace partiendo de Freud y abrevando en Marx y Heidegger, iluminándolos con precisiones lacanianas así como con aportes de Foucault, Badiou, Žižek, Laclau y otros que actualizan conceptos del marxismo. Así, describe la operación del capitalismo sobre la subjetividad, operación que apunta al arrasamiento del sujeto. Diferencia, entonces, la subjetividad como construcción socio histórica -con las modalidades que va tomando a lo largo del tiempo- de la causación del sujeto, en tanto mortal, sexuado y hablante. Es a esa brecha insalvable entre subjetividad y sujeto a la que apuesta Alemán para lanzar su hipótesis esperanzada: el capitalismo -a pesar de la circularidad encerrante que provoca su discurso- no consumará el “crimen perfecto”. Habría, como hubo en otras épocas, una contingencia que favorezca la aparición de lo nuevo, que se sustraiga a la apropiación perversa del capital y el mercado. Hay en su libro una búsqueda aguda e interesantísima para cercar aquello incapturable por la devoración del sistema.

Párrafo aparte merece, en mi opinión, la intervención imprescindible que Alemán realiza sobre un sector del Psicoanálisis mismo. En efecto, recorta, en el trabajo clínico, lo necesario de una torsión que el analista debe operar sobre el sujeto que llega deprimido por no estar a la altura del imposible mandato de goce que le impone el discurso capitalista. Es un sacudón interesante para quienes resistieron admitir que la implicación subjetiva –necesaria para iniciar un análisis- no puede albergar en su interior ese punto. El sujeto es responsable de su goce, pero está -a la vez-

trabajado por un sistema que siempre lo deja en falta, en tanto lo empuja a lo imposible.

Quiero señalar también, su conceptualización de la Soledad : Común. Se refiere, así, a la cualidad de un lazo esperable entre los sujetos en el que lo común no sería ya la identificación, como en la masa, sino la invención que cada uno sostiene frente a los tres imposibles, los tres “No Hay” que señalara Lacan: “No hay relación sexual”, “No hay metalenguaje”, “No hay universal que no se sostenga de una excepción”. Alemán apuesta a ese rasgo creativo de los sujetos para dar cuerpo a las construcciones de Laclau acerca del populismo como conjetura que podría desembocar en algo nuevo, en una variante liberadora.

Es un debate interesante, sobre todo por las implicaciones que tiene sobre nuestro pasado inmediato. Me parece que hay un salto entre su conceptualización y el modo en que califica a las experiencias latinoamericanas, especialmente la argentina. Alemán ve en el kirchnerismo una hegemonía posibilitadora de efectos liberadores novedosos. No jerarquiza así las experiencias del 2001, asamblearias, horizontales, que no llegaron a plasmar una forma organizativa superior pero que dejaron una impronta que hoy cuaja a menudo como herramienta política que incluso obtiene triunfos considerables, más allá del cambio en las subjetividades en juego. El kirchnerismo, por el contrario, vino a terminar con las experiencias autonómicas, a ofrecer con su liderazgo un Padre que podía albergar las demandas insatisfechas; dividió esas organizaciones, captó a muchos de sus sectores, y se propuso como su representante: “Vuelvan tranquilos a casa que yo me encargo”. Ha sido éste un rasgo histórico del peronismo al que, no obstante haber ocupado el lugar de abortar lo nuevo, Alemán destaca como portador de las mejores noticias.

Lo que Lacan y Klein sabían del otro

Simbolización y articulaciones clínicas

De Diego Velázquez

Ed. Letra Viva, Bs. As., 2016, 123 pp.

En el encuentro de dos teorías, siempre se corre el riesgo del reduccionismo. En este libro Diego Velázquez subvierte este peligro y reconduce las posiciones de Lacan y Klein hacia el fundamento de su experiencia clínica. En el núcleo de ambos planteos, se encuentra la cuestión de lo que escapa a la simbolización, lo que no puede ser representado, aquello que no tiene nombre pero pulsa el saber.

Escrito con la simpleza de quien sabe de lo que habla, sin tapujos ni slogans, este libro realiza un movimiento singular: ilumina un aspecto fundamental de la enseñanza lacaniana desde la perspectiva del psicoanálisis de Klein. La presencia del kleinismo en la clínica de Lacan desborda las citas ocasionales, y alcanza un borde real, una sombra latente. De ahí que Lo que Lacan y Klein sabían del otro esté destinado a ser un libro capital para quienes consideran que en psicoanálisis puede haber superación de teorías: no, por el contrario, hay interlocución entre esos lectores que llamamos psicoanalistas. Y el que no esté a la altura de esa conversación, está fuera del psicoanálisis. (De la contratapa)

Del juego a Winnicott
Una revolución silenciosa (*)

De Alfredo Tagle

Ed. Lugar, Bs. As., 2016, 224 pp.

Por Carlos Guzzetti

carlos.a.guzzetti@gmail.com

Cuando Alfredo me invitó a presentar el libro, lo hizo con una pregunta característica de su sentido del humor: “¿Cómo te llevás con Winnicott?”. Le respondí sin pensar: “¡Bien!” y acepté de inmediato la invitación. Confieso que me sorprendió un poco la propuesta, si bien nos une una amistad y respeto mutuo forjados en el trabajo del Colegio de Psicoanalistas, en los debates de cada jueves donde todos aprendemos algo cada vez.

No soy un estudioso de la obra, más bien diría que Winnicott es mi consejero en los muchos años de trabajo psicoanalítico con adolescentes y adultos. Jamás traté niños, pero aprendí con él que el psicoanálisis es una forma particular de juego y el campo transferencial un espacio de ilusión que requiere que nos dispongamos a tirarnos al piso a jugar con los objetos que paciente y analista ponemos en escena en el consultorio. Así, en esos momentos de angustia que la clínica nos depara, motor por otra parte del trabajo, consulté mis dudas e incertidumbres con él y siempre obtuve respuestas fecundas. Entendí también con él las inspiradoras ideas de Ferenczi en su artículo “Análisis de niños con los adultos”. Lo cita Alfredo: “El psicoanálisis se ha convertido en una forma especializada de juego al servicio de la comunicación consigo mismo y con los demás”.

Una característica de la obra de Winnicott que siempre me resultó confiable fue el “uso” (y aquí suscribo el valor conceptual de este término) que hace de las ideas y conceptos del psicoanálisis de su tiempo para comprender su trabajo y la “creatividad” de su pensamiento. Su explícita reserva respecto de los sistemas teóricos y el rechazo a todos los “ismos” que se convierten en un estorbo, lo llevó a polemizar con M. Klein. En una carta que le dirige en 1952 le dice: “...puedo advertir cuán molesto resulta [para la sociedad] que cuando algo se desarrolla en mí por mi crecimiento y mi experiencia analítica, deseo expresarlo en mi propio lenguaje. Es molesto porque yo supongo que todo el mundo quiere hacer lo mismo, y en una sociedad científica uno de nuestros objetivos es encontrar un lenguaje común. Sin embargo, este lenguaje debe mantenerse vivo, ya que no hay nada peor que un lenguaje muerto.”

Y lamentablemente, la historia del psicoanálisis y nuestro medio en particular, han dado reiteradas muestras de lenguajes muertos, propios de los “ismos” de cada momento. El libro que presentamos es un eficaz antídoto contra ellos, es un refrescante recorrido demarcado por la presencia viva de un analista trabajando.

El título: comenta Alfredo en el prefacio, que Winnicott defendió ante su editor, que le proponía “De la pediatría al psicoanálisis”, el título original de su obra “A través de la pediatría al psicoanálisis”, con el que en definitiva se publicó en idioma original, lo que en castellano se recogió en el volumen “Escritos de pediatría y psicoanálisis”. Le interesaba destacar que entendía a la práctica de este último como una prolongación de su oficio de pediatra. No se trataba pues de un pasaje de una a otra sino más bien de una travesía por ambas disciplinas.

El libro que presentamos lleva el título “Del juego a Winnicott”. Le cabe entonces la misma observación. Debemos entender que se trata de la travesía de Alfredo a través del juego para llegar a la obra de Winnicott y volver al juego. La lectura del libro corrobora esta idea. Es el juego el territorio en el que se despliega todo el trabajo teórico, todo el “proyecto tagleano” diríamos, “el intento de organizar sus ideas en torno a algunos conceptos fundamentales que atraviesan toda su obra”, para obtener así una caja de herramientas mejor afiladas para poder seguir jugando.

En mi primera lectura de estos párrafos me vino a la memoria un prólogo de Lacan a una tesis de doctorado que pretendía dar acabada cuenta de su obra, advirtiéndome sobre uno de los peligros de semejante intento. Con su característico estilo poético-erudito dice el francés: “Su interés —el de la tesis— será transmitir lo que he dicho literalmente; como el ámbar que atrapa la mosca para nada saber de su vuelo”.

Alfredo sabe que se mueve en un terreno pantanoso. Intentar sistematizar los conceptos de un autor como este, que ha hecho un uso tan operativo y libre de los conceptos, puede conducir a su coagulación en un sistema teórico, cosa contra la que el propio Winnicott alertaba. El riesgo es que un pensamiento elaborado “en mi propio lenguaje” pueda convertirse en “lenguaje muerto”. Alfredo lo sortea con pericia y hace avanzar su propuesta organizando el texto alrededor de 8 conceptos operativos que se corresponden con los capítulos del libro, muchos de ellos iluminados por situaciones clínicas. No voy a ocuparme de relatar el recorrido, que cada lector debe seguir por su cuenta. Sólo daré testimonio del vuelo al que nos

invita a acompañarlo. En un momento de la lectura sentí que nos proponía un viaje como el de Alicia al caer por la conejera. Hay en el texto múltiples personajes, tanto las ideas como los pacientes que Alfredo nos presenta. Está el sombrerero loco, la liebre de marzo, Humpty Dumpty y la reina de corazones. La ternura y el horror, el vértigo y la vacilación del espejo, nos adentran en un mundo extraño, fantástico y siniestro, donde todo es posible, de un momento a otro seremos junto con los pacientes gigantes y microbios y es preciso orientarse en ese universo paradójico con la brújula de las nociones que Winnicott nos propone y Alfredo ajusta en su taller, cuidando de no aplastarlo en oposiciones y disyunciones, para preservar su utilidad clínica y su valor explicativo de los procesos patológicos.

Lo interesante del libro es que permite escuchar muchas voces, es una polifonía. Una voz es la del rigor teórico del rastreo conceptual, exhaustivo y minucioso, evidencia de los muchos años de trabajo sistemático de la obra con varios colegas a los que brinda un importante reconocimiento. La exposición clara, con un estilo muy “friendly”, permite seguir las complejidades de la argumentación sin fatiga. Esa es, a mi entender, una cualidad imprescindible. Ya lo dijo Nietzsche: oscurecer las aguas para que parezcan profundas, pecado que el texto no comete.

Otra voz que suena fuerte es la del analista trabajando. Sus numerosos fragmentos clínicos nos meten en el clima de las sesiones, no nos cuenta lo que pasa, nos lo muestra en el relato. Hay mucha vividez en esos pasajes porque ese estilo responde al modo en que Alfredo concibe la experiencia analítica: como una “experiencia emocional”, de la que salen transformados tanto el paciente como el analista. Y eso se transmite. Lo vemos cuando hace muchos años, joven profesional, llega a su consulta Pablo, quien le enseñó a comprender a Winnicott, asegura, porque lo puso en la disyuntiva de interpretar o jugar, jugar a lo que el paciente propone porque “jugar es hacer”.

Alfredo le cuenta sus aventuras a Juan, que sale del inodoro después de haber explorado la cloaca y se deja morder por él sabiendo que “...el lobo no se come a Caperucita solo por hambre, también lo hace por amor”.

Se agacha para presentarse a Manuel, escondido tras la pierna de su mamá, y se gana su confianza en un instante.

Se esconde bajo el escritorio con Ariel para protegerse con él de las explosiones, y esquivan los impactos corriendo a salto de mata por el consultorio y escondiéndose detrás de los muebles.

Acompaña a Axel a explorar sus fantasías femeninas y debe contenerlo físicamente para modular sus transgresiones al encuadre porque “dentro del jugar, todo” lo que se traduce en el consultorio como: “dentro del encuadre todo. Fuera del encuadre nada”. Por supuesto “muchas veces es necesario modificar el encuadre en el transcurso del proceso”.

Es el público de las fantásticas “performances” de Facundo –Rey Sol Marchesi- perseguido por sus fans y empeñado en construir un mundo al cual pertenecer.

Todo esto porque Alfredo sabe que “los niños vienen a sesión a encontrarse con sus sueños, y para lograrlo nos necesitan”. Se deja usar por los niños y lo hace jugando con ellos porque un analista que no sabe jugar no es apto para la tarea.

Y se hace evidente en la lectura que estas cosas no las aprendió de Winnicott sino de su propia experiencia. Que ya eran una herramienta creada cuando la encontró en su obra. Por eso el trabajo teórico que realiza el texto es tan consistente, porque está sostenido en un saber que va más allá del estudio de una obra, que se ha hecho carne en una práctica cotidiana.

Un hermoso pasaje que demarca un territorio diferente es cuando relata cómo, con su infalible dedo índice, apuntaba y mataba a los monstruos que acechaban a su pequeña hija de dos años, aterrorizada en el momento de dormir. Aquí aparece el padre, con minúscula, “suficientemente bueno”, que respeta a su niña y la ayuda a salir a la vida, sólo por amor. Alfredo no es analista allí, es analista con sus pacientes porque puede ser padre con su hija, porque sabe bien la diferencia y tiene ternura disponible.

El libro se subtitula: “la revolución silenciosa”. Efectivamente localiza varios “giros copernicanos” operados por el pensamiento del autor estudiado. La concepción del jugar en un espacio de ilusión es la forma en que se produce una verdad, y son los niños quienes le indican el camino a ese territorio en que se desarrolla la mayor parte de la vida de las personas en sociedad. La revolución winnicottiana erige al juego como la matriz de toda actividad humana.

El concepto de “experiencia emocional” conmueve el campo explicativo del psicoanálisis de su tiempo. No sólo da cuenta del desarrollo del “self” en el vínculo de crianza, sino que ofrece un modelo de la cura misma. Es la oportunidad que se le ofrece al paciente de una experiencia nueva y diferente. Pone de relieve la diferencia frente a la compulsión de repetición, acentúa la creatividad como vía de curación.

La ilusión, otro concepto que subvierte, alejándolo de la dicotomía entre el afuera y el adentro, entre la incredulidad y la fe, entre lo real verificado y lo falso. Es en ese territorio donde lo real adquiere sentido, en la experiencia vivencial que la ilusión habilita.

La agresión y la destrucción que se transforma, en la experiencia winnicottiana, en la energía de la que surge todo proceso creativo, superando cualquier valoración moral.

Una revolución que no apeló a los combates cuerpo a cuerpo, como otros maestros lo hicieron, incluso el propio Freud, sino a una práctica coherente y comprometida, que impuso sus ideas por la sola fuerza de su originalidad.

Este libro se nos ofrece del mismo modo que un padre o un analista debe estar disponible para ser usado por el niño. Está disponible para que lo usemos, lo escribamos, lo subrayemos y lo olvidemos cuando jugamos en el consultorio. Texto imprescindible para abordar la obra de Winnicott y testimonio de una travesía –como

bien dice Rafael Paz en el prólogo- personal del autor en el tejido entre la clínica y la teoría, a la que nos invita a acompañarlo. Un lenguaje vivo que transforma y pone en escena a sus muchas voces, que toman la palabra, conviven y se relevan en la narración y seguramente en la práctica cotidiana.

En la *dramatis personae* de esta obra está, en primer lugar el profesor Tagle, que organiza con rigor los conceptos dispersos en categorías operativas, que enseña lo que aprendió en décadas de estudio y logra iluminar la compleja obra que aborda con una luz renovada.

Entra en escena también el joven Alfredo, desconcertado ante la ineficacia de sus herramientas y ávido de adquirir otras, siempre orientado por el deseo de sus pacientes, que pagan por enseñarle.

El Lic. Tagle, profesional experimentado, sentado en su sillón, conduce la consulta de los padres de Fermín interviniendo a distancia sobre sus hijos problemáticos, recibe a sus niños locos o a sus adolescentes conflictuados y muestra su *savoir faire*.

También pasa al frente Alfredito, compañero de juegos de sus niños neuróticos y estimulando a jugar a los más graves, que no saben. Y se divierte, sufre y teme con los objetos que desfilan entre él y su niño.

Una noche de esas entró también papá, arropando en un juego fantástico a su niña asustada.

Y, en la primera página, arriba del título del libro, me sale al encuentro mi amigo Alfredo, que me dedicó este ejemplar.

Muchas gracias.

[*] Comentario al libro, en la presentación del 5-10-2016 en Espacio Dain, Ciudad de Buenos Aires

[**] Leer texto capítulo La ilusión.

MULTIMEDIA

Videos en YouTube

(copiar los links y pegar en el navegador)

Bob Dylan - A hard rain's a gonna fall

<https://youtu.be/rT8yTLzg-JU>

Simon & Garfunkel - Los sonidos del silencio

<https://youtu.be/a9xKOISC-2g>

Nina Simone - Ain't Got No, I Got Life

<https://youtu.be/L5jI9I03q8E>

Chico Buarque de Hollanda - Construcción

<https://youtu.be/WS8BuOGqgpU>

Godfrey Reggio - Powaqqatsi - Sierra pelada

<https://youtu.be/ZmMFB-r1OQU>

Dorothea Lange

<https://youtu.be/udL48MJ54qA>